



La Luz de Astorga

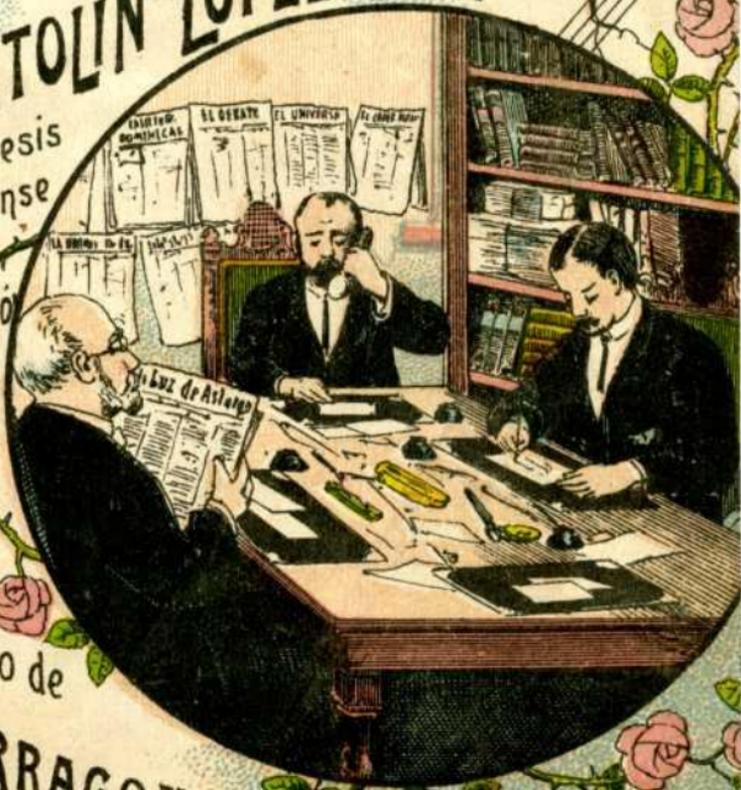


En Testimonio
de cariño y admiración al Excmo. Señor
LOPEZ PELAEZ

Arzobispo de la Diócesis
Asturicense

Y gloria de la nación
española
por motivo de su
promoción

al Arzobispado de
TARRAGONA



NUESTRA OFRENDA

Acogida con simpatía y entusiasmo la idea de rendir un tributo de cariño y admiración al esclarecido paisano, ENEMO SR. D. ANTONIA LOPEZ PELÁEZ, por su promoción al Arzobispado de Tarragona, comenzamos a realizarla sin otras pretensiones que la de llevar una hoja a la corona de alabanzas en que aparece tegida su gloriosa historia, editando por nuestra cuenta nueva obra, a su nombre debida, titulada LOS TRABAJADORES EN EL PERIODISMO CATOLICO.

Pobres y ricos, sacerdotes y seglares, contribuyeron con su óbolo costeando los gastos de su edición, no solo de la Diócesis, también de fuera de ella. Nosotros procuramos adicionarla publicando interesantes rasgos biográficos (muchos inéditos aún) y condensados lo mas sucintamente posible, complementan el homenaje que nos propusimos.

He ahí nuestra ofrenda, que si no corresponde a los altos merecimientos de nuestro Homenajeadó, sintetiza recuerdos inolvidables, reveladores de la garantía más sólida del éxito que hemos obtenido.

Todo él incumbe, es verdad, a la aureola de su ilustre autor, sin embargo nosotros la saboreamos con noble y santo orgullo enviándole, con el modesto presente, honda y eterna gratitud por la gracia que nos dispensa dedicándole y con él reciba el testimonio de sincero afecto de la Diócesis Asturicense y, en nombre de ella, de su admirador y fiel amigo

Q. B. S. P. A.

Nicesio Fidalgo

LOS TRABAJADORES :::::

EN EL PERIODISMO CATÓLICO

Los trabajadores en el periodismo católico

— POR —

D. ANTOLIN LOPEZ PELAEZ

— ARZOBISPO DE TARRAGONA —

C. DE LAS REALBS ACADEMIAS DE LA LENGUA,

DE LA HISTORIA, DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,

DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS DE GALICIA,

— DE BUENAS LETRAS, ETC. —



: Imp., Lit. y Librería :
Fidalgo. Astorga, 1914



Los Padres del Arzobispo de Tarragona

Humilde origen de L. Peláez

EL haber nacido de padres extremadamente pobres es gran mérito para quien ha llegado a lo más alto de la jerarquía eclesiástica en España. Con dificultad un Guardia civil de segunda clase le pagó la enseñanza de latín; pero aprobado en menos de la mitad del tiempo oficial para cursarlo, ganó una beca entera en el Seminario de Astorga, y obtuvo la nota de sobresaliente en todas las asignaturas de sus carreras así eclesiásticas como civiles y en los títulos y premios siempre que optó a ellos. Ordenado con gran dispensa de edad, se le nombró cura de la importante villa de Mombuey y a los pocos meses Mayordomo del Seminario, donde ya siendo estudiante era redactor de la Revista *El Criterio Tridentino*.

Dedicatoria

Las páginas de este volumen no se hallaban destinadas a juntarse de manera que formaran uno: como escritas al volar de la pluma, en breves momentos de ocio, para cumplir el gusto de emborronar papel, desperdigadas andaban por varias revistas, pareciéndome ya ésta demasiada honra, y seguro de que les faltaban méritos suficientes para coleccionarse y ponerse a la venta en la figura duradera y honorífica del libro.

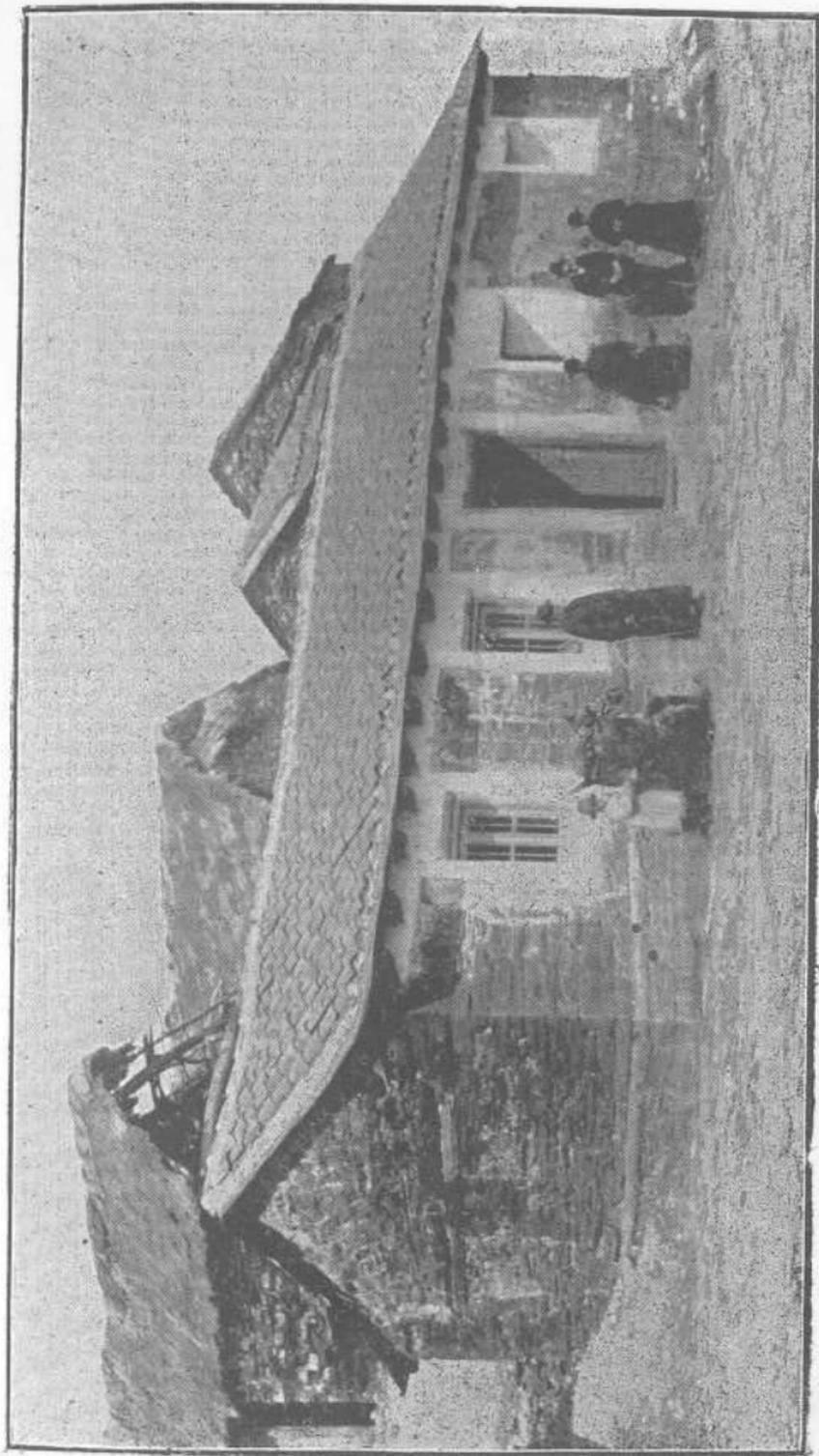
Al salir y ascender de Jaca, los que al ir allá me regalaron bastón de mando y báculo pastoral y otros valiosos objetos, sabedores de mi decidida voluntad de no aceptar nuevos homenajes después de tantos como inmerecidamente se me habían ofrendado con diversos motivos o pretextos, propusieronme el costear la edición de una obra que contuviese los artículos que en revistas y periódicos insertara relativos a la prensa después de los libros que acerca del mismo asunto di a la estampa.

No queriendo desairarles, dejando de complacer a los que tanto estimo, y no atreviéndome a poner en práctica toda su proposición, pues creeria con exceso el tamaño de la obra y faltaria entre sus páginas la conexi3n precisa, seguí un término medio enviando para que se reimprimiesen juntos unos pocos artículos que pudieran salir bajo una denominaci3n común.

Así se formó este libro, gracias a la bondad de mis queridos paisanos que en sus componentes apreciaron un mérito por el autor no visto. Publicado para darles gusto y merced a su gran benevolencia, justa cosa es que les sea dedicado lo que de otra suerte no lo sería por no constituir ofrenda acreedora a tal distinción ni ser adecuada a la estima que les profeso.

A ellos, si algún bien espiritual se produce, será debido. Quiera Dios nuestro Señor premiarles la intenci3n piadosa, el deseo de favorecer a la buena prensa, que les guiaba al pedir la reedici3n de estas cortas y deshilvanadas líneas, y dignese hacerlas instrumento de su mayor gloria y del bien de las almas el que para las empresas mas grandes elige los instrumentos mas desproporcionados y de la nada sabe hacer mundos.

Antolín López Peláez.



Antiguo cuartel de Manzanal donde nació en Septiembre de 1867 L. Poláez.

L. Peláez y la Guardia Civil

EL haber nacido y criádose en un cuartel el arzobispo de Tarragona bastaría para que con él se entusiasmasen los Guardias aplaudiendo el que se le propusiese para su Coronel honorario. El, por su parte, que pidió una bandera para la Guardia civil y el patronazgo oficial de la Virgen del Pilar, se ha constituido su defensor en el Parlamento, les ha conseguido multitud de ventajas legales y tiene presentadas en las actuales Cortes varias proposiciones de ley favorables al Benemérito Instituto.

II

Génesis de este libro



Creyendo interpretar los sentimientos y deseos de los suscriptores, LA LUZ, periódico decano de la Diócesis de Astorga, publicó la siguiente carta:

Excmo. Sr. D. Antolin López Peláez,

Alvares.

Venerable Prelado: Ha tiempo que germina en nuestra mente la idea de reunir en un volumen los muchísimos trabajos que sobre la prensa y con la firma de V. E., seguramente andarán desperdigados por diferentes Revistas y periódicos, donde los hemos visto publicados.

Hoy que su promoción al Arzobispado de Tarragona, nos invita a prestarle el debido homenaje, como lo hicimos cuando V. E. fué elegido para la Diócesis de Jaca, nada más apropósito, a nuestro humilde juicio, que la cristalización de esa idea que confiamos ver realizada con la cooperación popular que pretendemos recabar.

Mas antes es nuestro deber, y gustosos lo cumplimos, nó de solicitar del Prelado, a quien en estos momentos nos dirigimos, sinó del amigo del alma, a quien se lo suplicamos, el competente permiso para reproducir esos trabajos y reuniéndolos en un libro, poderlo ofrecer como testimonio de admiración a su autor y como leve prueba de sincero cariño

al amigo que pasó entre nosotros su niñez y juventud y hoy va a ocupar puesto preeminente en la Iglesia española.

Dignaos, ilustre amigo, otorgarnos esa concesión que consideramos indispensable para esa realización y valiosísima, porque constituiría el mejor recuerdo de vuestra promoción y sería un lazo más de afecto inolvidable con la Diócesis que os vio nacer.

B. V. P. A.

La Redacción de «La Luz».

A la cual contestó en estos términos:

Sr. Director de LA LUZ DE ASTORGA.

Mi querido amigo: Entre los varios homenajes que a pretexto de mi traslado de Jaca la bondad de mis amigos piensa dedicarme, tenía que serme grato por modo especial el que me ofrecieren los de la Diócesis en la que me honro de haber nacido.

Por eso acepto, tan confundido como gustoso, el que por mediación tuya se me propone; y tan luego como pueda hacerlo en Tarragona, camino de la cual va mi librería, te enviaré no todas las Revistas que contienen trabajos míos sobre prensa, pero sí algunas con los que se refieran a una misma materia y con los que pueda formarse un pequeño libro.

El que con ellos salga a luz cumpliré un deber de justicia dedicándolo a los que hayan contribuido a la edición.

Tuyo aftmo. amigo,

† ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.

La tan deseada contestación dió margen al artículo que a continuación se copia

Por el paisano merlísimo

Terminaron las fiestas, los mitines agrarios, todo lo que nos obligó a poner un paréntesis al asunto que motiva estas líneas.

Sin embargo de los días trascurridos, aún recorda-

mos las frases que en la carta contestación a la que le dirigió LA LUZ, nos brinda el defensor de los intereses de la Iglesia de Cristo, el enamorado de la Justicia y del Derecho, señor López Peláez.

Mas que de un Príncipe de la Iglesia, son frases del amigo leal y sincero, del paisano entusiasta de recuerdos y cariños, que lejos de olvidar, parece como que goza al evocarlos.

Astorga, la Diócesis, la Provincia, están en el deber de corresponderlos; sin embargo, otro no menos sagrado nos obliga y aguijonea. Helo aquí:

Granada, Jaca y Tarragona, proyectan homenajes en su honor con el mismo motivo que dejamos indicado y nosotros preguntamos: ¿no agranda ese deber la consideración de que su cuna, donde comenzó y terminó sus estudios, sigue siendo tan hidalga como cuando anidaban en su alma memorias que hoy ostenta con orgullo?

Esta pregunta y otras que la misma nos sugiere, pero que omitimos porque clara y lógicamente se deducen, nos alientan a la realización de la idea que acariciamos y que no es otra que la de editar a costa de la voluntad popular el nuevo libro del Prelado de Jaca, que hemos indicado y ofrecérselo como testimonio de amor y admiración por su promoción al Arzobispado de Tarragona.

*
* *

He ahí condensado el pensamiento que para traducirlo en obra, precisamos el concurso de todos, sacerdotes y seglares, contemporáneos y amigos.

De todos los solicita LA LUZ, a todos invita, reuniéndose en esta Casa desde hoy lo mismo el pequeño que el grande donativo.

Como además del mérito del libro, constituirá un recuerdo, que, en especial los amigos, desearán conservar, admitimos también donativos por su valor, prometiendo dar a

conocer el coste del libro tan pronto como llegue a nuestras manos el original.

Si se cubrieran con exceso los gastos de la edición, la diferencia se destinaría a la encuadernación de algunos ejemplares de lujo.

Huelga decir que los donativos serán voluntarios y se recibirán en esta Librería, donde se llevará una lista que abarcará los nombres, pueblos y cantidades que publicaremos en el periódico y si nos es posible, también al final de la edición del libro.

Como advertencia final, añadimos que encabezará la suscripción LA LUZ DE ASTORGA con la suma de 25 pesetas.

*
* *

Somos los iniciadores, es verdad, y los más pequeños, lo sabemos, y quizá sin más cooperación periodística, aunque desearíamos mucha, que la modestísima de LA LUZ DE ASTORGA.

No importa. Supla a nuestra pequeñez la voluntad, que es de las que no se doblan, como el cordobán.

Además, contamos con sólida garantía. Es la que nos presta el propio interesado.

El Prelado de Jaca ha facilitado el porvenir de varios hijos de la Diócesis Asturicense, cuenta en toda ella con muchos amigos y discípulos y su nombre, aparte de su prestigio jerárquico, se cotiza muy alto en el mercado literario, y si alguien le desconociere, le recomendamos que lea una de sus obras o cualquiera de sus discursos.

Por eso, cuando vimos su carta, defiriendo a nuestros deseos, nuestro gozo se confundió con la honra que nos dispensaba autorizándonos para su publicación lo que deseábamos, y no solo aceptó nuestra ofrenda, sino que prometió eternizarla dedicándola a los donantes de la edición.

Ahoguemos la alegría que nos causa honra tan gratísima como esta, anotémosla en el haber del libro patriótico de

nuestros amores y pensemos que si hoy somos los únicos, los únicos también fuimos cuando por suscripción, como ahora, le testimoniamos, con modesto presente, el sentir de la Diócesis Asturicense cuando fué promovido para la Sede de Jaca.

GENARO LUIS Y MORGOVEJO.

Y muy pronto se recibieron las suscripciones y donativos hasta el número que se creyó necesario.

EL EDITOR.



L. Peláez al recibir la ordenación

Carácter de L. Peláez

Los que conocimos de estudiante a Antolín—asi le llamaremos siempre—más que su afición al estudio favorecida por los superiores que le franquearon en absoluto las bibliotecas del Seminario, admirábamos su criterio independiente en el razonar, su odio a toda hipocresía o adulación y el no cuidarse nada de lo que de él dijeran los envidiosos y enemigos, seguro de que, no deteniéndose a mirar a su alrededor y no pidiendo ni deseando nada, se impondría a todos y llegaría al fin en el camino de los honores y de las dignidades, por la fuerza de la opinión pública y por imposición de los propios talentos. Cuando al ser promovido al Episcopado sus contemporáneos de Seminario le dedicaron un obsequio grabaron estas palabras que son su mayor elogio: *PER SE COGNITUM, ABSQUE ULLA COMMENDATIONE.*

III

Valor del trabajo periodístico



En un artículo titulado *El valor de la prensa*, manifestándose por la pluma de Marcelino Domingo, escandalizado *El Imparcial* de que el docto canónigo de Toledo que con el pseudónimo de Lopez Mejillas escribió un libro para pulverizar el de Gomez Carrillo *Jerusalem y la Tierra Santa*, le censurase el haberse solo documentado con la lectura de «algunos artículos de periódico», decía (1): «La eficacia de la Prensa ya no se discute sino en España» No, en parte ninguna se pone a discusión verdad tan palmaria que más que nadie procuran inculcar los sacerdotes católicos.

De vulgaridad calificaba el cardenal Amette(2) repetir que «la prensa ha llegado a ser un gran poder, el gran poder; entre todas las fuerzas humanas, la que posee acción mas extensa, mas constante, mas eficaz.» Y el probar con detenimiento su influencia tenía lo por inútil Fe-

(1) 3 de Marzo de 1913.

(2) La Presse: carême de 1912.

ron-Vrau (1), el director de la Buena Prensa en Francia. Ella, dejó consignado el piadoso publicista Ernesto Hello, (2) dispone de nuestra sociedad como de la hoja el viento.

Que de este modo suceda no lo negará quien conozca la afición a leer periódicos, mas acentuada a medida que pasa el tiempo, y el influjo particular que su lectura ejerce.

Nuestros tiempos, escribió Su Santidad Pio X (3), pueden llamarse con razón *los tiempos de la Prensa*. Por la Prensa, dice un celosísimo propagandista y docto maestro suyo, el señor Nabot (4), «hay una verdadera pasión. Pocos son los que saben prescindir de ella. Se buscan y reciben los periódicos siempre con el mismo afán sin que nos cansen ni molesten en momento alguno». En el espíritu de nuestro tiempo está, había observado León XIII (5), que el pueblo busque con ardor el placer de la lectura.

Realmente, de una parte, la vertiginosa rapidez con que se suceden los acontecimientos de transcendental importancia, no puede por menos de llamar la atención de las personas mas indiferentes, a causa de que las multiplicadas relaciones entre los diversos grupos de la gran familia humana son parte para que ningún individuo pueda considerarse extraño a los

(1) *Les catholiques et la presse*.

(2) *Le siècle*.

(3) *El remedio de la prensa católica*.

(4) Breve al obispo de Hungría, Proasrta, 10 Enero 1908.

(5) Carta al Delegado en Norte América 12 Diciembre 1894.

demás y aislado de lo que fuera de su vecindad ocurre; y de otra, la participación mas o menos directa que las modernas democracias individualistas conceden a todos los ciudadanos en la gobernación y administración de los pueblos, los lleva a leer periódicos que les suministren datos para ejercer con mayor conocimiento sus derechos, y les den formados los juicios sobre los más diversos y difíciles asuntos.

Al compás que se aumenta el número de los que saben leer, no se aumenta el de los que saben pensar por cuenta propia; y así la pereza halla gran aliciente para la lectura del diario, que tratando de todo con tono doctoral parece que ahorra el trabajo de discurrir sobre nada.

Hay pocos hombres tan aprovechadores del tiempo y tan sensibles a los estímulos de la curiosidad que puedan como los sabios D. Miguel Mir y el Sr. Sanchez Casado hacer gala de no coger en las manos un periódico.

Es gran verdad lo que decia el elocuentísimo obispo de la Serena Monseñor Jara (1). «Desde Gutenberg hasta Bossuet los hombres de estudio no conocieron sino el libro en folio; desde Bossuet hasta Voltaire circularon libros manuales; desde Voltaire a Chateaubriand se generalizaron los folletos; y desde Chateaubriand a nuestros dias casi todos los hombres no conocen sino el diario».

(1) Conferencia sobre la obra de la Buena Prensa, en Santiago de Chile, 15 de Agosto de 1909.

Como nota el Sr. Anraz y Gomez (1) «El periodismo en nuestros días ha venido a constituir una necesidad imprescindible a nuestras costumbres y al grado de ilustración que hemos alcanzado... Todas las clases sociales buscan hoy en el periódico el sustento intelectual de fácil y provechosa digestión»

Su coste módico le hace asequible a todas las fortunas cuando tantas necesidades se crean y tanto se encarece el precio de los artículos de primera necesidad haciéndose cada día de mayor estima el dinero; verdadera enciclopedia, satisface la vanidad de las gentes proporcionando el medio de lucir erudición acerca de todo; tiene sobre el libro la ventaja de la gran economía del tiempo, tan precioso en las modernas sociedades; se acomoda maravillosamente al muy frívolo espíritu de la época, que rehuye todo estudio serio.

Paolo Ferrara notaba que si, según Victor Hugo, cada edad tiene su característica, ora sea una cabeza que lleva una corona, ora una cabeza que lleva un pensamiento, ya una aristocracia, ya una idea; no puede dudarse que «la dominante de nuestra edad es el periódico.»

Como decía Alfredo Fouillée en su notable libro *La France au point de vue moral* (2) «Los periodistas han llegado a ser bastante poderosos para merecer el nombre de cuarto Estado. Cada mañana dan a los lectores, con juicios

(1) *El periodismo en Sevilla*, p. 9.

(2) *Role de la presse*.

completamente formados y sin sujeción a crítica, direcciones de sentimiento y de conducta.»

Todavía cual en el tiempo de Larousse (1) es «el medio más poderoso para la difusión del pensamiento». Todavía por lo mismo recientemente pudo *La Civiltà Cattolica* publicar un artículo rotulado *L'omnipotenza del giornalismo*. César Cantú la denominó «el primer poder del Estado»; y desde entonces no se la vió menguar en influjo ni disminuir en extensión de dominios. El nombre de *cuarto poder* que comúnmente se le aplica no dice lo bastante. Mejor el Sr. Maroto Canora la apellida (2) «verdadera institución. «Y aun eso al gran Aparisi combatiendo la libertad de imprenta (3) le habia parecido decir muy poco. Al inaugurarse en Nápoles el 1899 el Congreso de la Prensa, Pessina pronunció un discurso para probar que era ésta no el cuarto poder de cada nación sino «la conciencia humana, el poder de los poderes».

Por lo muchísimo que se extiende su lectura, Royer Collard escribió: que «el periodismo no es una institución política; es una necesidad social»; y Oracio Buonvino lo califica (4) de «el alma de la vida intelectual y política de los grandes países civilizados». Siendo condición del ejercicio de toda fuerza el conformarse a

(1) *Dictionnaire du XIX siècle.*

(2) *La prensa como poder del Estado.*

(3) Sesión de 9 de Mayo de 1862.

(4) *Il giornalismo contemporáneo.*

las cosas sobre las cuales está destinada a influir y reaccionando el móvil—en este caso el momento de la civilización—sobre el motor, o sea el periodismo, la influencia social del periódico, que sigue la marcha ascendente de la civilización, no debe, escribe Passelecq (1), atribuirse tan solo al perfeccionamiento interno de la máquina periodística; «si el periódico pasa con justo título por uno de los más activos agentes de transformación en la vida social moderna, justamente puede también ser considerado como uno de los productos de esta misma civilización.»

La fuerza extraordinaria del periódico estriba en lo extraordinario de su fuerza de sugestión, mayor con mucho sobre todas las otras producciones de la imprenta. Equivocado anduvo Morley cuando en reciente Conferencia acerca de la prensa de Londres después de llamar con el célebre Carlyle *agua del arroyo* al periodismo, afirmó que diez versos de un poeta nacional como Burne ejercen más efecto en la mentalidad del pueblo que cien mil artículos de fondo. Mejor lo entienden sus compatriotas: el jesuita Plater cuando en libro reciente (2) da por sentado que «si al hombre de nuestros días le domina lo que lee, lo que especialmente le forma es el periódico» y que «ninguna otra clase de lectura puede competir con la del diario»; y Bernardo Vaughan cuando en su Conferen-

(1) *Presse americaine. Presse moderne.*

(2) *El Apostolado de la Prensa.*

cia (1) *Deberes de los católicos hacia su Prensa* advertía que ésta «informa la moderna democracia, crea los derechos, modelando las almas y dirigiendo los caracteres.» Edmundo de Amicis lo había expresado ya por estas palabras (2).

«Qué interesante estudio podría hacerse sobre la lenta infiltración de ideas, sobre la gradual modificación de juicios y de conocimientos que opera el diario en un gran número de hombres, los cuales poco a poco concluyen por no pensar ya sino con el pensamiento de aquel, por no hablar ya sino con sus frases, por esperar, cada mañana o cada noche, del diario, el programa y el material de las conversaciones que deberán tener en las 24 horas sucesivas.» Aun aquellos para quienes la letra de molde no tiene autoridad de quinto Evangelio, aun hombres ilustrados y de criterio independiente, con la lección cotidiana de un mismo papel beben ideas, asimilan juicios y toman gran parte de su alimento intelectual sin darse cuenta de ello y precisamente cuando se creen más libres en el pensar. *Egrediar sicut ante feci*, decía Sansón. Así los lectores viendo que conservan sus sentimientos y doctrinas después de algún tiempo de leer un diario, pierden el temor, dejan de adoptar en la lectura reservas y precauciones, entréganse confiadamente a ella, y de modo insensible, quizá lento pero se-

(1) Año de 1910.

(2) El periódico y el público.

guro, se cambian su criterio y su conducta, acabando por infundirse en cierto modo dentro de su espíritu el espíritu del periodista.

A la manera que no se puede conversar por gusto largo tiempo con una persona sin que se establezca gran corriente de simpatía y una cierta comunicación y compenetración espiritual, el trato íntimo y a solas con el periódico que día tras día, sin faltar ninguno, para contar-nos lo que pasa por el mundo nos visita, nos da consejos y advertencias y admitido como maestro nos instruye, alecciona y dirige, concluye por ejercer gran ascendiente, autoridad verdadera sobre el entendimiento, y, por lógica deducción, sobre la voluntad y sobre la vida toda. Muy bien se ha observado que la lectura diaria es como la amistad, la cual supone igualdad de afectos o la crea. A fuerza de leer un periódico se opera verdadero cambio en la mentalidad. Las ideas del periodista reemplazan a las nuestras. Gráficamente lo representaba no ha mucho cierta Revista francesa: Una mano poderosa con un pesado martillo daba golpes redoblados sobre la cuña que principiaba a introducirse en un madero, y encima un gran letrero decía: Ya entrará. Eso que en el argot del oficio se llama latido de la *opinión*, reparaba el tan excelente médico como literato Barcia Cabañero (1), «el periódico lo trasmite, lo agita, lo multiplica, acaso lo forja o lo inventa; pero al cabo lo infiltra en la sangre de los lectores, y la misma

(1) En una Conferencia titulada *Cuartillas de un periodista*.

roja onda que nutre el corazón y el cerebro, lleva el germen de un entendimiento o la semilla de una idea».

Respecto de muchos lectores no parece excesiva aquella comparación de Sanchez Ortiz en su libro *El periodismo* (1): «Póngase el pensamiento en la influencia omnímoda del confesor cuando deposita el consejo en el oído del penitente para que llegue derechamente a su alma confiada; recuérdese la influencia sugestiva del orador-artista moldeando a su gusto las ideas y los sentimientos del auditorio para apoderarse de su inteligencia y de su corazón; súmese esas dos influencias, y la suma es el poder del periodista sobre su público: confesor que habla a cada uno todas las mañanas y todas las noches, y sin que lo sienta se le mete en el corazón, orador que arenga y mueve a las multitudes».

El periódico es para muchos lectores su propio cerebro, un laboratorio de ideas. Alardeando de libertad, diciéndose independientes y soberanos, jactándose de criterio propio y de pensar reflexivo, acaban por ser fonógrafos fieles que repiten con exactitud cuanto el diario quiere que crean y digan, y a manera de relojes señalando la hora según les da cuerda el impreso que cotidianamente leen.

Dime con quien andas y te diré quien eres, reza el adagio. Dime lo que lees y te diré lo que piensas, te diré lo que haces.

(1) pag. 67

A este propósito no podemos por menos de reproducir un hermoso párrafo de Alfredo Netteman en la *Histoire de la litterature francaise sous le gouvernement de Juillet*. (1) «Ninguna tribuna tan cómoda y resonante como *el periódico*.

La Prensa, ese diálogo diario de la inteligencia individual con la inteligencia pública, produce las más vivas emociones en los periodistas que en tal concepto vienen a ser los interlocutores de la opinión. El libro es frío y lento como un monólogo recitado con la mira puesta en un espectador ausente. En el periódico, por lo contrario, el efecto sigue a la acción. La idea que arroja sobre el papel, dará mañana la vuelta al mundo. Ese sentimiento que brota de vuestro corazón, hará que muchos corazones latan al unísono. Con ese recuerdo, los corazones se levantarán; con esta esperanza, los espíritus sentiranse reanimados. Vuestro partido, insultado e infeliz, se levantará vengado por esta palabra aguda como la punta de una espada que vá a herir en *pleno pecho* a los felices y a los poderosos».

El poeta cantó:

«Todo es según el color
del cristal con que se mira»

El lector asiduo de un periódico, todo lo vé según el color de su papel, que le sirve de lente para mirar el mundo.

No de solo pan vive el hombre, respondió Jesús al diablo, sino de toda palabra que pro-

(1) Tomo 1°

cede de la boca de Dios. Toda palabra es pan del espíritu. Toda doctrina alimenta al alma. Pero hay manjares que alimentando sostienen la vida y los hay que producen la muerte.

La fuerza del mal periódico para atraer al mal no siempre se manifiesta luego de manera visible. No por eso es menos grande en la generalidad de los casos. Las ideas venenosas no dejan de serlo porque no maten pronto. La intoxicación cuanto más lenta más segura. Un día el mundo, narra San Jerónimo, se admiró de verse arriano; el lector del periódico que impugna la fé católica, aparecerá un día sin ella, y ni siquiera se admirará.

Habiendo la persuasión de que los hombres son como sus periódicos ¿no será justo el deseo de que, para bien de la humanidad, no haya ni un periódico malo? Los diarios de las sectas inundan de perniciosas doctrinas el mundo ¿y nos cruzaremos de brazos viendo como la inundación avanza arrastrando en sus olas lo que más ama nuestro corazón de católicos, la salud y la felicidad de nuestros hermanos?

Muy bien observa Contento (1) que si el periódico se limitara a ser un relator y expositor sincero de los hechos su importancia sería mucho menor. «Periódicos simplemente noticieros no existen, porque todos, más ó menos, tienen una misión de propaganda de ciertos principios ó de lucha contra otros».

Los periódicos que se llaman sencillamente

(1) *Lo sviluppo della stampa periodica.*

noticieros y de información y que, alardeando de no presentar ideas sino hechos, deducen que respetan en absoluto la libertad de los lectores, no son los que menos la subyugan y la encadenan al carro del propio juicio trayéndola a su opinión particular y haciendo que figure y milita a devoción de sus intereses políticos y quizá temporales.

Juiciosamente notaba Tavernier, (1) que «como el periodico tiene su tendencia y su objeto, presenta ó instintivamente ó de propósito los mismos sucesos..... o también sucesos muy diferentes bajo un aspecto casi igual. Por este medio la disposición del lector es progresivamente excitada. Ciertos diarios graves o violentos, miran todos los incidentes en relación al partido que pueden sacar de ellos para su opinión. A veces en un número entero de un cabo a otro, la lógica de la voluntad, brutalizando la lógica natural, tritura, muele, funde, amalgama los hechos en un molde al cual tienen que conformarse.»

La autoridad magistral que la Prensa se arroga y ejerce en todos los países, sube de punto relativamente al nuestro.

En España decía el señor Moret al inaugurarse el primer Congreso periodístico español (2), tiene una importancia grande, quizá

(1) *Du journalisme.*

(2) En Cádiz, el 7 de Octubre de 1912.

exagerada, porque «el pueblo acepta sus manifestaciones como artículos de fé: lo ha dicho el periódico y eso basta, sin preocuparse de la observación y análisis que en todas las cosas se imponen y en algunas muy principalmente».

«Sin temor a exagerar puede afirmarse que la opinión pública, representada por la prensa, es en la actualidad la fuerza mas influyente y constante entre los poderes de los países civilizados». Así principia el alemán Ernesto Bark su folleto *La prensa española*; y en verdad el poder del periódico en nuestro país no es menor que en las demás naciones, aun teniendo aquí menos desarrollo y, por tanto, arrastrando en pos menos intereses y no contando con tan gran número de personas que viniendo de él trabajen en servirle y engrandecerle.

Por las apuntadas y otras razones tan grandes en número como en peso el poderío de la prensa periódica es donde quiera formidable.

Las grandes instituciones e invenciones modernas como el periodismo, escribió Maggiorino Ferraris (1) han ejercido en la táctica política y parlamentaria una influencia tal vez no menor que la estrategia militar y sus ejércitos. «Los pueblos que emplean mejores armas en el periodismo llevan grandes ventajas sobre los otros.»

Donoso Cortés con su clarividencia asombrosa y con su genial acierto en la formación

(1) *El telégrafo e il giornacismo.*

de las grandes síntesis, hizo esta observación profunda. (1)

«La civilización no se trasmite de un pueblo a otro, y, por consiguiente no se generaliza sino de tres maneras: por medio de colonias *civilizantes* (si puede llamarse así) que la trasplantan en medio de sociedades nacientes; por medio de guerras y conquistas, que la inoculan en pueblos bárbaros o degradados, y por medio de una hoja de papel, que recorriendo el universo, en pocos días trasmite la verdad a los remates del mundo. La civilización antigua se difundió generalmente por medio de colonias; la civilización moderna, por medio de la imprenta; la civilización en los siglos medios, por la espada y las conquistas.»

Por aquel mismo tiempo escribía Balmes (2). «Si se han gastado las armas de la fuerza, nos quedan otras todavía de mejor temple: el vigor del entendimiento, la energía de la voluntad. La prensa bajo todas sus formas..... he aquí las armas de nuestro siglo, armas propias del hombre, cien veces preferibles a la fuerza material.»

Es lo mismo que dijo en verso Balart:

«Cetros y coronas,
miseria y balumba.

En el mundo no hay más que dos cetros:
la espada y la pluma.»

(1) Carta al Mensajero de las Cortes, 1 de Octubre de 1834.

(2) Pensamientos políticos.

Y con más exactitud todavía el rabino Don Sem Job:

Non hay daga que pase
todas las armaduras,
nin que tanto traspase
como las escrituras.

El periódico, notaba el P. Gratry (1), es un poder que «no truena como el cañón, pero destruye como la lava».

Preguntado Henrique Rochefort, con qué había derribado el Imperio, el director de *El Intransigente* contestaba: Con dos libras de tinta.

Cuando en 1852 Abd-el-Kader visitó las maravillas de París, al llegar a la imprenta Nacional y serle explicado cómo se tiraban y repartían los periódicos, después de larga meditación levantó la mano y dijo: «Escuchadme, franceses, y oid mi palabra. Yo veo aquí la máquina con la cual se destruirá a los reyes. Su producto es la gota de agua que baja de la nube; si cae en la concha entreabierta, engendra la perla; si cae en la boca de la víbora, engendra el veneno mortal. Su fuerza es terrible y vencerá todos los cañones. Os lo digo yo, yo que he gobernado hombres. Ojalá que solo haya intenciones puras entre los que manejan esta arma.»

No sin alguna verdad Castelar escribió de los gobiernos militares de su época. (2)

«Estos imperios tan fuertes siéntense tan dé-

(1) *Les sophistes et la critique.*

(2) Un año más en París

biles que temen el paso de una idea por una hoja de papel, paso que debía serles tan extraño e indiferente como al sol universo el paso de una nube por las regiones de nuestra atmósfera.»

En las grandes luchas de nuestros tiempos para conquistar la opinión el arma es la prensa ¡Ay del que esté desarmado! su derecho no le valdrá para repeler los golpes de la injusticia El fuerte le impondrá la ley. Los combatientes no respetarán su neutralidad. Arrastrado a la pelea secumbirá al primer encuentro.

Pasaron, es verdad, los tiempos en que un periódico, *Le Journal des débats*, derribaba varios Ministerios, y un artículo como el *Rasgo*, de Castelar, llevaba el pueblo a las barricadas. La misma multiplicidad de ellos es causa de que tenga cada uno menos poder. Habiéndolos para todos los gustos escribió Luis Teste, uno» no puede decir sino lo que le permiten los lectores; tiene que evitar todo lo que pueda producir bajas en la suscripción. Es prisionero de sus abonados «Realmente, según observa Minguijón, (1) no hay ya soflama periodística capaz de revolucionar al pueblo. La letra de molde está un poco mas desprestigiada; y el espíritu público no tiene ya aquella tensión que producía vibraciones enérgicas y apasionadas». Consiste ello en gran parte, y lo confiesa un periodista antiguo Presidente del Gobierno francés M. Cle-

(1) *Las luchas del periodismo*

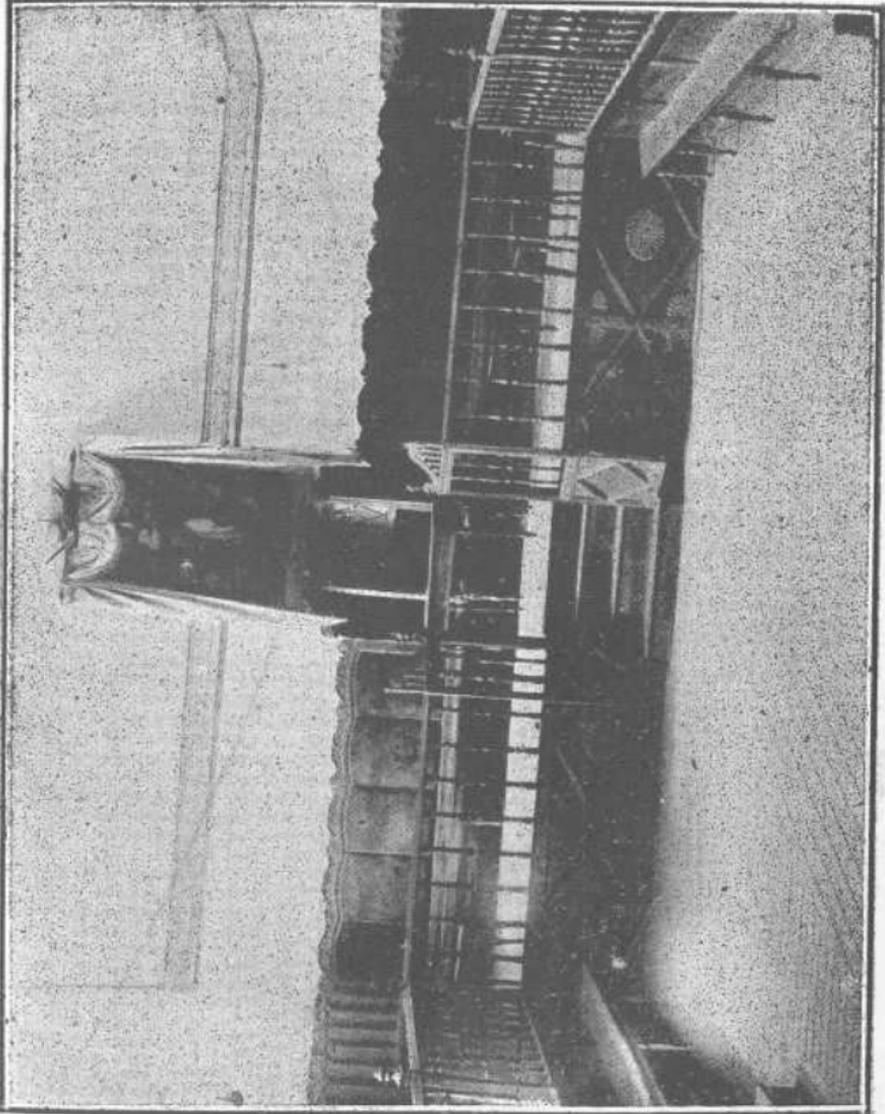
menceau (1) en que «el periódico de hoy trata menos de hacer triunfar una idea que de conformarse a los sentimientos presuntos del mayor número que tiene en sus manos la llave del éxito.» Hoy «Los periódicos están redactados por sus lectores.»

Eso no quita para que, considerándola en conjunto, podamos llamar inmenso el poderío de la prensa periódica.

Hay mucha verdad en estas palabras de Edmundo Texier (2) no obstante la ironía que quiso poner en ellas: «El poder ejecutivo y el poder legislativo podrían batallar mucho tiempo sin que nadie se cuidase de ello, con tal que no interviniese la Prensa. La multitud permanece indiferente delante de Cesar y Pompeyo que están en lucha. Pero si un pequeño cuadro de papel se resuelve a declarar que Cesar es un traidor, he aquí que el pueblo se arremanga los brazos y toma parte en la pelea.»

(1) *Notas de un viaje por la Argentina*

(2) *Bibliographie des Journalistes*



Salón de actos del Seminario de Astorga.

El orador.

AQUI fué, en las Academias escolásticas, donde dejó oír sus primeros trabajos oratorios el que tan bien ganados había de tener los títulos de Predicador de Su Majestad y Misionero Apostólico; el que había de escribir libros de sermones; y ser Mantenedor de Juegos Florales; y disertar en varias Asambleas literarias y científicas; y ser llamado a predicar en las más importantes poblaciones; y figurar entre nuestros primeros tribunos parlamentarios.

IV.

Necesidad del periodismo católico

Más prudentes los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz, según la predicción de Jesucristo, judíos y masones, comprendiendo la importancia de la prensa, de la prensa más importante, del periódico, a tener muchos y muy leídos consagran preferente esfuerzo, y no se recatan en declararlo.

Parafraseando las palabras famosas de otro de su secta, de Cremieux, decía el gran rabino en el año 1912, en el Congreso Sionita de Lemberg: «Nosotros tenemos que apoderarnos en absoluto de la prensa. Ese será el momento en que nuestro reino estará asegurado y completo.» El programa del gran rabino Sir Jolh Readcnif contenía ya estas palabras literales (1):

«Si el oro es el primer poder del mundo, el segundo es, sin contradicción, la prensa. Pero ¿qué puede este sin aquél? Como no podemos realizar nuestros propósitos sin auxilio de la

(1) Lo publicó *El Ciudadano* de Marsella, en 6 de Noviembre 1884.

prensa, es preciso que presidamos en la dirección de todos los grandes diarios en cada país. La posesión del oro, la habilidad en la elección de medios de conquistar las capacidades venales, nos harán árbitros de la opinión pública y nos darán el imperio sobre las masas.»

Conforme a este plan, los que crucificaron a Cristo persiguen a su Iglesia, valiéndose de los periódicos. Más que fundarlos con este objeto, prefieren para él aprovechar los existentes de mayor circulación. Cuando hace pocos años corrió la noticia de que la familia Rotschild iba a crear un gran rotativo con capital de muchos millones, uno de los principales miembros de ella decía a un redactor del *Cri*, de París: «¡Fundar un periódico! ¿Y para qué? Los tenemos todos. Ni uno deja de ser con nosotros benévolo. La verdad es que también procuramos complacerles».

Los libros de Sombard y de Arnold White son concluyentes para demostrar los gigantescos esfuerzos realizados por los judíos con objeto de apoderarse de la prensa mundial. La obra más reciente aun, *La prensa gran potencia*, del alemán Eberle, no deja sobre el asunto el menor asomo de duda. Bastará decir prescindiendo ahora de sus Agencias periodísticas, que solamente en Viena hay tres grandes diarios judíos. En Hungría, según afirmación del conde 2 eliriski, apenas hay prensa que no sea judía. Judío es el inmenso *Nevv-York World* de los Estados Unidos, lo son en Inglaterra rotativos tan importantes cual el *Daily Telegraph*

el Morning Post, la Tribuna y el daily News.

Es Lord Rotshild, desde 1888, uno de los principales accionistas del Times. En Alemania la mayor parte de los grandes diarios están bajo la influencia inmediata y directa de los israelitas. En Rusia la preponderancia de los discípulos de Judas ha llegado a ser tan enorme por lo que se refiere al periodismo como lo demuestra el que un 70 por ciento las imprentas son suyas, según cálculos de la Civilta Cattolica. Conocido es el predominio que tienen en la prensa francesa. Hace pocos años se publicó una lista de los periódicos que les son afectos. Allí aparecía que el dueño de «Le Matin» es el judío Edwards; de «Le Fígaro», Berr y Rosenthall, judíos; de «Le Gaulois», Meyer y Bloch, judíos; de «Le París», Straus y Klotz, judíos; de «La Lanterne», Mayer, judío; de «L' Echo de París», Simoud y Baür, judíos; de «La République Française», Reinak, judío; de «La Nación», Dreyfus y Bernheim, judíos; de «Le Gil Blas», Abraham Dreyfus; de «Le Journal», Berheim, de «Le Radical», Simond e Hirsch; de «Le Rappel» y «Le Temps», Herment; de «La Petite Presse», Cremieux; de «Le XXI Siécle», Straus; de «Le Jour», Bluysen; de «Le Voltaire», Klotz; de «La Vraie Parole», Singer; de «L' Evenement», Schwob y Berfbeer, Judíos todos.

En Bruselas diario tan importante como Es: L'Indépendance des Belges se halla en manos judías en las mismas manos que reparten prodigamente el oro, cual en otro tiempo a los discípulos traidores de Jesús, para comprar pluma

de periodista y acciones de rotativos en todos los países.

Los radicales franceses reputaron por principal arma en la lucha contra la Iglesia al periodismo. Opinaban con Brissón, el Presidente del Congreso de los diputados, cuando el 4 de Febrero del 1912, en la Asociación de los periodistas republicanos, decía a éstos: «Vosotros sois los que explicáis a la opinión nuestros proyectos y nuestras decisiones. Sin vosotros, no seríamos conocidos de nadie, y a nadie tampoco conoceríamos.» El no haberlo entendido así muchos católicos u obrar como si así no lo entendiesen, fué una de las causas principales de su situación tan triste en aquel país. En su libro *La Paroisse* escribió el abate Lesétre: «Mientras los católicos, engañados acerca de la fuerza y de la astucia de sus enemigos, hacían grandes gastos para fundar en bien del pueblo iglesias, hospitales, escuelas, conventos y obras de todas clases, periódicos perversos, profusamente esparcidos, trabajan con actividad increíble la opinión para oscurecer y pervertir la ideas de muchos. Luego llegó el día en que esta opinión, dueña de todo en Francia gracias al sufragio universal, se apartó de la religión, viéndose, sin grandes conmociones, la liquidación brutal e inicua de la mayor parte de las obras que representaban los esfuerzos y los sacrificios de los católicos. Estos habían pensado en todo menos en asegurar la tranquila posesión del terreno sobre el cual construían, es decir, esclarecer la opinión, moverla, dirigirla,

dominarla de modo que en ella pudieran inquebrantablemente apoyarse.»

En cuanto al socialismo, nadie ignora que sus éxitos formidables y asombrosos se deben muy principalmente a los entusiasmos y trabajo por hacerse con gran prensa. Los periódicos socialistas de Alemania cuentan con 3.160.000 abonados. Cada miembro de sus asociaciones, sea hombre, sea mujer, paga una cantidad mensual para los gastos generales de la prensa, la que reúne cada año por este concepto tres millones de pesetas y dispone de cerca de cincuenta mil repartidores. La ruda y prolija labor sostenida pacientemente largos años en España para elevar a gran altura y hacer salir diariamente *El Socialista*, es bien conocida de todos. Al anunciarse su conversión en diario, preguntaba Claudio Frollo en *El Mundo*: (1) «¿No hay en esta noticia una lección y una censura para las derechas sociales españolas?» Pero los socialistas ingleses son quienes mejor parecen entender la necesidad y el valor del periodismo. Ellos, contrastando su generosidad con el proceder de los católicos de aquel reino, fundaron recientemente con un capital de mas de cuatro millones el gran rotativo *The Daily Citizen*, quien al año de su creación había recibido ya donativos por la suma de ocho millones de francos.

En los países católicos donde los protestantes cuentan con numerosos adeptos se afanan

(1) 16 Enero 1913.

en aumentarlos a virtud de la propaganda por medio de la prensa periódica. Tal sucede en Francia que vé publicarse 222 periódicos defensores de la pseudo-reforma, algunos de ellos diariamente; sin contar con que, según decía la Revista de la secta *Christianime social* (1) «en la prensa católica menos intransigente, *Le fiécle*, *Le Figaro*, etc. se dejan oír con frecuencia voces protestantes.»

Eso solamente, el haber periódicos malos, el valerse de ellos los enemigos de la Iglesia para combatirla, bastaría para que los católicos no nos pudiésemos creer dispensados de luchar en el campo del periodismo. Como todas las enfermedades del organismo físico resultan de la preponderancia de microbios perjudiciales, los médicos modernos, para curarlas, introducen en él microbios benéficos que los combatan, que los persigan como al ratón el gato. Los periódicos representan en el organismo social el papel de fagocitos y de leucocitos. Contra los malos hay que emplear los buenos.

Sabido es con qué ingeniosa y exacta frase Pasteur explicó un día la teoría de los sueros, cuya práctica y perfeccionamiento ha sido para la humanidad fuente de salud y poderoso preservativo contra multitud de enfermedades: «El mal, vencido, se convierte en remedio». Así como él supo trocar en medicina los venenos corporales así nosotros de los venenos del alma hemos de hacer medicamento que

(1) 20 Abril 1910.

la curen y la defiendan. La prensa, manejada por nuestros enemigos en su mayor parte, es manantial abundoso de males de todo género. Apoderémonos de ella para trasformarla de foco de corrupción en foco de luz y medio de saneamiento moral.

No esperemos preservar del veneno de los malos periódicos persuadiendo que ningún periódico debe leerse. A los disparos que se nos haga desde la prensa enemiga tenemos que contestar con las baterías de la nuestra. Si no ofrecemos diarios no dañosos, la tentación de la curiosidad será parte para que se lean los perjudiciales a la salud del alma.

Un maestro y modelo de periodistas que aborrecía, sin embargo, profundamente el periodismo, Luis Veuillot, dejó caer de la pluma estas palabras:

«Los periódicos han llegado a ser un peligro de tal naturaleza, que es necesario crear muchos periódicos. La prensa no puede ser combatida más que por ella misma, ni puede ser neutralizada más que por su multitud. Añadamos torrentes a los torrentes y que unos a otros se aneguen no formando más que un pantano, o si se quiere un mar. El pantano tiene sus lagunas y el mar sus momentos de sueño. Veremos si es posible construir allí dentro alguna Venecia...»

Verdaderamente estuvo acertado en el calificativo D. Alejandro Pidal, cuando con su arrebatadora elocuencia en la velada necrológica para honrarla memoria de D. Valentín Gómez

llamaba al periódico «el arma de repetición que necesita hoy la ciudad de Dios para defenderse de los asaltos de la ciudad del demonio en el presente momento de la guerra sin tregua y sin cuartel comenzada en los albores de la creación y que sólo ha de cesar en el ocaso de los tiempos, con la derrota definitiva y total del profetizado Antecristo».

Por ello pudo decir el Cardenal Deschamps que «la prensa católica corresponde a una apremiante necesidad de nuestros tiempos». Lo cual se corrobora con estas conocidas frases de León XIII:

«Entre los medios más aptos para defender la Religión no hay nada más apropiado a la época actual ni más eficaz que la Prensa.

Hoy la Prensa, la Historia, la Ciencia, las artes liberales se cambian en la mano de los impíos en instrumentos de corrupción.

Haced periódicos, responded a la prensa por la prensa, a las mentiras que manchan el papel con argumentos y fórmulas de verdad en escritos extendidos con gran profusión.»

Para aquel gran Pontífice la buena prensa es (1) el mejor remedio contra los estragos de la mala.

La gran lucha, la lucha transcendental de nuestros días, se libra en el estadio de la prensa. El mundo se salvará o se perderá, reparaba Schorderet (2), «según que el periódico sea el vehículo de la verdad católica o del error dia-

(1) Encíclica *Humanum genus*, 20 Abril 94.

(2) *La prensa y la obra de San Pablo*, discurso en Friburgo.

bólico». Gústenos o no, mal que nos pese, los hombres de este tiempo no es posible pasen sin periódicos. La prensa periódica se ha erigido un trono de donde nadie podrá derrocarla. Al decir de Luis Piccioni (1):

«El periodismo no puede morir: es una consecuencia de nuestro espíritu y un fruto de nuestro organismo intelectual, unido a nuestro modo de ser después de una maravillosa evolución psíquica del siglo.»

Bajo el epígrafe *D. Alejandro Pidal, íntimo*, escribió el catedrático de la Universidad de Oviedo Sr. Pérez Bueno, que aquel político, al hablar de la prensa, después de insistir en su opinión, la que no compartimos, de que los periódicos mejor hechos de España, aparte de *A B C* y algún otro, eran los del *trust* y los de las izquierdas, mientras que los nuestros «son ñoños, ñoños casi todos», añadía refiriéndose al proceder del jefe del partido conservador con los periódicos: «A la Prensa hay que suprimirla, comprarla o sustituirla. Lo primero es imposible. Le queda a Maura una disyuntiva, que hace mucho tiempo que yo habría resuelto» La disyuntiva quedó sin resolver, y todavía en Noviembre de 1913, *La España* advertía que de los 34 diarios de Madrid solo uno era clara y definitivamente conservador. Por lo que partiendo de la base de que cada uno se entera de las cosas y juzga de las personas según su periódico por ser pocos los que saben discurrir sin ayuda ajena y

(1) *Il giornalismo letterario*.

poseen fuentes de información distintas del periodismo, sacaba la conclusión de que no preocupándose más por la prensa perderían toda influencia social y serían alejados de la política, víctimas de la prensa contraria que los envolvía en una atmósfera de calumnia que no tenían medios para desvanecer. He aquí uno de sus párrafos:

«Y si en una reunión ó agrupación de individuos hay 34 que tratan de disuadir a otro de que Fulanito es mejor y tiene más talento que Zutanito, y sólo hay uno que diga lo contrario, es decir, que Zutanito vale más que Fulanito, claro es que aquél tiene que pensar, siempre tratando sobre la base de que estamos en minoría los que tenemos criterio propio, que habiendo 33 que piensen igual ó parecidamente y sólo uno que piense lo contrario, este último tiene que ser el equivocado, y como esto y no otra cosa es lo que ocurre con la Prensa diaria, pues mientras liberales y republicanos repudian la política conservadora por considerarla profundamente clerical y reaccionaria, y solamente un periódico que adolece de la falta de no ser popular, se encarga de hacer resaltar la verdad de los hechos, las consecuencias no pueden ser más fatales para nosotros los conservadores».

A lo cual podría haber agregado que un ministro de la derecha del partido conservador comprometiendo la fortuna de sus amigos y la suya propia facilitó millón y medio de pesetas para salvar la vida de tres periódicos avanzados y permitirles formar un organismo perio-

dístico izquierdista de la mayor importancia que pronto había de volver contra él las armas recibidas. Lo cual inspiraba la siguiente reflexión amarguísima a un brillante cronista católico:

«En España existe una masa conservadora opulentísima, los católicos son fuertes y ricos y sin embargo, la vida de nuestra prensa no puede ser más lánguida. Nosotros no encontraremos nunca quien sea capaz de facilitarnos millón y medio de pesetas para constituir una entidad periodística poderosa, ni millón y medio de reales. Nosotros no podemos como los del *trust*, pedir apoyo material à los capitalistas de la acera de enfrente porque nos enviarían à paseo, en el supuesto de que tuviéramos desvergüenza; bastante para solicitarlo, y respecto à los afines, el caso de la Sociedad editorial demuestra de un modo claro lo que de ellos podemos esperar. Son capaces de desprenderse de millones, pero con destino à que las calderas del enemigo no carezcan de combustible».

Pero no esta labor puramente negativa, aunque ya sería de transcendencia incomparable, ha de atribuirse a la prensa periodística. Se ha dicho, con frase tan aguda como exacta, que hoy la tinta de los buenos periodistas es semilla de cristianos, como en otros tiempos lo era la sangre de los mártires. El periódico en manos inteligentes y honradas, sobre sostener y propagar la fe, alienta y estimula la caridad. Conocido es lo que la revista inglesa *The Sacred Heart* cuenta de un obispo à quien ofrecieron

20.000 marcos para obras de beneficencia en determinada localidad: él los destinó á la creación de un periódico, y al cabo de diez años había en ella hospital y Centro obrero, y la iglesia parroquial estaba reconstruída. Cuando el ilustre escritor Benvenuto de Souza fundó en Porto A Boa *Imprensa* no creyó exagerado estampar á la cabeza del primer número (1):

«Lo esperamos todo, absolutamente todo, de la buena prensa: la renovación moral, religiosa, política y social del mundo. La salvación del cuerpo social, decadente, arruinado, corrompido, está aquí.»

Otro gran propagandista, el P. Dueso, decía en las primeras páginas de un folleto (2) para cuyo elogio basta enumerar las ediciones. »Dadme nada más que la prensa, y yo os lo doy por conquistado todo. Dadme una prensa católica potente y avasalladora, y yo me encargo con ella de conquistar el Parlamento». De ahí que no tenga nada de extraño, aunque al leer la extrañeza tan grande manifestaran *L'Etoile Belge* y otros diarios de la misma laya, la frase del Primado de Bélgica, el doctísimo Cardenal Mercier: «Yo, Arzobispo, retrasaría la construcción de una iglesia para tomar parte en la fundación de un periódico».

Y se comprende que la obra de la prensa sea preferida. Lejos de estorbar á ninguna, todas de ella sacan provecho. Es no solamente su

(1) 1 Octubre 1907.

(2) *La gran Obra.*

defensor y vigilante, pero además su panegirista y vocero. Las tres cuartas partes de las empresas religiosas, políticas y sociales, escribe Gaucheraud (1), no podrían existir si los periódicos no las diesen á conocer. «El periodista frecuentemente dice la primera palabra, la palabra iniciadora, y en toda ocasión dice la última palabra».

Si no hubiese otro dato para conocer el valor de la prensa católica, más que suficiente fuera el encarecimiento con que lo declaran los Sumos Pontífices y las fervientes repetidas exhortaciones para que los Prelados lo hagan entender al pueblo, á fin de que éste obre en consonancia con idea tan segura como útil. Todos están conformes en apreciar este punto; pero León XIII fué indudablemente el que le dedicó atención más especial. Según él debe colocarse en primera línea la obra de la prensa (2).

Así fué que a los obispos de Portugal les escribía perseverasen en preceptuar á los fieles el que, dejando de proteger á los periódicos malos, con todas las fuerzas ayudasen a los buenos (3); y a los de Italia, que se debía oponer escritos a escritos a fin de que instrumento tan poderoso para la ruina valga para la salvación de las almas, brotando del manantial mismo del veneno el antídoto (4); y a los del Perú,

(1) *Ce que doit être un journal.*

(2) Carta al Presidente del Congreso Católico de Munich, 30 de Julio 1895.

(3) 14 Septiembre 1886.

(7) 15 Febrero 1882.

que consideraran de su obligación emplear los periódicos para difundir las buenas doctrinas, ya que de ellos se valían los enemigos para propagar las malas (1); y a los del Brasil, que no olvidasen que el pueblo apenas tiene para su vida otra regla de conducta que los diarios (2). Y, omitiendo ahora en particular lo ordenado a los de otras naciones, decía a todos en la Encíclica *Tametsi* (3) que reputarán como lo *principal de su deber* el trabajar para que con la pluma se grabe en el espíritu de los pueblos la imagen de Jesús.

(1) 1 Mayo 1894.

(2) 18 Septiembre 1899.

(3) 1 Noviembre 1900.



D. Antolín con sus hermanos en su finca de veraneo.

El amigo de sus paisanos

AUNQUE a los 23 años, edad en que ninguno ha sido canónigo por oposición, contra once contrincantes ganó el Sr. López Peláez la Magistral de Lugo, con la aclamación y luego muchos regalos del pueblo, no por eso olvidó a sus paisanos, a los que protegió cuanto pudo, colocando a cuatro en el Cabildo de Jaca.

Sus vacaciones de capitular y de Prelado las pasa en esta diócesis; y en Alvares, cerca del pueblo de sus padres y no lejos del suyo, ha hecho una Lermosa finca donde ha gastado sus ahorros para dar jornales a los obreros durante todo el tiempo que allí reside. Ha conseguido una carretera, que ya se está construyendo, muy beneficiosa para aquel pueblo y para gran parte de la provincia. Querido en toda la diócesis, lo es particularmente en el Bierzo, en cuya capital, de donde es hijo adoptivo, se le han tributado espléndidos homenajes,

El trabajo del periodista católico es irremplazable.

Exhortando a los lectores a luchar en favor de Cristo por medio del periódico, lejos de nuestro ánimo pedir que dejen ninguno de los medios hoy empleados para la mayor gloria de Dios y para el triunfo de su Iglesia. Pero en verdad que si prescinden del periódico, si en el periódico no cimentan sus trabajos, si en él no se apoyan al avanzar contra el enemigo, mucho ganarán en beneficio de sus almas porque Dios premia las intenciones y no los resultados, pero en beneficio de sus ideales el éxito no corresponderá al propósito. La fortuna volverá las espaldas en el combate. El valor no era menos que el de los adversarios; las armas eran muy desiguales.

Tampoco aquilataremos, poniéndolos en parangón, el valer, el mérito, el sacrificio, la fecundidad de los múltiples trabajos con que los buenos católicos se esfuerzan en difundir por

el mundo la luz de la verdad y el calor de la virtud. Lo que decimos es que para contrarrestar el pernicioso influjo de la prensa inmoral e impia no hay medio de prescindir de la buena prensa.

Si llegásemos a tener un gobierno que restableciese la previa censura ¿Tendríamos el modo de poner dique eficaz al avasallador torrente de la prensa corrompida y corruptora? Medio será éste siempre legítimo y que surtió en ocasiones muy buen resultado. Propiamente la libertad interior de pensamiento resulta imposible, y la libertad de expresar todo lo que se piensa es un absurdo. El error no puede tener derechos. Figúrasenos verdadera corrupción de menores el valerse del prestigio de lo impreso, de la autoridad de la letra de molde, de la superioridad del propio talento, para seducir a los incautos corrompiendo sus costumbres. Más aversión que los asesinos vulgares, inspiran los bandidos de la pluma, que esgrimen esta como un puñal, ocultos tras del anónimo, a la sombra de las columnas de la prensa, para robar el pudor y asesinar la fe. El que da muerte al cuerpo es menos criminal que el que mata el alma. Una elemental prudencia, la más vulgar noción de la justicia exige que sean castigados, como se castiga a los fabricantes de moneda falsa y a los expendedores de venenos, los periodistas que, falseando la verdad, envenenan las inteligencias.

Pero a la altura en que nos encontramos, si la censura y la represión pueden algo, es bien

poco, para contrarrestar la propagación de las perniciosas ideas: pruébalo el que en el siglo XVIII, la censura era en Francia absoluta y practicada con rigor grande, y con todo sobrevinieron aquellas hondas conmociones revolucionarias.

En España hemos tenido toda clase de censuras, y nadie consigue detener el empuje de las ideas censuradas.

Las doctrinas estampadas en el periódico quedan indelebles. Cogéis un ejemplar y lo rompéis; pero no quedará del todo destruído: Párese a ciertos gusanos, cada uno de cuyos trozos constituye un nuevo ser, que continúa llevando a efecto su misión. Si un número entero le arrojarais al fuego, pronto le veréis resurgir de entre las cenizas, cual otra ave Fénix.

Contra la fuerza de la prensa no vale fuerza ninguna. Es un tren, que marcha con velocidad incalculable; si os ponéis en su camino, quedaréis aplastados: Es un torrente que no puede secarse, porque sus fuentes son invisibles y están muy profundas; ni se logra contener, porque saltará todas las represas: Es un fluido que no se puede comprimir, porque, o encontrará una válvula, por donde escapar, o hará estallar el recipiente en mil pedazos. Procurad que el tren no descarrile y sirva para el progreso; que el torrente se encauce y fertilice las campiñas; que el vapor y la electricidad muevan poderosas maquinarias, y hagan lucir el sol en la oscuridad de nuestras noches.

No luchéis contra la prensa; luchad con la prensa. Es el arma hoy más poderosa, porque es el vehículo más rápido de las ideas, porque es la gran sembradora de doctrinas, porque dirige, domina y crea la opinión; no la dejéis en manos de vuestros enemigos, apoderaos de ella, y si no podéis tanto, combatid la contraria por medio de la vuestra. Pelead contra vuestros enemigos en el terreno que dominan.

¿Qué hacer para combatir eficazmente a quienes combaten la religión y la patria? ¿Procuraréis tener numerosa representación en los Municipios, en las Diputaciones, en las Cámaras, para desde allí trabajar en bien de la Sociedad y de la Iglesia? Ninguna cosa más útil. Ciego será el que aún no lo vea.

La prensa no debe tener otro pensamiento que el día de las elecciones, ni los católicos perseguir, para esta vida, otro objeto que las elecciones mismas, pues es lo cierto que las mayorías parlamentarias, si no reinan gobiernan.

Hasta ahora, el pueblo sano estuvo separado de las elecciones; pero tal conducta era debida al convencimiento del imperio de la farsa y la mentira; no quería tomar parte en aquello a que se daba apariencias de combate, y no era sinó una cosa preparada de antemano, con tal sigilo que venía a resultar un secreto a voces.

En parte, disculpa merecen los católicos que no acudían a las urnas a votar a los candidatos católicos. Si el Gobierno quería que saliesen

triunfantes, hacía falta ir a votarlos; y si no lo quería, el votarlos era inútil. Azcárate en *El régimen parlamentario en la práctica*, Ojea Somoza en *El parlamentarismo*, Ysern en *El desastre nacional*, el conde de Romanones en *La Biología de los partidos políticos*, y Costa en *Oligarquía y caciquismo*, nos han dejado gráficas pinturas de los amaños, de los chanchullos, de las coacciones de todo género que hacían imposible o inútil la emisión del sufragio.

Mas desde hace tiempo, personas serias pertenecientes a distintos partidos, han comprendido que no solo se trata en las elecciones de un triunfo caciquil, sinó de algo más serio y trascendental para los intereses de la Patria, y a conseguir el triunfo de esta saludable empresa dirigen todos sus esfuerzos.

Hoy la implantación del voto obligatorio llevará inmensas muchedumbres a los comicios y deber de los católicos será acudir a la lucha.

¿Pero creéis que se corregirá todo con esto? ¿Creéis que concluirán las malas ideas y costumbres existentes? No puede conseguirse, mientras no se varíe la actual prensa, que es quien hace y alimenta la opinión.

Si no teneis buenos periódicos, no podréis influir, con la eficacia necesaria, en el ánimo de vuestros electores.

Los que, durante todo el año, están leyendo pestes en los periódicos, contra nosotros, nuestros candidatos y doctrinas, no esperemos en modo alguno que vayan a votar nuestras candidaturas. Habrá quien nos diga con muestra

de la mayor verdad. «Votaré con vosotros», pero al llegar el momento de hacerlo, su convicción, la que insensiblemente le fué afirmando el periódico que leyera, no le dejará realizarlo, y podrá más que su voluntad y que sus compromisos.

Nuestros Senadores y Diputados necesitarían de la prensa para estar en comunicación con el pueblo, para que llegara hasta él el eco de su voz, para que en sus discusiones se interesase la opinión pública. Hoy las campañas para sembrar y hacer fructificar las ideas no principian en el Parlamento sino en los periódicos, sin que a las Cortes quede apenas otro papel que el de reflejarlas y secundarlas. Hablar no contando con la bocina de la prensa periódica, poco menos sería que hablar interiormente. Por los diarios se conocen las sesiones parlamentarias; lo que ellos digan de los oradores es lo que el lector cree, y si ellos no dicen nada no sabrá nada. Como todos los de un país se pusiesen acordes para no dar noticia ninguna de las sesiones de un Parlamento, éste parecería según frase de uno de ellos, «poco más que un Casino político, que una tertulia íntima de murmuradores desocupados».

En 1908 los periodistas de Berlin creyéndose agraviados, aunque en realidad sin razón ninguna, dejaron de asistir al Reichstag; y sucedió que los editores alemanes se declararon dispuestos a secundarlos, y las Agencias de información no mandaban al extranjero noticias parlamentarias; con lo que los representantes

del país se negaron a asistir a las sesiones, amenazó con hacer lo mismo el canciller del Imperio Príncipe de Bülow, y el Presidente de la Cámara, si no quiso verla desierta, tuvo que dar amplias satisfacciones a los revisteros.

Los trabajos sociales son de eficacia grandísima para difundir las ideas de quien los ejecuta. Ningun medio mejor de propaganda. Las buenas obras, las obras de caridad y beneficencia, fructificarán seguramente en el Cielo. Gracias a ellas se consigue la bienaventuranza eterna. Pero no tienen, en la tierra, el poder suficiente para contrarrestar los efectos perniciosos y destructores que a la sociedad ocasionan nuestros enemigos con sus periódicos.

En España se ha trabajado mucho en este sentido social. Los católicos se oponen en todo momento a cuanto pueda redundar en contra de la patria y del orden; y este camino seguirán con firmeza inquebrantable: todo muy bueno y merecedor de premio y alabanzas, pero incompleto y sin la suficiente eficacia en el orden temporal, no consagrándose también con afán constante, con valor de héroes a la propagación y defensa de la prensa católica.

Creed en las obras, decía Jesucristo. Las de nuestra religión demuestran que debe creerse en ella. Nuestros adversarios hacen frases; nosotros hacemos edificios para albergar todos los infortunios y curar todos los dolores. Nosotros somos la caridad, y la caridad es hija del cielo. Haced bien a los hombres; no todos los hombres devuelven mal por bien. Muchos al ver nuestras

obras benéficas, glorificarán a nuestro Padre que está en el cielo.

Sin embargo, aunque las piedras hablan con mucha elocuencia, su voz no se deja oír en mucho espacio. Los edificios de beneficencia solamente dirigen la palabra a los que ponen en ellos los ojos. Si la prensa, con la conspiración del silencio, hace en torno de ellos el vacío, su radio de acción apologética será muy escaso. Si, falseando su origen, su administración, sus tendencias y su destino, los envuelve en una atmósfera de odio y de calumnia, se convertirán en nuevo pretexto para perseguir a la Iglesia y arrancarlos de sus manos.

Gran obra de misericordia enseñar al que no sabe. Los que instruyen en la verdad y en la virtud, dice el Espíritu Santo, brillarán como las estrellas en los Cielos de la Eterna Gloria. Para designar al Redentor ningún título se encontraba más ilustre que el de «Maestro». La obra social o benéfica más importante es la enseñanza. El Pan de la doctrina que sustenta el alma, vale infinitamente más que el pan de trigo de que vive el cuerpo.

Pero hoy el «buen Maestro» no ha de contentarse «enseñando con la palabra», debe enseñar también con la pluma. El periódico es la cátedra de resonancia mayor. Cada ejemplar es una lengua. La voz del Profesor no se oye más que en un punto; la del periódico resuena a la vez en todos los ámbitos de la nación o del mundo. El Catedrático tiene que esperar a que vayan a oírle; el periódico se

vale de todos los adelantos modernos para correr, para volar en busca de discípulos y convierte en cátedra todos los lugares del espacio y no hay tiempo en que cese de enseñar.

Dichosos los que se valen de la palabra hablada y escrita para glorificar a Cristo, que es la palabra eterna de Dios».

Al lado de la escuela descaradamente atea y de la hipócrita llamada neutra y laica, precísase levantar la escuela católica. Por razón parecida, al periódico impío debe oponerse el periódico honrado, que confirme las enseñanzas del buen maestro y rebata las de la mala prensa. Esta no es como el profesor que explica al día varias horas y no todos los días durante algunos pocos años, sino que se apodera del individuo por toda la vida ejerciendo sobre él sugestión constante.

En España casi todos los enemigos de la religión han sido educados religiosamente. ¿Cuál la causa de que, cuando hombres, detesten lo que adoraron cuando niños? En su alma se depositó la simiente de la doctrina cristiana; pero antes de que arraigase la devoraron las aves fatídicas de la mala prensa. La madre formó sobre su frente pura, la señal de la cruz; el periódico les dijo, que la religión del crucificado era contraria a la libertad y a la ciencia. La madre puso como primera palabra en sus labios el nombre sacrosanto de Dios; el periódico blasfemando diariamente de Dios, los llevó a renegar de El. La madre los acercó al altar y les hizo mirar al cielo; el periódico les aseguró

que el altar era un símbolo sin significado y que el cielo está vacío. ¡Intelices! No se les deparó el periódico que pensaba como su madre; cayó en sus manos el contrario a la religión de su madre, y más que a su madre queridísima, vinieron a creer a un desconocido, a un periodista que les dijo que su madre era una fanática y una ilusa.

De los buenos católicos a quienes haya concedido Dios Nuestro Señor dotes de elocuencia es el aprovecharlas en servirle y honrarle subiéndose a la tribuna para defender la Iglesia y combatir las malas doctrinas. Así lo hacen ya muchos. Nada más digno de aplauso. Es poco no obstante. Exigen algo más los tiempos. Pasaron aquellos en que la oratoria del tribuno era la fuerza única para arrastrar las masas moviéndolas con la vertiginosa rapidez del verbo y haciendo precipitarse los acontecimientos con la misma facilidad que se movían los labios.

El periódico engarza en sus columnas las frases del orador para que puedan meditarse fría y detenidamente sin el oropel de que las adornara y el calor comunicativo que les transmitiera la fantasía y la emoción del que habla a impulso de una pasión honda e intensa o aprovechando los sugestivos artificios del arte y del talento; a lo cual se junta el comentario y la crítica que mueve al lector a no fiarse demasiado de la sinceridad de los conferenciantes y le hace percibir la parte débil o falsa de los argumentos.

De otro lado la palabra ejerce su acción sobre

un centenar o un millar de personas; la voz es un soplo que seguidamente apagan otras voces, otros rumores; y aquella concluye por borrarse y ser olvidada. En cambio el periodismo es un motor en función constante, su voz está siempre repitiendo lo mismo, y es fuerza oirla día tras día; termina por parecernos la voz de un amigo, la de un confidente, que por nosotros se interesa, por nosotros mira, y consigue al fin que realicemos lo que él se propone, lo que hora tras hora nos ordena.

El mal periódico se presenta como leal confidente, y su continuada labor logra al fin poner en ruina los efectos saludables que produjera la madre con sus trabajos y cariño, las provechosas enseñanzas que con sus desvelos inculcaron los maestros, la paz de la familia, los fundamentos de la sociedad; de donde, despreciados los divinos preceptos y también maltrecha la fé, como consecuencia inmediata, como resultado inevitable, proviene la tristísima pérdida del alma.

No ha mucho formuló el Sr. Sánchez de To-ca los siguientes conceptos:

«Si para gobernar las democracias antiguas de agora, de foro o de zoco se bastaban los oradores, en las enormes multitudes que incorporan y agitan las democracias modernas el orador por sí solo es una impotencia. Diez periódicos llevan hoy ese ministerio sobre multitudes de cincuenta o cien millones con más holgura y eficacia de acción continua que la desplegada tan penosamente por veinte oradores

sobre aquellas ciudadanías que congregaban a lo sumo 20.000 oyentes en el ágora de Atenas o en el foro romano.

Respecto a la potencia para movilizar opinión, encauzarla y dirigirla, el orador y el rotativo se encuentran hoy, respectivamente, delante de las grandes masas en la misma proporcionalidad que la guma africana y la artillería de tiro rápido. Un periódico vale más que cien oradores buenos. UN GRAN ORADOR PUEDE SER UN BUEN REVÓLVER, Y UN ROTATIVO BUENO ES UNA BATERÍA».

Este juicio del ilustre hombre público recorrió las columnas de casi toda la prensa. *El Iris de Paz* después de copiarlo anotaba:

«Decía esto el Sr. Sánchez Toca a cuento de la poca Prensa que sostiene el partido conservador. Y efectivamente es así. Una de las causas potísimas del ostracismo e impopularidad a que parece estar condenado ese partido es la falta de Prensa, que nunca han logrado tener los conservadores, porque nunca han sabido sacrificarse bastante por ella. No hay duda que el dinero en España es de las clases conservadoras; pero éstas gustan más de conservarlo bien guardado en el arca que de dedicarlo a la defensa de sus Ideales».

Lo mismo exactamente puede decirse de todos los católicos. Las últimas tentativas para acrecentar el caudal mezquino de la gran obra de la Buena Prensa, lo prueban más convincentemente que todo lo que pudiera decirse. No por ello conviene perder esperanza. El pensamiento

de la necesidad de la prensa es de los que acaban por entrar en los cerebros más obtusos. Seamos incansables en repetirlo en todo lugar y tiempo, presentémosle bajo las más variadas formas, pongámoslo a todas luces y desde los posibles puntos de vista; y se hará paso en las inteligencias más rutinarias o prevenidas, comprendiéndose al fin que ninguna otra labor para extender el reinado de Cristo supera a ésta en eficacia.

Con el libro contestad al libro. Pero no pongáis el libro al periódico. Sería pelear con trabuco contra fusil de tiro rápido.

Hoy los libros se leen, mejor dicho, se compran muy poco; además, el agitado luchar de la vida moderna no deja tiempo para leerlos. Su edición cuesta mucho y el trabajo que su escritura supone, es grande.

El libro es más voluminoso, tiene más doctrina, pero su lección si a menudo no se repite no deja huella profunda, y el recuerdo es tan ligero, que se desvanece al menor soplo del vendaval de la vida; en cambio el periódico suministra diariamente sus enseñanzas; mueve el espíritu como furioso huracán la hoja del árbol, y se esconde a guisa de puñal que certero hiere; a su servicio está la electricidad, vuela en alas del vapor, devora las distancias en carros de fuego, y tiene a su servicio todos los portentosos adelantos de nuestra época.

La pasión por el periódico, la fiebre de la lectura no remitirá ni se extinguirá jamás, antes de día en día va en aumento. Clamáis contra

esa exagerada afición de saber noticias, que en algunos parece una manía o un delirio: hacéis bien. Exponiendo los males que el mal periódico infiere a la religión, y a la sociedad, y a todo el que se confía a su lectura, lográis arrancarlo de muchas manos: haceis mejor.

Pero no habeis hecho nada si pretendéis que los que leían, no lean; si, en vez del periódico corruptor y corrompido, no os apresurais a ofrecer el periódico que purifica, ilumina y salva.

Las olas fieras, negruzcas, asoladoras con que el mar tempestuoso y embravecido de la prensa impía amenaza envolvernos y sumergirnos y destruir cuanto nos es caro, sólo pueden, con relativa facilidad, contenerse levantando un dique de papel formado con los buenos periódicos.

No hay que desmayar y descorazonarse. Si hemos perdido el pueblo, aun podemos recobrarlo para Cristo. Si la opinión pública nos es adversa, todavía es posible conquistarla y volverla a su propio cauce. Si todo se va secularizando, cabe llegar a cristianizarlo todo. Para ello nos basta una cosa. Teniéndola tendremos todo lo que hoy nos falta. Para ello nos basta el periódico. El clericalismo, he ahí el enemigo, dijo un día Gambetta a los lacayos de las logias masónicas. Convènzanse de la verdad de estotra afirmación los hijos de la Santa Iglesia: La mala prensa, he ahí nuestro enemigo. Y creyéndolo así, obren en consonancia con su creencia, combatiendo al enemi-

go con armas iguales, oponiendo al periódico que destruya, el periódico que sostiene y vivifica.

Todos hallan trabajo en el periodismo católico. En su primera Encíclica (1), señalando como fin al que han de converger nuestros esfuerzos el retornar el género humano al imperio de Cristo, escribió el actual Pontífice: «No han de ser solamente los hombres investidos de la dignidad sacerdotal los que trabajen por los intereses de Dios y de las almas, sinó todos los fieles, sin excepción alguna».

En la reunión masónica internacional tenida en Ginebra a fines de Septiembre de 1912 fué votada la siguiente moción que redactó Magalhaes Lima, Gran Oriente de la masonería portuguesa:

«Los francmasones suplican a todos los amigos de la libertad de conciencia, que cesen en sus divergencias y se unan a fin de oponer a los ataques de los ultramontanos, que se inspiran en el «Syllabus» y en las Encíclicas de Pío X y tienden nada menos que al imperio universal de la Iglesia, una falange invencible que combata, bajo la bandera del libre examen, pronta a defender y dilatar las conquistas de la tolerancia, de la investigación libre y de la autonomía moral del individuo sobre el espíritu de fanatismo, de obscurantismo y de tiranía religiosa».

Ante esta provocación no pueden permane-

(1) *E supremi apostolatus.*

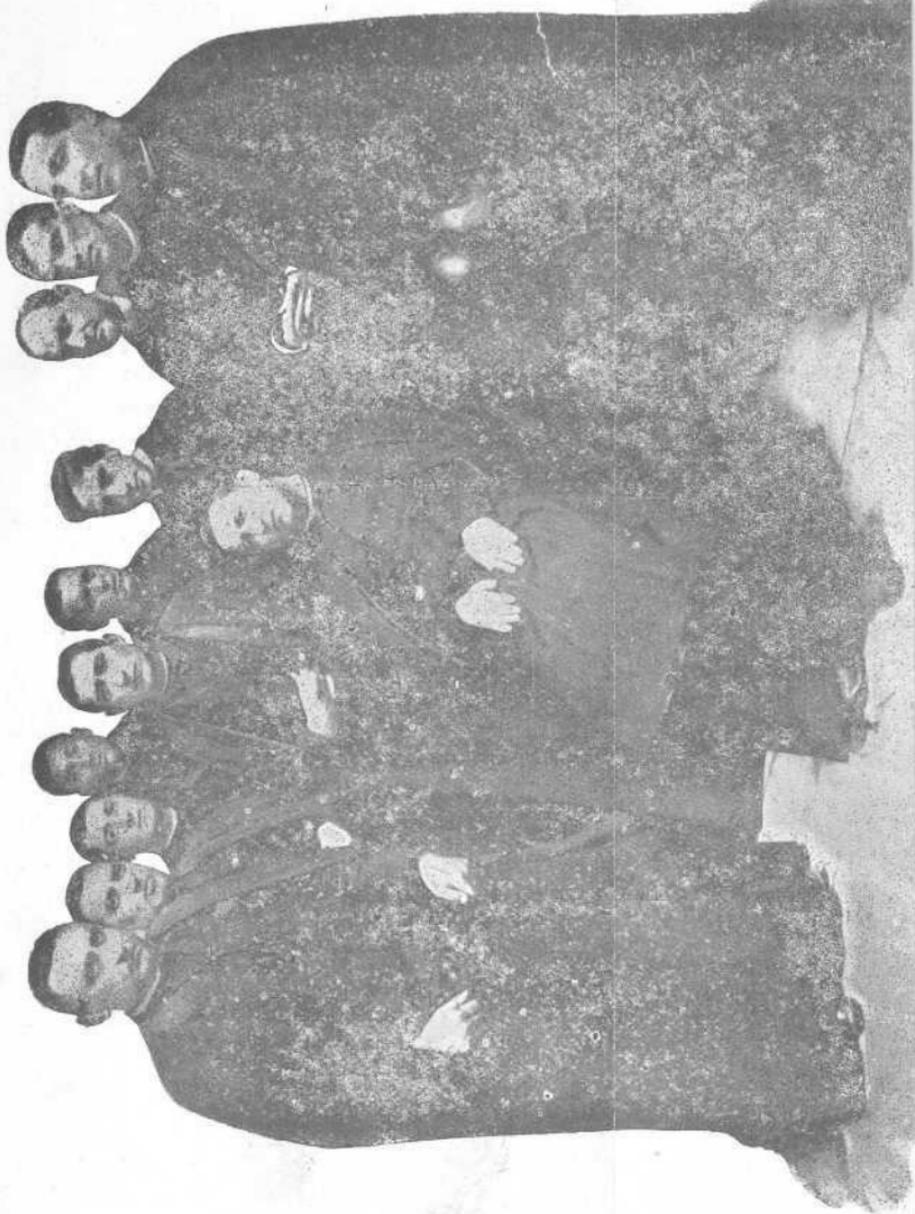
cer callados los católicos. Semejante táctica de combatir exige que a sus métodos conformemos la nuestra. Las reformas estratégicas de los modernos estados que hacen soldado a todo hombre útil, se han extendido al orden moral, advierte el insigne apologista Sr. Sardá y Salvany (1): «En otros siglos, pocos eran los combatientes que entraban *personalmente* en lid: algunos jefes de escuela más o menos caracterizados sostenían respectivamente el ataque o la defensa; las muchedumbres apenas intervenían en el debate más que como espectadores, y aun muchas veces cruzábanse sobre las cabezas los tiros de una y otra banda, sin que los advirtiese la gran masa social. Hoy, al revés. La circulación de los periódicos y el arte de leer, extendido hasta las capas más inferiores del vulgo, han hecho que apenas se suscite cualquier debate en el campo social, sea ya poco o menos que imposible encontrar un palmo de él donde no para recia y ensangrentada la pelea. Las condiciones de la vida moderna, señores míos, han hecho poco menos que imposible la neutralidad en cualquier cuestión política o religiosa que se ventile».

Sí, puesto que en todos los campos con todas las armas se combate a la Iglesia, sus hijos, perfectamente armados y municionados, deben acudir a todas las brechas para rechazar a cualquier asaltante y, como ya hemos visto, el campo donde arde más viva la lucha y el

(1) *Caracteres de la lucha actual*, p. 16.

.....

enemigo despliega más fuerzas y más urge reconquistar las posiciones perdidas es el de la prensa periódica.



h. Peláez con sus coapositores la víspera de la provisión de la Magistral

El Magistral de Lugo.

EL que D. Antolín Lopez Peláez hubiera obtenido su primer prebenda en Galicia pudo ser causa del amor manifestado a aquella región, de que son muestra los siguientes libros: *Las aras de la catedral de Lugo*; *El señorío temporal de los obispos de Lugo*; *Historia del culto eucarístico en Lugo*; *Las poesías de Feijóo*; *De la diócesis del Sacramento*; *Los escritos de Sarmiento*; *San Froilán de Lugo*; *El Monasterio de Samos*; *El gran gallego*; *Vida póstuma de un Santo*; *Los Benedictinos de Monforte*; *De la región gallega*; *El obispo San Capitón*; *Discursos pronunciados en Lugo*; *Argos divina*; etc. Galicia se lo premió nombrándole hijo adoptivo de Lugo, y dedicándole homenajes magníficos, como el del año último en la Coruña con motivo del Congreso Nacional Penitencia io donde el Arzobispo de Tarragona luchando con su denuedo de siempre en defensa de la religión demostró que ésta no era ni fué nunca sanguinaria—al discutirse la pena de muerte — y que Concepción Arenal, cuyo monumento bendijo no era impía, y consiguió se votase la proposición que presentó en defensa de la intervención de los religiosos en las cárceles,

El trabajo del periodismo católico es irremplazable

Todos los fieles sin excepción alguna pueden y deben alistarse en esta universal cruzada de la prensa, en que tan interesada se halla la divina gloria; pues se trata de dar libertad a la Iglesia de Cristo, que vale más que el sepulcro de Cristo, de reconquistar no ya las piedras sobre las cuales Jesús derramó su sangre, sino las mismas almas por las que derramó la sangre y dió la vida.

Los hombres de talento sobresaliente en el arte difícil de bien escribir son los que más obligados se hallan, porque de ellos más se necesita, a venir al estadio del periodismo católico y manejar su pluma a guisa de espada para pelear las peleas del Señor, combatiendo en las avanzadas por el triunfo del bien y de la luz.

Por eso León XIII, además de exhortar (1) a los legos distinguidos por su ingenio a que multipliquen los escritos en defensa de los derechos de la religión católica, dice (2) que es un deber grandemente meritorio el que colaboren también con el mismo objeto en la prensa dia-

(1) *Encycl. Nobillissima Gallorum gens*, 8 de Febrero de 1884.

(1) *Encíclica* de 19 de Marzo de 1902.

ria, «poderoso instrumento de que tanto abusan nuestros adversarios.» Es preciso, advertía en otra ocasión (1), que se agucen los estilos, que se avive el número literario, con el intento de que la mentira deje paso a la verdad y la voz de la recta razón y de la justicia poco a poco se haga aceptar a los espíritus prevenidos.

Así es, ejercitando a ese fin las luces de la sabiduría, como los escritores se mostrarán agradecidos al Señor, de quien las reciben. Mucho deben amarle y trabajar a su mayor gloria los que son por su bondad tan privilegiados.

Como se diferencian de las bestias por el entendimiento, se diferencian entre sí por los grados y cultivo de él los hombres. Pensar alto, sentir hondo y exponer claro, es un don que más que los mismos que lo poseen, suelen apreciar los que lo miran resplandeciendo en otros. Se asemeja a Dios, tiene en algún modo potencia creadora el que encarna el verbo de su mente en forma artística apropiada, haciéndole visible con las figuras de la retórica, y vistiéndole con las rozagantes galas de la poesía, y dándole vida con las pasiones y los movimientos oratorios; el que convierte la pluma en pincel que pinta, en buril que graba, en cincel que esculpe, en lira que canta, en espada que fulgura y hiere; el que con la vara prodigiosa de un estilo elocuente, como Moisés las peñas, toca las almas desoladas, haciendo resurgir en

(1) *Carta apostólica a los obispos del Brasil*, 18 de Septiembre de 1899.

el desierto de las conciencias raudales de cristalinas aguas refrigeradoras; y domeña las voluntades más rebeldes, y mueve y dirige y arrastra los espíritus más obstinados.

A quien mucho se le ha dado, mucho se le ha de pedir. A proporción de los *talentos* que para *negociar* con ellos nos confió el *Padre de familias*, será la cuenta que de nuestra administración habrá de exigírsenos. No es la lumbrera para colocarla debajo del *celemin*, sino encima, en forma que mejor alumbre a todos. No ha de hacerse con el agua del saber a manera de pozo profundo recogiénola para guardarla, sino a imitación de mar abierto, de cuya anchurosa superficie suben sin cesar vapores que se condensan en nubes, de donde bajan el rocío refrescante y la bienhechora lluvia. Como se dió su luz al sol, no por él y para él, sino a fin de que ilumine y favorezca los trabajos del hombre, así se enciende en la frente de algunos escogidos la llama del genio para que sus resplandores alumbren y guíen a los contemporáneos por los caminos del progreso.

No se comprende que ame a Dios quien debiéndole dotes de periodista y pudiendo emplearlas en su servicio, cuando tanto como ahora de ellas hay necesidad, rehusa hacerlo; que ame a la Iglesia, nuestra Madre, el que viéndola abofeteada y herida por los sayones de la mala prensa, y expuesta al insulto y a las invenciones de profesionales de la calumnia, con sus ministros injuriados, con sus prerrogativas negadas, con su culto hecho blanco de la

irrisión y de la mofa, con sus dogmas falseados sacrílegamente, no acuda a su lado ofreciéndole todo el poder de su ingenio para rechazar los violentos ataques y las traidoras astutas acometidas; que ame a sus hermanos cualquiera que, viéndolos entre tan numerosos peligros y tan inminentes riesgos de eterna perdición, rodeado de espesas tinieblas de ignorancia y cercados por los secuaces del error, que a toda costa tratan de precipitarlos en el abismo de la impureza y de la herejía, no corra a alargarles una mano generosa que los lleve por las sendas de la verdad y del deber.

¡Oh! Si se considerase bien el que se hace escribiendo en las páginas del periódico, más serían los que se aplicarían a este ejercicio, desechando las excusas del amor propio y los vanos pretextos de la cobardía. Sólo Dios, a quien no se ocultan los misteriosos caminos de su gracia y la historia íntima de los espíritus, sabría decir cuántas conversiones produce, cuántos propósitos sostiene, cuantas empresas estimula, cuantos pecados evita, cuántos infortunios consuela, cuantos horizontes abre, cuántos espíritus abrillanta, cuantos proyectos del infernal enemigo trastorna el periódico. Se asombra uno viendo crecer plantas muy lejos de la zona de su cultivo y a donde no puede alcanzar la mano del hombre: en las alas de los vientos y en el pico de las aves fueron llevadas las semillas. Un pedazo de una hoja de arrugado papel, con que el aire juega con el polvo del camino, basta para impri-

mir a un alma los movimientos con que vibra el alma del periodista, para hacer latir un corazón al unísono del suyo, para comunicar la luz de la verdad y el bálsamo del consuelo a una conciencia entenebrecida y lacerada. Escribiendo en el periódico se puede evitar algunas ofensas de la Majestad divina, y San Ignacio solía decir que con tal de evitar una sola, daría por bien empleados todos sus incesantes trabajos y sacrificios; se puede alentar, y sostener, y dirigir en las sendas de la salvación las almas, y un alma vale más que mil mundos, un alma, nos atreveríamos a escribir que, en algún sentido vale tanto como Dios, pues fué redimida con la divina sangre, se ha creado y rescatado por precio infinito, costó la vida al Hijo de Dios: se puede convertir los hombres, y un hombre transformado, convertido, predicaba el P. Félix (1), «es a veces en la historia de la humanidad un acontecimiento inmenso; es una sacudida dada al mundo, una institución que se eleva, o una calamidad que concluye; es el bien dando un paso adelante, o el mal dándole hacia atrás; el error que sucumbe y la verdad que triunfa; la Iglesia glorificada y la herejía confundida; Satanás que retrocede y Jesús que avanza; el progreso que marcha y hace una etapa más en su largo y rudo camino.»

Muchos esfuerzos se estrellarán contra una tierra ingrata; caerán muchos sudores sobre campo donde parezcan inútiles. Pero al modo que en la naturaleza nada se pierde, en el or-

(1) *La palabra y el libro.*

den sobrenatural ningún trabajo es perdido. No se verá su fruto; mas no deja de haberle, amén del que para sí el trabajador recoge en la eterna gloria. Una porción de la simiente será hollada por los pies del caminante, o sofocada entre espinas y abrojos, o arrebatada por las aves del cielo: ¿por eso había de ser retenida toda en las trojes sin devolverla a la tierra que la produjo? El labrador siembra, aunque sabe que muchos de los granos no llegarán a germinar; porque sabe también que si nada sembrara, nada cosecharía. «Cuando en la tarde del otoño, decía Lacordaire (1), caigan las hojas y yazcan en tierra, más de una mirada y más de una mano las buscarán todavía; y aun cuando todos las despreciasen, el viento puede llevarlas y preparar con ellas una cama a cualquier pobre, de quien la Providencia se acuerda desde lo alto del cielo.»

¡Qué ministerio tan fructuoso y tan sublime el del periodista! Sin exageración ninguna pudo decir un poeta, D. Antonio de la Cuesta y Sáiz:

Imagen de un Apóstol él es la sal del suelo,
que evita entre los hombres insana corrupción;
el faro de los pueblos, el portavoz del cielo,
del general concierto motor é inspiración.

Ser precursor de Cristo para anunciar la buena nueva al mundo, ser instrumento de la gracia divina, ser llamado y admitido por Dios a trabajar con él en la santificación de las almas, ¡cuán bello, cuán eminente, cuán glorioso!

(1) Prefacio de las *Conferencias*,

Y aunque haya otras obras de celo en que sucede lo propio, ¿dónde con más exactitud, con más extensión, con más abundancia que en el periodismo? Todos somos combatientes; a nadie es lícito estarse mano sobre mano en esta gigantesca lucha cuerpo a cuerpo, no ya entre dos continentes, entre dos razas, entre dos civilizaciones, entre dos mundos, sino entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre las milicias del cielo y las potestades infernales. Pero al frente de los ejércitos, en el lugar del mayor peligro, en el campo donde la lucha es más encarnizada y los enemigos más fuertes y poderosos y las heridas más temibles, ¿quiénes están sino los periodistas? La principal batalla, la batalla decisiva, la batalla por excelencia, se riñe hoy en el espacio, al parecer tan pequeño, del periódico. El Sumo Pontífice, que con tanta gloria suya y provecho de la sociedad rige hoy la Iglesia, dijo, según refiere *The Catholic Times*, a un periodista inglés que de rodillas le presentaba su pluma estilográfica: «No hay actualmente en el mundo misión más noble que la del periodista católico. Bendigo el símbolo de vuestra profesión. Mis predecesores consagraban las espadas y los escudos de los guerreros cristianos; yo me considero dichoso al atraer las bendiciones del cielo sobre la pluma de un periodista cristiano».

Id, enseñad a todos, dijo el Redentor a sus Apóstoles. *Id, enseñad a todos*, dice hoy la Iglesia a sus periodistas. Aprendida de los labios del sacerdote la ciencia sagrada, sacad fuera

del templo las palabras del predicador; encendidas en el fuego santo del altar vuestras antorchas, para abrasar la tierra en las llamas del amor con que Jesucristo quería verla ardiendo; repetid en todos los tonos y bajo todas las formas mis enseñanzas con voz que se haga entender en todo tiempo, en todas partes y de todos los hombres, a fin de que, si el mundo no quiere ser salvo, no pueda tampoco ser excusable.

La Iglesia asocia a sus trabajos, dá parte en sus ministerios, comunica el honor de sus empresas y corona con la gloria de sus triunfos al periodismo. Quiere utilizarle como palanca adonde aplica sus fuerzas, como arma de combate, como instrumento de progreso. Hace de él, en expresión del tan gran parlamentario como teólogo, Monseñor Freppel, *un verdadero apostolado*, que, al decir el P. Ramière, *es el más noble despues del ministerio sacerdotal*, y en frase del Arzobispo de Montevideo, señor Soler, *es el principal para el siglo XX*.

Al que Dios llama a este apostolado, le dispensa una honra y le impone una obligación. ¡Ay de mí, si no evangelizare! exclamaba el Apóstol de las gentes. ¡Ay de mí, si no evangelizare en lo que me es permitido, en lo que me sea posible, en lo que me está mandado! deben repetir y pensar a menudo los que se sienten con fuerzas, con aptitudes, con vocación de periodistas.

«¿Qué ha sido de tu hermano? Su sangre clama a mí desde la tierra,» decía el Señor a Caín.

¿Qué ha sido de tantos hermanos tuyos, de tantas almas redimidas con mi sangre? dirá también al *siervo ocioso*, al avaro de sus talentos, al que no emplea en servirle la facilidad de escribir que muchos emplearían gustosos si con ella se los hubiera distinguido. Los veías deslizarse hacia el abismo, y cuando tan fácil te era tender una mano y retirarlos del borde, los dejaste caer en el fondo sin hacer nada por evitarlo; los veías envueltos en nubes de ignorancia y en tinieblas de muerte, y escondiste la luz con que podías alumbrar sus caminos y salvar sus almas. Y no valdrá decir con el primer fraticida: «¿Por ventura soy yo guardián de mi hermano?» Porque las riquezas del espíritu, como todas, las concede la Providencia para repartirlas con los necesitados, para que se administren y negocien en beneficio de los pobres, a quienes auxilia y sustenta mediante lo que da con exceso a los ricos.

Después de advertir que ninguna potestad «tan colosal, tan exorbitante como la potestad concedida a todos de poner su palabra en los oídos del pueblo;» que la profesión de periodista «es a la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia,» y que «la palabra es más cortante que la espada, más pronta que el rayo, más destructora que la guerra,» decía Donoso Cortés (1) a los periodistas. «Ministros de la palabra social, no olviden ustedes nunca que la responsabilidad más terrible acompaña siempre a

(1) Carta a los redactores de *El País* y *El Heraldo*, en 1849.

ese terrible ministerio; que no hay sino en la eternidad penas bastantes para castigar a los que ponen la palabra, ese dón divino, al servicio del error, así como no hay galardones bastantes, sino en la eternidad, para los que consagran su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres.»

Sólo en la eternidad, con efecto, puede haber premio digno de los periodistas católicos, y allí es donde realmente lo hay. Allí serán ellos los grandes, porque escrito está que «grande se llamará en el reino de los cielos» el que con la acción propia busca la instrucción ajena, el que es bueno para sí y bueno para los otros, el que trabaja y enseña a trabajar, *qui fecerit et docuerit*. No el lucir sencillamente en la gloria del cielo, sino *resplandeciendo como estrellas*, está reservado a «los que instruyen a muchos en la justicia» ¿Y quién instruye más que el que, subido sobre las columnas de la prensa, habla cada día, no a un auditorio de algunos miles de individuos, al mundo entero, a la humanidad toda, mandando a la imprenta recoger, multiplicar hasta lo infinito y eternizar sus frases, al vapor conducir las triunfalmente entre nubes de humo en carros de fuego del uno al otro confín del orbe, y al rayo celeste, a la electricidad, sacudir con las vibraciones poderosas y luminosísimas de su espíritu, las fibras más profundas de todas las almas?

A otros escritores les dirá acaso el Supremo Juez: *Ya recibisteis la recompensa; trabajabais para conseguir celebridad, y la alcanzasteis;*

queríais por premio de vuestras tareas literarias los elogios, y os fueron dados. El que escribe un libro, puede, aunque sin fundamento casi siempre, recrearse como Daudet pensando en que dentro de mil años aún será leída la obra y celebrado el autor. El que escribe en un periódico se halla menos expuesto a los asaltos de la vanidad y a buscar su gloria, con olvido de la divina y empañando con torcida intención el brillo de las más rectas acciones: su nombre se oculta, su firma no se estampa al pie de los artículos; el periódico es, y no el periodista, quien recibe los aplausos.

Aparte del testimonio halagüeño de la propia conciencia, de la interior satisfacción de haber obrado bien, tiene el periodista católico la esperanza alentadora de una recompensa perpetua e inefable. El ángel de la guarda permanece a su lado escribiendo en el libro de la vida todos sus trabajos en pró de la santa causa; y para Dios, que premia las intenciones, están presentes todos sus buenos deseos. En el día del universal juicio, delante de todas las generaciones resucitadas, oirá de los labios del Juez de vivos y muertos el buen periodista: Yo doy por recibido todo lo que hiciste por mis hermanos, que son los tuyos; cuando tenían el alma hambrienta y les facilitaste el pan de la verdad; cuando sentían el corazón sediento y les diste el agua de justicia; cuando los vestiste con el vestido de las virtudes; cuando alumbraste los ojos de su entendimiento con la luz de la ciencia; cuando en las enfermedades de su

espíritu les visitaron tus palabras de consuelo y a sus heridas aplicaste el bálsamo de la resignación de la esperanza, lo agradecí tanto como si Yo fuese el favorecido, como si a Mí me lo hubieras hecho, a Mí lo hiciste, *mihi fecistis*. Por eso mi Padre te bendice ahora y desde toda la eternidad te preparó un trono para que seas en el cielo rey.

El que no pueda escribir en la prensa, aunque sólo sea como colaborador o corresponsal, mire si puede escribir por la prensa. Después de los libros del que publica éste, diéronlos a la estampa incomparablemente mejores, el P. Due-so, Arboleya, Minguijon, Polo Benito, Nabot y algunos más, y ya antes los había muy buenos en España acerca del periódico. Aun queda mucho por decir, y si no fuere posible decir cosas nuevas, fácil será decirlas de modo nuevo. Y si ésto no es dable, no por eso se deje de escribir, con tal que así lleguen a los lectores verdades que por pluma de otros no llegarían. En la república literaria, entre hermanos de una misma religión, para defender y honrar a la Madre todo es de todos. Ni se adquiere sobre las ideas la propiedad por el derecho *primi capientis*. De que a uno se le haya ocurrido antes un pensamiento, no se deduce en buena lógica que otro que lo tenga se lo haya robado.

A la pluma, para trabajar por la buena prensa, agregue, quien pueda, la palabra. En Francia se han formado grupos de conferenciantes para recorrer las poblaciones pronun-

ciando discursos en favor de los periódicos católicos, cuyos lectores por este medio aumentan notablemente ¿Por qué no hacer aquí mismo?

El que no tenga bienes de entendimiento o tiempo para utilizarlos en beneficio de la buena prensa, si tiene bienes de fortuna podrá con ellos serle extremadamente útil. En cualquier guerra no basta que haya soldados diestros y valientes; se precisa para la victoria que haya quien les proporcione los medios con que luchar. Los ricos nada harán más agradable al dador de toda riqueza, que empleando una parte de la suya en acrecentar el caudal de la caja de la Buena Prensa creada por acuerdo de la Asamblea de Zaragoza. Si más meritorio, a fuer de mayor sacrificio, hacerlo con muchos años de vida por delante, más fácil a la hora de la muerte. A propósito del testamento del Sr. Bulfy, se nos ocurrió decir lo siguiente:

«Hace años que imprimimos estas palabras:

«El nombre impreso en una endeble hoja de papel dura más que el grabado con buril de acero sobre planchas de oro. Si lo escribís en lápida de mármol a la puerta de un establecimiento benéfico, allá se queda y allá habrá que ir para descifrarle. Si lo escribe sobre su frente un periódico, todos los días recorrerá en triunfo la nación, y aún saltará por encima de sus fronteras hasta llegar a las del mundo; y lo recordaran y lo elogiarán y lo bendecirán los entendimientos que su lectura ilumine, los cora-

ziones que mueva, las almas que fortifique y alimente.»

Desde entonces no hemos dejado de trabajar, en la escasa medida de nuestras fuerzas para demostrar una verdad que, por lo evidente, no necesita demostración: la obligación en que los ricos se hallan de resolver con sus limosnas el árduo problema de dar vida a la Prensa que defiende y propaga su religión. Más que a los acaudalados nos hemos dirigido a los directores de sus conciencias, a los que en el confesonario y al pie del lecho del dolor les han de instruir.»

La razón que en las copiadas palabras expresamos es una de las infinitas que pueden alegarse, y comparada con todas ellas no tiene solidez ninguna. No cabe negar, sin embargo, que la fama, aun siendo una de las grandes vanidades del mundo, constituye, por la debilidad de la humana naturaleza, uno de los grandes resortes de las empresas levantadas y de las acciones heroicas, según maravillosamente, por boca del ingenioso Hidalgo, lo expresó Cervantes. Debemos hacerlo todo para que Dios *nos alabe en la presencia de sus ángeles*; pero nos es ilícito hacer lo que obtiene las justas alabanzas de los hombres. Que nuestro nombre se inscriba en el *libro de la vida* es lo único que necesitamos, pero no es despreciable tener buen nombre en la vida presente. Pues bien; hoy las alas de la fama, como ha dicho el Padre Coloma, están hechas de papel. El templo de la fama es ahora el palacio del periódico.

No tenemos más representación que la que se digne la Prensa darnos. *Lo que eres, eso eres*, dijo el autor de la *Imitación de Cristo*. Hoy somos lo que los periodistas quieren que seamos. Nunca con más oportunidad pueden recordarse los versos de Campoamor:

*En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.*

Se miran los objetos a través del papel periódico, cristal que los aumenta o los disminuye sin que el observador lo note. Se habla de las personas si la Prensa habla; sea para bien, sea para mal, da siempre importancia a aquel de quien hable, y más cuanto peor hablare, del mismo modo que la grandeza de un hombre se mide por el gran número de sus maldicientes y enemigos; pero si ella calla, el vacío se forma a vuestro derredor; vuestras obras se sepultan en la sima del silencio; vuestras palabras mueren al salir de vuestros labios, faltas de ecos que las repitan; vivis como si no existiéseis para vuestros contemporáneos, y mucha habrá de ser vuestra talla para que la posteridad os vea, no permitiéndoos la Prensa encaramaros a sus columnas.

Y si la Prensa puede favorecer mucho, favorece todo lo que puede á todos los que le hacen algún favor. Tiene la fuerza del león, y el león es el símbolo de la nobleza y del agradecimiento. La ingratitud es propia de los peque-

ños. Se ha dicho que sembrar favores es recoger enemigos. Cierto. En este mundo, por lo común, quien más bien hace es quien mayores defecciones sufre. Pero también es cierto que cuanto más cerca de la nada se hallaban los favorecidos, más propensión sienten a herir a su enaltecedor. La prensa es reconocida, porque es grande. Cuanto mayores derechos tiene a ser auxiliada, más vivamente estima el auxilio. La gratitud se ha refugiado en el campo de la Prensa y se ha hecho periodista.

Asaz nosotros, sin haber dado ningún motivo, lo hemos experimentado, hasta el punto, de que, para evitar el peligro de envanecernos con sus elogios, después de haber combatido a la prensa mala, hemos principiado a combatir los defectos de la buena, esperando que, al hacerle este gran beneficio de decirle la verdad, siempre amarga, se disgusten algunos de sus órganos y envuelvan en el manto de un piadoso silencio nuestras modestas obras literarias.

El testamento del señor Bulfy es convincente prueba de lo que vamos afirmando. Hizo una cosa bien sencilla y de bien poco sacrificio, aunque nunca bastante alabada por sus efectos propios y por su ejemplaridad. No se podía llevar para el otro mundo su dinero, y, claro es, lo dejó. Al decir que lo *dejaba*, en vez de añadir los nombres de algunas personas o instituciones, añadió los nombres de algunos periódicos. Con ésto solo, con este sencillo cambio de palabras, cambió, aumentándose hasta lo increíble, la fama del testador. Antes, sólo era conocido en su pue-

blo; hoy en todos los pueblos se bendice su nombre pregonado por la Prensa, aun por la Prensa anticatólica que él con sus donativos se propuso perjudicar.

Hasta nosotros, que desde que tuvimos la desgracia de tener que dejar el periódico donde tantos años peleamos contra los liberales de todo color y pelaje, así fieros como mansos, así francamente enemigos como aparentemente neutros, sobre todo contra los últimos, más dañinos por más perversos e hipócritas, nos hemos negado constantemente a colaborar en la Prensa diaria, subimos a lo alto de sus columnas para gritar con toda la fuerza de los pulmones un entusiasta ¡viva!, al sabio que tuvo el talento de conocer la importancia de la Prensa y la importancia que para la Prensa tiene el dinero, al héroe que se atrevió a romper con la rutina en el modo de hacer testamentos, al hombre virtuoso que practicó las obras de misericordia, no solo corporales, sino también espirituales, dejando dinero para dar de comer al hambriento y también para enseñar por medio de la Prensa al que no sabe, haciendo donativos para los templos, donde los sacerdotes predicán la palabra de Dios, y para los periódicos que con millares de lenguas, con tantas lenguas como ejemplares, la repiten todos los días y la difunden por todos los sitios, perpetuándola en el espacio y en el tiempo.

Si el señor Bulfy se hubiera limitado a proporcionar el pan del cuerpo olvidándose del pan del espíritu, de la palabra del Evangelio,

acaso los pobres por él socorridos no le hubieran dedicado una oración, ni habrían mandado que se le aplicase una misa. No se portó así estotro pobre, el más necesitado y de quien más se necesita, que se llama *Prensa*. Organizó solemnísimos funerales por su bienhechor; y los numerosísimos sacerdotes cuyos periódicos quedaron en su testamento favorecidos, ofrecen por él con frecuencia el Santo Sacrificio y prometen hacer lo propio en sufragio de cuantos se dedican a imitarle.

Sí, las razones por las que los católicos deben ayudar a la Prensa católica son incontables; pero si no hubiera ninguna, deberíamos hacerlo *hasta por egoismo*...

Aun sin haber dinero, como haya buena voluntad, mucho puede impulsarse el progreso de nuestros periódicos. Ya no sería poco valerse del influjo que se ejerza sobre los ricos para recomendarles que con acciones de la empresa periodística, con anuncios, con suscripciones y donativos favorezcan a la prensa honrada.

En una carta acerca de la acción católica en el Brasil advertía oportunísimamente nuestro Santísimo Padre: «Publicar periódicos católicos y ponerlos en manos de las personas piadosas no es suficiente. Es preciso además esforzarse en distribuirlos tanto como sea posible, tan lejos como se pueda, haciéndolos leer a todos, y principalmente a aquellos a quienes la caridad cristiana pide se les separe de las envenenadas fuentes de las hojas perversas. Así es como, buscando el reino de Dios y su justicia, se pon-

drá al servicio del bien esta arma moderna de la imprenta». Los ejemplares que compremos, hagamos que sean muy leídos por las personas a quienes puedan ser más provechosos. Convertirse en repartidor de la buena prensa es ejercer oficio nobilísimo, es repartir a nuestros hermanos la luz y el pan del espíritu.

Si no podemos llevar a nuestro periódico más dinero que el de la propia suscripción, llevemos el periódico, después de leído, a otros hogares donde continúe predicando la verdad y moviendo a la práctica del bien, conforme a la idea, recibida con elogio en todas las naciones que en el 1872, en carta al director de *Le Temps*, expuso Hipólito Taine.

Una palabra bien poco cuesta, y con una palabra podemos convencer a los suscriptores de los periódicos malos para que no lean sino los buenos; con una palabra de oración podemos conseguir que Dios Nuestro Señor apresure el triunfo de la buena prensa, que es el triunfo de la verdad y de la justicia.

Como manifestamos al principiar este capítulo, todos los católicos tienen ocupación entre los trabajadores para levantar y engrandecer su prensa. Pero ahora particularmente nos referimos al trabajo de escribir, explicando la forma en que, a nuestro modo de entender, puede cada uno trabajar en esta obra, de la que todas las obras cristianas necesitan.



L. Peláez al tomar posesión de la Doctoral.

El Provisor de Burgos

MAGISTRAL de una sufragánea a los 23 años, antes de los 30 ya era, también por oposición, Doctoral de la Metropolitana de Burgos y luego Penitenciario, y no tardó en darle Su Santidad la Chantía. Desde entonces dejó de ser redactor de periódicos para colaborar en revistas. Dedicado en Lugo a la enseñanza, explicando Oratoria, Patrología y Disciplina Canónica, y al confesonario y a diversos ministerios sacerdotales, en Burgos fué Decano de la Universidad Pontificia y como Provisor, Juez Metropolitano y con frecuencia Gobernador eclesiástico se dedicó al despacho de asuntos. Fué activo colaborador del Cardenal Aguirre, aun después que éste pasó a Arzobispo de Toledo en los años de persecución religiosa del señor Canalejas. Aunque mucho menos que antes, aun publicó algunos libros en Burgos Peláez y escribió para Certámenes literarios, donde ganó ocho primeros premios.

VII

Los seglares.

La defensa de la Iglesia por medio de la pluma se ha considerado siempre obligación de todos sus hijos, lo mismo seglares que eclesiásticos, creyéndose que el bien de una sociedad refluye en todos sus miembros, y que viendo a la madre vilipendiada y ofendida no será buen hijo quien no corra a su lado para consolarla y protegerla con los medios adecuados de que disponga. Desde los primeros días del cristianismo, los legos a quienes el Señor concediera los dones del ingenio, los empleaban, según las circunstancias lo pedían, en servicio de la Religión, no erigiéndose en maestros de los sacerdotes pero sí peleando en su compañía para rechazar las acusaciones contra su fé y difundir, valiéndose de la escritura, el conocimiento de las verdades dogmáticas.

El siglo primero vió a un seglar, a Hermas, escribir una obra celebradísima exponiendo la doctrina eclesiástica. Del siguiente son los grandes apologistas San Justino y Atenágoras, que no recibieron órdenes sagradas. En el 3.º Tito Flavio Clemente, Julio Africano, Arnobio, Lac-

tancio, sin ser sacerdotes, consagraron su pluma a vindicar de calumnias la Iglesia y poner en clara luz a la faz del mundo sus enseñanzas. Cien años después Dídimo Alejandrino, Mario Victorino y Julio Firmico Materno son prueba de que, aun en la época cuando más floreciente se hallaba la literatura patristica, los seglares ayudaban a los eclesiásticos en la tarea de esparcir entre el pueblo las luces del catolicismo y expulsar las tinieblas de la gentilidad y la heregía. Laicos fueron varios de los historiadores de la Iglesia en la centuria posterior e impugnadores de la herejía como Mario Mercátor. Un siglo más tarde la ciudad de Gaza hizose célebre por los escritos de algunos seglares en contra de los errores dogmáticos que más a la sazón privaban, y en todo el Occidente eran admirados los libros teológicos del cónsul Boecio.

Evidentemente, data de muy antiguo, es de siempre el que las personas no consagradas a Dios por votos, aun viviendo en el mundo y debiendo atender al cuidado de su familia, cuando creyeron que así lo exigía la gloria de Dios y el bien de las almas, esgrimiesen la pluma a guisa de tajante espada para combatir contra la heterodoxia y propugnar los fueros de la iglesia; siendo de advertir que gran parte de los Santos Padres y escritores pertenecientes al clero, ya antes de recibir la ordenación sagrada bajaban a la arena de la lucha teológica con numerosos escritos para defensa y honor y propaganda de la Religión católica.

Ahora todos escriben y creen poder tratar de todo, sin omitir lo más sagrado. Son seculares, casi sin excepción, los que se valen de la imprenta para difundir las herejías y la incredulidad en materia religiosa ¿No será justo que seculares piadosos les salgan al encuentro y les hagan frente mostrando no menor solicitud en que la verdad se conozca, se profese, se ame y se practique? Los enemigos del orden sobrenatural, los contradictores de toda revelación pretenden laicizar la sociedad entera, introducir la independencia orgullosa del laicismo en todos los órganos de la vida pública. Los laicos sumisos a la madre Iglesia deben esforzarse en contrarrestar semejante espíritu haciendo que las enseñanzas del Redentor se infiltren y extiendan por todo el organismo social con savia vivificante y sean la norma de todas las acciones humanas.

Reducidísimo ya el número de clérigos, insuficientes para cumplir los deberes principales de su misión sacrosanta, si a ellos solos estuviese confiado el ministerio de la prensa, no podrían desempeñarlo bastante aunque sus esfuerzos se multiplicaran cuanto en lo humano cabe.

Cuando los secuaces de la irreligión destruían los templos, destrozaban los altares y profanaban los vasos sagrados, los fieles no permanecían impasibles, por juzgar que la salvaguardia del Santuario pertenecía sólo a los ministros de él: corrían presurosos a defender lo que tanto amaban, a ahuyentar a los adver-

sarios de lo que estimaban sobre las propias haciendas y vidas; y hubieran juzgado un crimen no prestar ayuda a sus padres en la fé, cuyas manos consagradas y dedicadas a ministerios de paz no eran las más a propósito para empuñar armas homicidas en el fragor de los combates. No querer tomar la pluma, cuando *Dios lo quiere*, cuando su divina gloria lo demanda, escudándose en no pertenecer al sacerdocio o a una orden religiosa, fuera como si los caballeros de la edad media, a pretexto de su condición seglar, rehusasen tomar la cruz y la espada desoyendo la voz del Pontífice que convocaba todos los cristianos a la reconquista del sepulcro de Cristo.

Entre todas las luchas por medio de la imprenta, la que se desarrolla en el estadio del periodismo es la más indicada al celo y actividad de los seglares. De éstos salen los periodistas casi todos que impugnan a la Iglesia, y a la misma clase conviene pertenezcan los que han de luchar contra ellos. Son poquísimos, por la misericordia de Dios, los sacerdotes a quienes por faltar a sus deberes y votos hay que expeler del seno de la Iglesia para que, nuevos mercaderes en el pórtico del templo, no abusen de las cosas santas, los cuales, casi todos, gatean por las columnas de la mala prensa babeando como inmundos reptiles el impotente veneno de su despecho rabioso contra todo lo que brilla en la casa del Señor.

Por las circunstancias de la época, estragado el gusto de los lectores, muy pequeñas dosis de

las ciencias que más a fondo estudian los eclesiásticos, pueden suministrarse en la prensa periódica. Si bien es cierto que pocas verdades dejan de referirse a la religión, sobre asuntos profanos versa la mayor parte del periódico, y tales algunos que, aun siendo a los demás muy lícitos, desdicen de la pluma del sacerdote, el cual muy lejos de ellos debe esconder su vida.

Los periódicos para seculares han de estar escritos principalmente por seculares, si se aspira a que tengan lectores; y claro que sería inútil escribirlos si no los lee ninguno, o solo se ocupan en leerlos quienes para nada los necesitan. Enhorabuena que de secciones especiales se ocupen sacerdotes; necesario es que se sigan en el diario las normas por los superiores eclesiásticos trazadas y que a su censura, antes o después de la publicación, se sujete lo escrito. Crimen sería en manos laicas mover el incensario del culto a pretexto de que su fuego no está lo bastante encendido, tocar el arca del Señor temiendo que va por mal camino o que del carro de la divina gloria se puede caer a tierra y venir al dominio de filisteos. Pero no queriendo erigirse en maestros de Israel los discípulos, ni gobernar el timón de la nave de la Iglesia los subordinados, lo cual sería el peor de los laicismos y satánica rebeldía; manteniéndose leales a las órdenes de la Iglesia sus hijos, su concurso en la prensa, señaladamente en la diaria, es no solo precioso, pero además imprescindible e irremplazable.

Clérigos y legos tienen su lugar en la mo-

derna cruzada. A todos llama la Iglesia porque de todos necesita. Quiere conceder a cada uno el mérito de tomar parte en empresa tan útil y tan santa. El apostoiado de la pluma no se limita a los sucesores de los Apóstoles. Sacerdocio en cierta manera el periodismo católico, se otorga a los seglares el honor de ejercerlo al lado de los sacerdotes de Cristo. El Papa bendice sus armas de combate como bendecía en otros tiempos las armas con que combatían los cruzados. Dios confesará en presencia de los ángeles a quienes le confiesan y alaban y glorifican en presencia de los hombres, grabando sus preceptos en las columnas de la prensa periódica más duras que tablas de piedra; repitiendo las enseñanzas predicadas por sus ministros, sin que se pueda, como el recelo de algunos hace con la de éstos, atribuir su predicación a móviles egoístas o interesados; bajando a la move-diza y candente arena del periodismo para trabarse en singular batalla, con armas iguales, sin temor a ninguna clase de golpes, contra los más insolentes enemigos del nombre cristiano.



Escudo de armas de Lopez Peláez

Persecuciones.

AL ascender al episcopado eligió un escudo de armas con esta leyenda: *Orate pro persequentibus*. Nada tiene de extraño que los sectarios persigan a quien los ha combatido, sin piedad y sin descanso, desde la cátedra, el periódico, el libro, el Parlamento y hasta dando conferencias en diversas ciudades donde impugnó los errores modernos con valentía desusada. Pero, además como escribió uno de sus biógrafos... «Para este Obispo desde niño ha sido la vida un tejido de persecuciones por parte de sus mismos amigos». Basta decir que, según hemos visto impreso, cuando en nuestro Seminario de Astorga hizo oposiciones al Bachillerato en Teología uno del Tribunal le negó el voto fundado en esta razón: «Tanta erudición no cabe en un joven de tan pocos años». Cuando hizo oposiciones a los premios de Ponferrada, resistíanse a concedérselos porque «era imposible escribir disertación tan extensa en tan pocas horas.» Aunque el arzobispo de Tarragona nunca se entretuvo en contestar a sus calumniadores, a íntimos suyos hemos oído que no será difícil publique algún día sobre esto noticias sorprendentes.

VIII.

Las mujeres.

Cada vez estamos más convencidos, que aunque fuere en último lugar, no se puede dejar sin alguno a la mujer en la obra de restauración universal en Cristo por medio del periódico.

Quien conozca lo mucho que puede en todos los trabajos de propaganda, no la excluirá de ésta, tan necesitada de que se trabaje en su favor por todos los medios posibles. Estamos tan convencidos de que la mujer y la prensa no deben divorciarse, que sus nombres hemos juntado más de una vez para formar el rótulo de humildes escritos.

Veámos cuanto hacen para embellecer los templos materiales, los edificios sagrados de piedra, y hallábamnos fundamento para esperar que no hiciesen menos adornando e iluminando los templos del espíritu, las sagradas edificaciones de las almas con los resplandores hermosos de la verdad que despiden las antorchas de la buena prensa. La experiencia de lo ocurrido en Francia es tan notable, que no se pueden

desconocer por ninguno sus lecciones tan tristes y dolorosas como convincentes y clarísimas. Según decía Mauricio Talmeyr a las señoras en una conferencia (1): «Si los católicos, de treinta años a esta parte, donde han construído cien templos hubiesen sacrificado diez para fundar una verdadera prensa, no les habría quitados los otros noventa», Las damas católicas de España no porque su afición a sostener el culto decayera, sino todo lo contrario, para que pueda ser más brillante y más concurrido, principian a no emplear en adornos de las paredes de los edificios santos todos los donativos de su devoción, y consagran algo a los periódicos, que son sus mejores defensores y guardianes, a los buenos periódicos, que predicán la verdad cristiana a las muchedumbres y atraen los hombres a las iglesias.

Parecíanos que atesorando tanta ternura y compasión y cariño, el alma de la mujer no contemplaría impassible que cayesen en los abismos del mal tan numerosos cristianos, a quienes puede retenerse en el buen camino con suaves ligaduras de papel; que trabajando con tal empeño y heroísmo por socorrer al prójimo en sus miserias, no descuidarían el sacarle de la ignorancia, verdadera *miseria intelectual*, en frase de la señorita de Héricault (2); que realizando múltiples obras corporales de misericordia no podrían desatender las espirituales; dejando así la obra incompleta, pues conforme

(1) *La presse guidée par la femme.*

(2) *Rapport sur la Ligue des femmes francaises.*

con su acostumbrada elocuencia lo expresó Norberto Torcal en la Asamblea de Sevilla (1), «¿qué sirve, señoras, que llevéis a la guardilla y al miserable tugurio el pan del cuerpo, el alimento material y el socorro que hace más fácil y llevadera la vida de acá abajo, si al mismo tiempo no lleváis a los desgraciados que padecen hambre de verdad y sana doctrina el pan del espíritu, el alimento del alma?»

Las esperanzas de quienes las ponían en la piedad, en el celo, en la inteligencia de la mujer católica, no resultaron fallidas ni mucho menos. Comprendiendo la fuerza maravillosa de la asociación, apenas existirá ciudad alguna donde las damas no hayan constituido Junta de la Buena Prensa para favorecerla en todos los terrenos y de los más eficaces modos; y de día en día se ve extenderse y crecer entre el *devoto sexo femenino* el afán de cooperar en esta liga de devoción, en esta piadosísima empresa de rescatar de las prisiones del error por medio del buen periódico las almas libertadas con la sangre de Cristo. Bajo el epígrafe *La mujer y la prensa* hemos tratado en otras ocasiones de lo que deben *hacer por la prensa* las señoras cristianas; ahora es ocasión de añadir que también pueden hacer mucho *en la prensa*.

Manda San Pablo que las mujeres en la iglesia callen, pero nadie les prohíbe decir fuera de la iglesia lo que allí han oído. Ninguna ley les veda confesar a Cristo, alabar a Cristo, predi-

(1) Discurso sobre el tema *La mujer católica no debe ser extraña a la obra de la buena prensa*.

car a Cristo, al divino Salvador que a ellas las redimió dos veces, como hijas de Adán y como hijas de Eva, de la mancha contraída en el primer hombre y del oprobio que recayó sobre su sexo por culpa de la primera mujer; y muchas, efectivamente, hasta en el patíbulo dieron testimonio de su divinidad, sellando esta preciosa confesión con la sangre. Antes que los hombres, anunciaron las mujeres a Cristo resucitado, que a ellas se manifestó primero, revelándoles antes que a nadie este hecho transcendental, fundamento de nuestra fe y motivo de nuestra esperanza. Malas mujeres escriben contra la religión. ¿Por qué no han de poder escribir en favor de la religión las buenas? En el grande ejército de la prensa anticatólica se ha dado a la mujer un puesto desde el cual arroja con furia venenosos dardos contra todo lo que nos es venerable y querido. ¿Tan sobrados estamos nosotros de fuerzas que debamos prescindir de auxiliar de tanta eficacia?

En su precioso libro *La mujer rehabilitada por María* (1) escribió el Sr. de la Cuesta Sáinz;

«El feminismo radical es desconocido en nuestra patria; mas es innegable que se desarrolla con imponente empuje en Europa y América, y que, tarde o temprano, rebasará las fronteras y tratará de inocular su ponzoñoso virus en la mujer española. En otras naciones hay numerosas *ligas*, con sus periódicos que las mujeres mismas escriben y componen.»

Se da un *feminismo aceptable*, según reza el

(1) Página 10.

título de una obra, cuyo autor precisamente, con el anagrama de *Saj*, escribió *La Europa salvaje*; y el que las mujeres publiquen revistas, si es cosa de feminismo, no es cosa que por eso sólo merezca el repudio.

Sea cualquiera el juicio que nos merezca, plázcanos o no, es un hecho que existen en otras naciones revistas escritas y compuestas por mujeres para las mujeres; y dada la afición a copiar todo lo extranjero, tengamos como indiscutible que el gusto por estas lecturas se desarrollará aquí pronto de manera extraordinaria.

Pasaron muchos años desde que Carlos IV negó (18 de Agosto de 1895) el permiso solicitado para publicar el *Diario del bello sexo*. Aunque en la Real orden denegatoria se previno que siempre se resolvería lo propio, no tardó la Corte en ver periódicos dedicados a la mujer, y pronto el ejemplo fué seguido en varias capitales de provincia.

¿Nos contentaremos con observar y estudiar el fenómeno? ¿Será bastante que le persigamos con nuestras críticas, más o menos apasionadas, justas si se quiere? Cuando no se puede hacer que retroceda un torrente que se desborda, se le encauza, para que el caudal de sus aguas, si no se consigue aprovechar, a lo menos no perjudique. Pues ha de haber, mal que nos pese, periódicos feministas, ¿dejaremos que todos nos sean contrarios, que todos pasen a manos de nuestros enemigos, que quien guste de esta clase de escritos caiga en la tentación,

por no tener otros, de leer los que, juntamente con la defensa de las justas legítimas reivindicaciones femeninas, hacen la de planes descabellados e intentos criminales? Cuando se anunció la aparición de *Roma*, la gran revista feminista paladinamente católica, apresurámonos a enviarle con la bendición frases reveladoras del más vivo entusiasmo; no porque nos agrade que haya esta especie de revistas, sino porque los tiempos reclaman que revistas de esta especie se publiquen, y habiéndolas opuestas al espíritu del Evangelio, desde aquel punto se ha de procurar que no sean ellas solas dueñas del campo, que haya algunas donde se pueda poner los ojos sin ofensa del pudor y sin encontrar nada que la ortodoxia condene.

La mujer tiene derecho a leer periódicos y a que en los periódicos por ella leídos se traten los asuntos que de modo particular le interesen, y a que sean por ellas mismas tratados, y no por los hombres. Además, si toda asociación de importancia se halla representada por un órgano en la prensa, ¿por qué estarán sin él tantas asociaciones, incomparablemente importantes, de señoras y señoritas católicas?

Repitémoslo:

Si el publicar revistas las mujeres fuera un acto de feminismo, tampoco eso sería motivo para proscribirlas. Mientras el conjunto de aspiraciones y reivindicaciones para el mejoramiento de la mujer no se desvie de su objeto y se contenga dentro de los justos y naturales límites, digno será de alabanza y de

apoyo, cuanto más de censura. Siendo verdaderos cristianos, escribió Brunetiére (1), seremos excelentes feministas. El partido socialista se proclama el único defensor de la mujer, y viene desde 1891 trabajando por cumplir este acuerdo del Congreso internacional de Bruselas:

«El Congreso invita al partido socialista de todos los países a la afirmación enérgica en sus programas de la igualdad completa para ambos sexos: a que pida se otorguen a la mujer los mismos derechos civiles y políticos que al hombre, y a que persiga la supresión de cuantas leyes colocan a la mujer fuera del derecho común.»

Los socialistas alemanes tienen diversas publicaciones femeninas; una La Igualdad, tiene 94,500 abonados y deja una ganancia líquida de 16,450 francos. No son en menor número los órganos periodísticos de las mujeres socialistas francesas.

Pero, como escribió el célebre profesor de Ginebra, Luis Bridel (2), «el partido socialista no puede aspirar al monopolio en punto a simpatías por la causa de la mujer». Además, advierten Maryan y Beal (3), «no fué nuestra época la que ha inventado la emancipación del espíritu femenino». En el Evangelio tiene sus raíces; en la religión está su punto de apoyo; la

(1) Discour sur les deux féminismes.

(2) Los derechos de la mujer.

(3) Le féminisme de tous les temps.

santa Biblia es la que enseñó al mundo la igualdad entre la mujer y el hombre. La Iglesia católica, depositaria de la redentora doctrina del Dios humanado, fué aflojando las cadenas de la servidumbre con que a la mujer tenía sujeta el paganismo, y defendió sus derechos contra los herejes que, como Lutero, enseñaban que la mujer, desde el momento de casarse, se convertía en esclava.

Es ir contra el espíritu de nuestra Santa Madre el oponerse a que sus hijas consigan el perfeccionamiento a que tienen derecho y a que las circunstancias de la época las llaman con probabilidad de obtenerlo. Instinto suicida descubre quien para la realización de cualquier lema político, religioso o social prescinde del elemento femenino o le aleja o contraría. Perdida la adhesión de las mujeres, todo está perdido.

Por eso cuantos se interesan por el bien de la Religión ven con particular aprecio que las mujeres a quienes el Señor haya concedido las dotes suficientes al efecto las empleen para glorificarle en el campo de la prensa donde tanto se le ofende y se le injuria. Por eso, además de revistas que defienden los derechos legítimos de la mujer y laboran por su progreso verdadero, se ha procurado que haya otras que sean órganos y lleven la voz y representación de sus instituciones piadosas y singularmente de sus obras sociales.

Es verdad indudable la que expresa con estas palabras Max Turmann (1): «Asistimos en

(1) *Iniciativas femeninas*, tomo I.

los diferentes países de civilización cristiana al nacimiento de una acción femenina católica, que se manifiesta especialmente en el terreno de las obras e instituciones sociales». En Francia, la entrada de la mujer católica en el terreno social ha dado lugar a Ligas importantísimas (1) como la de *Juana de Arco*, la de las *mujeres francesas* y la *patriótica de las francesas*. Pues bien; muchas de las grandes asociaciones femeniles necesitan o se aprovechan de publicaciones periódicas.

El ejemplo de los frutos obtenidos donde éstas se han fundado, no puede ser más elocuente. En Lyon se formó un sindicato femenino, en el que entraron todos los pequeños patronatos de obreras; y desde luego vióse que, además de tener conferencias dadas por mujeres a mujeres, convenía un periódico en las mismas condiciones; y apareció *Le travail de la femme et de la jeune fille*, con el cual, en poco tiempo, se consiguió (2) aumentar prodigiosamente el número de las sindicadas católicas. Los incontables beneficios que la institución católica de la *enseñanza del hogar* produce, débense en gran parte (3) a la revista *L'enseignement ménager*, que es su órgano. La *Liga de mujeres de Reims* está representada en la prensa por el *Bulletin du devoir des femmes françaises*, el cual, escribe Madame Changen (4), «suministra

(1) V. Copin-Albañ, *La conjuración judía*, ed. 14, año de 1909.

(2) Mme. Rochebillard, *Mes idées*.

(3) La Condesa de Diesbasch, *L'enseignement ménager*.

(4) *Dans une Ville de l'Est*.

a todas las adheridas, sobre todo lo que atañe a obras femeninas y sociales, nociones interesantes, precisas, a las que carecen de tiempo o de afición para instruirse en otra parte.»

Con la denominación de *Le Foyer*, funciona en Francia, desde 1901 laudabilísima obra que organiza diversos cursos sobre las enseñanzas más provechosas a las hijas del pueblo: se completa con la publicación de un *Boletín*, donde, con el resumen de los cursos, se da cuenta de las noticias interesantes y de las innovaciones necesarias (1). La *Mutualidad Maternal* creó en 1905 *Le Petit Echo*, cuyos miles de ejemplares tan poderosamente coadyuvan (2) a la santa y patriótica empresa. Digna de especial elogio es *L'action sociale de la femme*, que, además de su Revista mensual, edita un Boletín bibliográfico, con lo cual, según refiere D.^a Caridad Giraudier en la Memoria presentada al Congreso internacional de la Federación de Ligas femeninas, «extiende por toda Francia el resultado de la actividad de la asociación, mientras su secretariado de Burdeos sostiene relaciones de correspondencia con 97 naciones extranjeras.»

En 1904, *L'Ami du Clergé* manifestaba la conveniencia de que se fundase una Revista femenina semanal, propia para solteras y casadas, que fuese a la vez literaria, ilustrada y práctica, suministrando enseñanzas útiles lo

(1) Madame Thome, *Le Foyer*.

(2) Frossar y Valette, *Ligue patriotique des françaises*.

mismo sobre las bellas artes que sobre los más humildes oficios caseros. La *Obra de la Buena Prensa*, de París, que tantas publicaciones periódicas interesantísimas edita o fomenta, prometió crear una de esa especie, según los deseos de muchas personas; pero hasta lo presente no pudo realizar su propósito. No quiere decir esto que no haya en Francia excelentes Revistas para la mujer; mas no son semanales y predomina en ellas la literatura más que la instrucción para el manejo de la casa.

En España son varias las asociaciones femeninas que, para poner en comunicación a las socias, sostener su buen espíritu y estimularlas al trabajo mediante los edificantes ejemplos de obras similares de nuestra patria y del extranjero, publican revistas cuya utilidad los admirables resultados ponen de manifiesto. No podemos dejar de mencionar entre ellas la *Liga de señoras para la acción católica*, de Barcelona, que publica una Revista extremadamente interesante con el título de *Acción femenina católica*. Decidióse a ello en atención a que, como decía en su primer número, «el sentido práctico de las mujeres de nuestra tierra las lleva a cerciorarse de la utilidad de las obras que sostienen, y por pequeño que sea su sacrificio quieren que se les muestren los frutos.»

La Obra de las buenas lecturas, que con tanto éxito viene trabajando en la misma capital de Cataluña, publica mensualmente *La mujer que vive de su trabajo*, constituyendo este periódico una verdadera *Escuela de la mujer obrera*,

con el fin de hacerlas buenas y hacerles bien. Lleva ya diez años de existencia, y como órgano del *Montepío de Santa Madrona y Patronatos obreros* alcanza difusión grandísima y consigue resultados provechosísimos para la causa de la sociedad y de la religión.

En la propia urbe sale a la luz una bellísima Revista pedagógica de las Teresianas que se intitula *Jesús Maestro* con un suplemento mensual denominado *Las Labores*.

En Valladolid y Santander, las Asociaciones diocesanas de *Las Marias* tienen publicaciones con la misma denominación. *La Mujer católica* es el órgano con que en Valencia cuenta la Obra de la protección de los intereses católicos. Las Franciscanas Misioneras de María editan en Pamplona mensualmente, con el título de *Anales*, una publicación para cuyo elogio no encontramos palabras suficientemente expresivas. Las Religiosas de la Santísima Trinidad, de Madrid y Sevilla, publican interesantes Boletines de sus Talleres y Colegios. *Las Hijas de María* de Valencia, con el mismo título, sostienen una hoja periódica ilustrada, y las de Barcelona, una Revista.

La piadosa asociación española de las *Hijas de María y Santa Teresa de Jesús* está representada en la prensa por la *Hojita celeste*, que ve la luz en Sevilla.

No sería sin objeto, antes muy de desear, que otras sociedades piadosas hiciesen lo mismo.

El Sr. Larumbe Lander escribe que un ale-

mán, recordando el ejemplo de las terciarias dominicas de la Congregación de San Pablo en Suiza, después de visitar las Hermanas españolas de la Anunciata en su Casa Madre, le decía que con tan inteligentes y activas terciarias en Alemania se formaría la mejor casa editorial y la mejor prensa de propaganda católica: «Con esas jóvenes tienen ustedes operarias cajistas constantes y muy económicas. Sólo necesitan público que lea (y lo tienen ya), escritores (que los hay) y una buena rotativa para un gran periódico católico, que podría titularse «La milicia de Cristo». Y esa rotativa se pudiera costear por suscripción entre todos los amigos de la Orden y fuerzas vivas del Dominicanismo español.

»Teniendo público abundante entre los concurrentes, colegios, cofrades y masas del pueblo, ¿qué les arredra?

»En poco tiempo se llenaba España de hojas de propaganda, folletos, libros, revistas parroquiales, etc.; y la monja periodista era el apóstol más activo de la fé católica, constituyéndose los terciarios dominicanos en la mejor milicia de Cristo dentro de la península y aun fuera de ella, allí en las regiones de América, donde se habla la lengua patria.» Después de lo cual preguntaba por su cuenta el docto escritor: «¿Por ventura la prensa no es el campo de operaciones más estratégico para actuar y desenvolverse la *Milicia de Cristo* en nuestros días? Dado el primer paso, después se dará el segundo, más tarde... el triunfo. ¿Se acepta, pues, la idea de la *monja periodista*?

»En caso afirmativo, corresponde a los terciarios dominicos españoles celebrar un Congreso nacional y resolver las dificultades que impidan la pronta realización de una gran rotativa dominicana española y americana. Espérase contestación de quien corresponde.»

No es sólo en las revistas, donde la mujer católica encontrará para su pluma ocupación útil y adecuada. Amén de estas publicaciones, hay en todos los periódicos de gran circulación secciones especiales, escritas por mujeres, como de interés particular para ellas. Nuestra época tiende a especializar en todo, y para ir con su espíritu, cualquier diario importante se ve precisado a dedicar parte determinada de sus columnas a los asuntos que especialmente afectan a la mitad del género humano.

Son muchas las señoras que leen periódicos para distraerse en sus largos ratos de ociosidad, para informarse de lo que pasa fuera del reducido círculo en que viven, o sencillamente por seguir el espíritu de moda y por no ser menos que sus maridos. Eso han tenido en cuenta las empresas periodísticas al dedicar tan gran espacio a lo que preferentemente interesa a la mujer. Y, por ello, en el trabajo que Jacinto Benavente escribió para conmemorar poco ha la aparición de uno de los grandes rotativos madrileños, creyó oportuno terminar con estas palabras: «¡Ah! señores periodistas, ya que vuestros periódicos son tan buenos amigos de las mujeres, pensad siempre en ellas al escribirlos: que nunca manche sus columnas nada

que no pueda leer vuestra madre, vuestra mujer, vuestras hijas.

Nada que pueda herirlas y ofenderlas.

Como los antiguos y nobles paladines, al pelear, invocaban a la dama de sus pensamientos, invocad vosotros al escribir, que es también pelear, el nombre de una mujer, la más amante en el amor más ideal. . . Y cuando hayáis escrito para la mujer, estad seguros de que habréis escrito para la Patria, que es la más santa acepción de mujer: ¡Madre!»

Pero, aunque los asuntos a que nos referimos pudieran ser tratados por los hombres, y lo serían casi siempre con más erudición y ciencia, las firmas femeninas son para eso las más estimadas. No diremos si con razón o no. Con todo, séanos permitido recordar que el P. Feijóo en *La defensa de las mujeres*, abogó porque se reservasen al estudio y profesión de ellas ciertas disciplinas de que aún se las tiene alejadas; y su predilecto discípulo el P. Sarmiento llegó a decir (1): «Falta por escribir la mitad del moral. El moral que hay escrito sólo lo han escrito los hombres: falta una buena porción que escribiesen las mujeres para las mujeres.»

D. Juan Valera, el mismo que con el pseudónimo de *Eleuterio Filogino* redactó *Las Mujeres en las Academias*, oponiéndose a su entrada, llegó a estampar lo siguiente: «La ciencia por su objeto externo y material es la misma para la mujer y para el hombre; pero, por lo sujesti-

(1) *Al Duque de Medinaceli*, 3 de Agosto de 1758.

vo, por cuanto en el sujeto se ve y se descubre, siendo la mujer, como lo es, según mi opinión, diferente del hombre hasta por el espíritu, la ciencia que la mujer saque de la intuición e introversión de su espíritu en la propia esencia, habrá de ser también diferente. De donde se sigue que son posibles y hasta probables, una ontología, una lógica real y no meramente formal, una teodicea y una ética femeninas, las cuales vengan a completar las inventadas hasta hoy por el hombre, que no satisfacen porque no son la ciencia una y toda, sino la mitad de la ciencia.» Menos exageradamente, con mayor razón, escribió nuestro amigo el Sr. Olmedilla Puig (2): «Se ha discutido bastante respecto a la mujer considerada como escritora, no faltándole impugnadores; pero creemos que merece más bien elogios que censuras, puesto que en sus escritos se revela la inspiración y el sentimiento, cuyos dotes posee en alto grado, y no deben dejarse perder tan envidiables condiciones». Lo indudable es lo que advierte el Doctor Pulido (3), a cuyo nombre la amistad con que nos distingue impídenos tributar los merecidos elogios: «Pienso no hay escritor que no haya dicho de los atributos de la mujer alguna rutinaria tontería, acomodada a convencionalismos de una época, de una escuela, de una finalidad filosóficamente discurrida, cuando no de un puro y grosero capricho.

(2) *Importancia social de la mujer.*

(3) *Educación física de la mujer,*

Hablando de la más hermosa obra de la Naturaleza, mejor que como observadores fieles, han discurrido como bizarros novelistas, desde los médicos que han alardeado de fisiólogos, hasta los escritores romanceros y geniales. Hemos asignado a la mujer estas y otras cualidades de la sensibilidad, estas y otras disposiciones del espíritu, y a ello hemos sujetado su destino, sin prestar oído a las injusticias producidas ni a los quejidos exhalados: bien así como en Química se asignan a los cuerpos simples y a las sales determinados y fijos caracteres, que precisan a falta de aplicación de las grandes combinaciones de la materia». Y no hay, por tanto, razón de orden natural para permitir que el varón sea periodista y prohibírsele a la otra mitad del género humano.

Hasta no ha mucho, la mayor parte de las secciones del periódico dedicadas a la mujer las redactaban hombres. Los artículos de *familia*, de cocina, de modas, de *derechos de la mujer*, etc., llevaban por firma nombres femeniles; pero eran los autores, dice Darío Papa (3), «Ersilias, Ermelindas y Sofías con barbas y pantalón: y su estilo, que quería ser lindo y gracioso, recordaba algo la gracia y elegancia del oso bailando en la plaza pública». El estilo es el hombre, decía Buffon; y nosotros añadimos, que también es la mujer. Pronto se descubrió el fraude, y para dar gusto a las lectoras, fué preciso llevar al periódico no sólo nombres de mujeres, sino mujeres de carne y hueso.

(3) *Il giornalismo*.

Recientemente un rotativo liberal de Madrid al inaugurar la sección *La mujer*, con objeto de divulgar cuanto pueda contribuir «a su respeto, cultura, bienestar y mejoramiento», advertía que con los artículos alternarían cuestionarios sobre materias femeninas, concursos literarios y gráficos dedicados exclusivamente a la mujer, veladas y conferencias acerca de la mujer española en todos sus aspectos y situaciones. Si nuestros periódicos quieren obtener el éxito de los contrarios, es preciso que los imiten en sus proceder, en cuanto sea lícito. De ahí la importancia de la colaboración femenina.

Aun tratándose de asuntos no particularmente interesantes para las mujeres, convenirá que éstas escriban en los diarios católicos. La bienaventurada Juana de Arco peleaba entre los caballeros. ¿Qué inconveniente hay en que las damas cristianas, al ver en peligro los intereses más sagrados, empleen para defensa de la causa de Dios los talentos con que las ha distinguido, enviando sus producciones literarias a los periódicos donde se le da a conocer y se le glorifica? Aunque muy impropriamente, sacerdocio se llama a la prensa consagrada al servicio divino. ¿Será eso motivo para alejarlas de sus altares? Van Trich en una de sus lindísimas *Conferencias familiares* (4) no duda en afirmar que la mujer puede suplir al sacerdote. «¡Ah! no os extrañéis de esta palabra; la he pesado, la sostengo y vamos a profundizarla.

(4) *Solteronas*.

Confieso que cuando se ofreció a mi mente, me causó temor... pero luego me vinieron para tranquilizarme algunos recuerdos de la Sagrada Escritura. Abrid la carta de San Pablo a los romanos y podréis leer lo siguiente: «Os recomiendo a nuestra hermana Febe la cual está dedicada al servicio de la iglesia de Cencrea... Saludad de mi parte a Prisca, que ha trabajado conmigo en el servicio de Jesucristo... Saludad a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros... Saludad a Trifena y Trifosa, las cuales trabajan para el servicio del Señor». Y así va siguiendo. Sabido es que San Juan Crisóstomo escribió: «Las mujeres pueden tomar parte, no menos que los hombres, en los combates por la causa de Dios y de la Iglesia». Cooperad, decía en un precioso discurso el Sr. Polo y Peyrolón (1), «cooperad con el sacerdote católico a la restauración terrena del reinado social de Jesucristo, poniendo en acción los múltiples y eficaces recursos de que dispone el devoto sexo femenino». Esta cooperación puede llegar también al periodismo.

¿Con qué derecho, pregunta el P. Alarcón (2), se niega la entrada a las mujeres en el estadio de la prensa? El elemento femenino en ésta «podrá servir de lazo de unión entre los intereses meramente intelectuales, materiales y positivistas, que no debieran ser los predominantes en el sexo fuerte, y otros intereses de orden más superior y espiritual: habría entonces el

(1) *Apostolado de la mujer en las sociedades modernas.*

(2) *La mujer y la prensa en Un feminismo aceptable.*

equilibrio entre la cabeza, y el corazón que es lo que predomina en la mujer».

Como los hay en las escuelas mixtas, habría tal vez peligro en los *periódicos mixtos*. ¿Dónde libre de peligros se puede estar? Pero sin salir de casa podrían las mujeres trabajar para el periódico.

Ciertamente que para muchas, aun teniendo vocación periodística, les sería difícil responder a ella: porque las ocupaciones propias de su estado, el cumplimiento de inexcusables deberes, se lo habría de impedir. En muchas ocasiones, sin embargo, si les falta tiempo es porque no saben o no quieren utilizarlo. Doña Concepción Arenal, apelando a la experiencia propia y ajena, afirmaba (3) que, no mediando circunstancias fuera de lo ordinario, «la mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instrucción», y lo que hace falta es fortificar su conciencia para que no la pierda de mil maneras. «Cualquiera que observe en el hogar doméstico a las mujeres de la clase media, se convencerá de que, si para dedicarse a algo útil después de atender al gobierno de la casa, les falta tiempo, es porque lo malgastan. El modo de emplearle bien es una de las primeras cosas que deberían aprender. La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse sin mucha violencia: *Arte de perder el tiempo*.»

Cómo y cuán fácilmente puede trabajar la mujer no ya por el periódico sino en el periód-

(3) *La mujer del porvenir*.

dico, lo expresa *Le Brun* admirablemente (1) cuando, después de decir que la prensa no es «antología insulsa, sermonario soporífero, disertación en que no falten los acreditados *ergo* y *atqui*», observa: «Y la prensa no es eso; ella es algo alado, ligero, palpitante... que hace reír un minuto... y huye, que reprende con media palabra... y se hace amar, que nos dice mil cosas, todas breves, y con ellas nos hace recorrer el mundo entero...

Y esa palpitación de vida, esas mil cosas, la mujer, sin esfuerzo ninguno, puede llevarlas al periódico y con eso ayudarle y no poco.

Noticias del día: hechos notables de actualidad, un suceso curioso, una aclaración, algo de interés público ocurrido en la localidad en que se vive... basta tomar la pluma, narrar sencillamente... y eso es prensa.

Y si Dios concede aptitudes mayores, si da pluma galana; imaginación fresca... basta narrar sencillamente también, basta dejar hablar al corazón, y eso también es prensa.

Y las señoras que conozcan idiomas extranjeros y quieran trabajar por la buena prensa, bendigan a Dios. Traduciendo para el periódico católico trozos de escritores brillantes de otras naciones, recogiendo para él la actualidad que bulle en la prensa extranjera, vertiendo al castellano las páginas de un folletín interesante y digno, habrán hecho bastante».

La colaboración de la mujer, según notaba la

(1) *La mujer y la prensa.*

marquesa de Lespinay (1), es más fácil y aun más interesante y eficaz en los periódicos regionales.

Con enviar notas sobre los sucesos de los pueblos respectivos, prestan ya un servicio inestimable: porque «una crónica local interesante es lo que hace leer el resto del periódico». Para colaborar en los grandes periódicos de las capitales, se precisa más habilidad y más costumbre de escribir. Sólo los asuntos de interés general pueden ser tratados en ellos. Y cada vez la prensa se va descentralizando, a fin de responder al carácter y a las necesidades de las respectivas provincias. Esto, con la ayuda que el telégrafo y el teléfono prestan a los periódicos locales, es causa de su gran influencia y de su tirada numerosa. Sin ellos, no nos bastaría tener en Madrid los más importantes rotativos.

No; no hay razón ninguna para que en el campo del periodismo deje de recoger así mismo laureles abundantes la compañera del hombre. Antes por lo contrario, según observa con fino criterio la Condesa de Pardo Bazán (2) «la mujer, realmente, posee condiciones especiales que la hacen apta para el trabajo periodístico.

Pronta y sagaz en ver o adivinar lo que no se ve; fina observadora del detalle menudo y del matiz imperceptible que presta a cada objeto su atractivo y su significación; vibrante

(1) *Le devoir des femmes francaises: Le role de la femme dans la presse.*

(2) *La mujer periodistica*, en el *Anuario de la prensa española.*

para sentir y fácil y rápida en expresar el sentimiento; concienzuda y exacta para el desempeño de la diaria tarea: fresca de imaginación y bien penetrada del criterio más corriente en la sociedad; compasiva y tierna ante la desgracia; apegada a lo corriente y con un sentido de la realidad que la aleja de las obstrucciones y la adhiere a la tierra y la coloca en el momento presente por decirlo así, la mujer sirve diariamente para ese oficio literario, que consiste en recibir impresiones de la actualidad y devolverlas sin tardanza».

Con lo cual coincide el autor de *El libro del periodista* al decir: (1).

«Una mujer es la ternura que pasa, y sin esa condición no puede completarse un periódico. Una mujer tiene la intuición de adivinar—que viene a ser como dar al presentimiento una seguridad milagrosa—lo que hay de secreto en las almas, y eso equivale a triunfar del misterio. Sólo la mujer sabe dar a su prosa exquisitas inflexiones que vengan por derecho al corazón; y esa variedad de tonos que rompe la monotonía es lo mismo que imprimir amenidad al periódico, es tan importante como salpicar de gracia la publicación, es igual que restar acritud a la brava adustez».

Como quiera que ello sea, la profesión de periodista en parte ninguna se ha considerado ajena al talento femenino. Según reciente estadística, contábanse en Inglaterra 609 muje-

(1) Pag. 97.

res dedicadas a la misma y llegaban a 2,193 en los Estados Unidos. En 1904 sólo había en Alemania 410 mujeres que viviesen del periodismo; y al año siguiente eran ya 1,200. Existen menos proporcionalmente en los países de raza latina. En Francia, sin embargo, se cuentan por algunos cientos, como refirió el penúltimo año Marc Hélys en la *Grande Revue*. No ha sido España, dice Poderón Espejo (1), «de los países que menor contingente han dado de escritoras periodistas». En su eruditísimo libro *Literatas españolas del siglo XIX* (2), enumera Criado Domínguez 51 periódicos dedicados al sexo femenino, sin contar los de labores, y 18, además, dirigidos por señoras, debiéndose advertir que «no ha sido en la Corte sólo donde han visto la luz periódicos por señoras dirigidos y confeccionados; en provincias es tan importante el movimiento periodístico femenil, que casi supera al de la capital de la nación». Y cuenta que la obra se editó en 1889 y desde entonces, aunque no han solido durar mucho, salieron al público multitud de esta clase de periódicos, que tienen mucha más suscripción de lo que pudiera creerse; pues, según decía Eusebio Blasco en sus *Observaciones de 36 años consecutivos de periodismo*, «escribir para la mujer frívola o para la madre de familia, da siempre un éxito de dinero. Asombra pensar la cantidad de periódicos de modas que se publican en el

(1) *Historia del periódico.*

(2) *El periodismo.*

mundo y los millones de ejemplares que se venden. Ya lo dijo Spencer, en los orígenes de la sociedad el adorno precedió al vestido».

Puesto que se ha hecho de moda y tan en boga está y todo hace suponer que ha de ser mayor el incremento de la literatura femenil, no podríamos tolerar que toda ella nos fuese contraria. Es preciso que las mujeres católicas, a quienes dió el Señor talentos para ello, los aprovechen cultivando todos los géneros literarios, sin excluir el periodismo, desde donde tanto bien y tanto mal se puede hacer, según quien maneje la pluma. Cuenta la señorita Echarri (1), una de nuestras más fervorosas periodistas, una visita que hizo a Pío X y dice: «Con voz suave, con ademán impregnado de cariño, se inclinó hacia mí, la escritora católica, para la que no había regateado ning una bendición, y murmuró: «Escribe bien... siempre bien.» Y añade: «No lo he olvidado ni lo olvidaré. La recomendación del Papa es una orden y es un mandato». Este mandato, decimos nosotros, es extensivo a cuantas lo pueden cumplir: Dios lo quiere y Dios se lo premiará.

Y aunque por amor de Dios y para su mayor gloria han de trabajar en nuestros periódicos, no se debe dejar sin copiosa retribución su trabajo. El día que el caudal de la obra de la Buena Prensa lo permita, es preciso señalar un precio muy elevado a los escritos sobre asuntos femeninos para que sirva de estímulo a lo que

(1) *La mujer católica y la prensa*, conferencia en Valladolid.

tan necesario es para el prestigio de nuestros periódicos y de tanta utilidad para las almas.

En el extranjero se da extraordinaria importancia a la entrada de la mujer en el periodismo.

Para ayudarla a cumplir este oficio, para desarrollar, perfeccionar y dirigir sus aptitudes periodísticas, hasta se ha fundado en Londres una escuela de periodismo para mujeres, cuyos principales cursos son: Reporterismo; *interviews*; crítica literaria, musical, dramática y artística; modas; tenografía; dactilografía; contabilidad; etc.

En España no es tan apremiante la colaboración de la mujer católica en la prensa, porque, relativamente a otros países, son muy pocas las que están divorciadas del catolicismo, a cuyo influjo deben toda la elevación y grandeza de su sexo. Sin embargo, no es lícito desaprovechar tan poderoso instrumento de combate, tanto más cuanto que nuestros enemigos no descansan y tratan de apoderarse del elemento femenino para hacerle servir a sus diabólicos designios.

A fin de que las mujeres católicas se preparen para las luchas religiosas de lo porvenir y de entre ellas se pueda reclutar cuantos soldados de la Buena Prensa se necesiten, sería conveniente creásemos instituciones donde las jóvenes pudieran perfeccionar sus estudios y adquirir instrucción sólida y extensa. Mas que útil, es ya esta obra necesaria.

Las hay en el extranjero, dando especial resultado las dirigidas por religiosas. En Es-

pañã no tardarã en crearlas para las clases acomodadas nuestros adversarios, cumpliéndose una vez más el dicho de Cristo respecto a la mayor prudencia de los hijos de las tinieblas. Los propios actuales Colegios católicos para señoritas, donde hoy tan admirablemente se enseña, podrían ampliar y completar la instrucción si los padres lo pidieran. Y esto se ha de tratar de conseguir.

Sírvanos de ejemplo lo que trabajan por elevar en otros países el nivel de la cultura femenina nuestros hermanos. El Sr. Barnola, en la *Revista Social*, después de advertir que la universidad católica de Lovaina se ha abierto ya para las mujeres, cuyas aspiraciones defiende en Bélgica la poderosa asociación *Feminiſme chretien*; que en Alemania las estudiantas católicas forman numerosas asociaciones; y en Suiza son muchas las jóvenes católicas que frecuentan las aulas de Friburgo, uno de cuyos profesores, Cauvelaert, pronunció un famoso discurso sobre las conveniencias de que las mujeres participen de los estudios universitarios en proporción a la población católica, decía (1): «Es indudable que el feminismo va tomando en el mundo civilizado un caracter de penetración, inconcebible algunos años atrás. Entre el mismo elemento católico, menos dado a exaltaciones colectivas, se aviva este movimiento, no solo por lo que se refiere

(1) *Invasión femenina*, Marzo de 1913.

a la acción benéfica y social de la mujer, sinó también en la esfera intelectual.»

Los grandes pensadores de todos los países y de las religiones todas anuncian, como Monseñor Spalding (2), obispo de Peoria en los Estados Unidos, la aurora espléndida de un día en que, reparándose las añejas injusticias y desvaneciéndose las sombras de las arraigadas preocupaciones, se eleve la mujer en la sociedad al puesto que de derecho le corresponde. Adelantémonos a prepararla para sus gloriosos destinos, sin permitir que otros más avisados nos cojan la delantera con el perverso intento de encaminarla y dirigirla por las sendas del sectarismo o de la indiferencia religiosa.

La mujer es nuestra aún. Darle ciencia es darle armas para defender nuestra causa. Así podrá influir más eficazmente en la sociedad, y predicar con mayor fruto al Dios nacido de una mujer, y rebatir victoriosamente los sofismas con que en todas partes se impugna a la religión, que de esclava la hizo compañera del hombre y le abrió de par en par las puertas del templo de la sabiduría y le señaló puesto honrosísimo en el banquete de la civilización y del progreso.

Por otra parte, la mujer es el ángel custodio de la familia, la estrella que ilumina el hogar con dulces vivificantes resplandores, la irremplazable pedagoga de la humanidad en los días

(2) *La educación superior de las mujeres.*

de la infancia, y, como observa Lajolo (1), «la que lee y estudia y está al corriente de los fastos literarios de su país, es la mejor maestra de sus hijos».

Además, según muchos escritores advierten, una instrucción profunda y vasta sería para las mujeres gran preservativo contra la inmoralidad. El piadoso Vives, el famosísimo preceptor de cuatro hijas de Isabel la Católica, escribió que «todos los vicios de la mujer provienen de la ignorancia» (2).

El célebre académico Lamy ve en la mayor cultura de la mujer (3) grandes ventajas sociales. Parecele que el día que adquiriera mayor influjo social por su inteligencia, bajará rápidamente el poder del dinero, habrá menor afición al lujo y se salvará la cultura general abandonada por el egoísmo de los hombres que todo su esfuerzo dirigen a las conquistas industriales capaces de producir riquezas. Terminará, además, la frivolidad de la vida de los salones, cuya conversación, según él, gira hoy entre dos polos: la galantería y la maledicencia: «A este desorden están llamadas a poner remedio las mujeres instruídas. Las mujeres de mundo pueden hoy día mostrarse cultas sin temor al ridículo. Aprovechen esta ventaja y empleen el arte social y la habilidad exquisita que las distingue, en atraerse a los hombres de

(1) *La donna e la famiglia.*

(2) *De institutione feminae christianae.*

(3) *La mujer del porvenir.*

mérito; sorprendan al sabio demostrándole que no desconocen sus trabajos científicos; infundan, con sus palabras, a los políticos, a los historiógrafos, a los literatos, a los artistas, el valor de hablar en su lenguaje habitual; hagan que empiece a entrar en los salones lo que interesa al arte, a la nación, a la humanidad. Y no teman que las conversaciones pierdan con eso su encanto, pues si su ingenio ha realizado por mucho tiempo el prodigio de sostener el interés de la conservación con vaciedades y fruslerías, ¡cuánto más fácil será su tarea, cuando tengan a mano multitud de asuntos elevados de que tratar! Como tales asuntos exigen alguna reflexión y suponen cierto grado de cultura, pronto serán apreciados ventajosamente en los salones los hombres de verdadero talento; y en cuanto éstos puedan hacerse oír, los lechuguinos insubstanciales, obligados a escuchar, perderán su importancia y cambiarán de sistema para recobrarla. Muchos de ellos tienen más aptitud de lo que parece, y su frivolidad no tanto obedece a la coquetería como a la pereza. Así es que, si ante las mujeres disminuye su antiguo prestigio, serán capaces, también por coquetería, de hacerse sabios, si el ser sabio se pone de moda».

Los antiguos pintores representaban a la Virgen leyendo cuando recibió la visita del Arcángel. El estudio, para la mujer, dice Tommaséo (1) «es un preservativo contra el ocio tenta-

(1) *La Donna*.

dor, un consuelo en las calamidades y, en los dolores fuertemente reprimidos, un cántico secreto y una plegaria».

Ciertamente estas ideas no pueden parecer extrañas a los usos y tradiciones del Cristianismo, cuando se oye a los Santos Padres como Clemente de Alejandría, en el siglo III, decir que el estudio de la Filosofía es necesario a las mujeres igual que a los hombres; y cuando se ven ejemplos como el de Marcela y su comunidad estudiando la Sagrada Biblia bajo la dirección de San Jerónimo; y Mónica filosofando con San Agustín y los sabios sus compañeros, y Alpicia que con su marido Boecio componía himnos incorporados a la Santa Liturgia. No; la religión católica «no alejó nunca de la comunión del saber a las mujeres» (1).

Y menos que en ninguna parte sucedió esto en nuestra patria. En ella, durante las pretéritas centurias, influyó por modo excepcional la Iglesia; y aquí fué donde la cultura femenina rayó más alto, según ya demostró D. José Ignacio Parada (2). En el número incontable de escritoras españolas que en los dos voluminosos tomos de sus eruditísimos *Apuntes* sobre este asunto reseña el Sr. Serrano Sanz, aparecen con mayoría las Religiosas.

Las citadas monografías bastan para patentizar cuán verdaderamente D. Severo Catalina,

(1) *Dupanloup, Lettres sur l' education des filles.*

(2) *Escritoras y eruditas españolas.*

probando (1) que «las mujeres deben tener expedito el derecho de escribir», decía: «Con un talento a veces inmenso y un corazón siempre tierno y delicado, han producido las mujeres, y por dicha producen en nuestro siglo, obras literarias que no sólo aplaude nuestro siglo, sino que vivirán con gloria en los futuros».

De todas suertes, muy bien a los que injustamente creen, como Lamennais, que «no hay mujer capaz de seguir durante un cuarto de hora un razonamiento», contestaba Madama Flornoy (2) que «si no tienen por instinto la fuerza de lógica que se atribuye al hombre, sería cruel negarles el derecho de asociarse a la superioridad del entendimiento del varón y buscar en tan buena escuela los elementos que les falten para desarrollar y dirigir su talento».

Claro es que si queremos que todas las mujeres sean ilustradas, no pedimos para todas el mismo grado de ilustración. Ésta, como advierte el médico y literato M. Rochard (3), «debe estar relacionada con la situación social de la mujer, como una preparación para la vida, haciéndola apta para la misión que le incumba durante la existencia». De los diferentes empleos de la mujer, escribía ya el gran arzobispo pedagogo Fenelón (4), surge la diferencia de sus estudios. El conde de Haussonville, en su libro

(1) *La Mujer.*

(2) *La action sociale de la femme.*

(3) *L'education des filles.*

(4) *La educación de las jóvenes.*

Miseria de mujeres, pone de realce cuán funesto es el error de cierto exagerado feminismo que pide para todas igual formación. En tesis general son muy verdaderas, aunque sólo en tal concepto dejan de ser exageradas, aquellas palabras del gran educacionista español de nuestros días, P. Ruiz Amado (3): «No hay que preocuparse tanto en las mujeres, como en los varones, de cultivar la *facilidad* de expresar sus ideas y afectos; ya porque las mujeres no tienen necesidad de producirse en público, ni oralmente ni por escrito; ya principalmente porque, dada la índole femenil, apenas se hallarán mujeres que lleguen a saber *algo* digno de comunicarse, y carezcan de facultad expresiva de lo que conciben». Por lo mismo, sólo en casos particulares pretendemos nosotros que se eduque para escritoras a las mujeres, y aun eso no como profesión u oficio.

Este les sería a ellas muy honroso y, para los demás, de gran provecho; pero no les daría lo indispensable para vivir. No hace mucho, en *Le Temps*, bajo el título *Femmes publicistes*, Madame Tinayre daba a conocer lo muy poco lucrativa que es en Francia la ocupación de escritora; y no hay para qué decir cómo se la retribuye en España.

En resumen: La mujer católica, además de los muchos medios con que pueden todas favorecer a la prensa honrada, puede favorecerla con la pluma, escribiendo en publicaciones pe-

(3) *La educación femenina.*

riódicas femeniles, y aun en las de carácter general sin excluir los grandes rotativos. No sólo nada lo impide sino que es útil por muchos conceptos. De ahí que aquellas a quienes el cielo haya favorecido con el don de escribir deban, cuanto les sea posible, emplearlo en escribir para el buen periódico; de ahí también que importa mucho elevar el nivel intelectual de la mujer cristiana para que pueda defender y glorificar a Cristo en la conversación particular, en conferencias públicas, en la cátedra, en el libro y señaladamente en la prensa periódica.



b. Peláez al ser nombrado Obispo.

El Obispo de Jaca.

LLENO de salud, con solo 36 años al ser presentado Obispo de Jaca, es indecible lo que allí trabajó. Visitó repetidas veces la diócesis hasta en sus pueblecitos más montañosos predicando varias veces al día; predicaba frecuentemente en la capital; publicó todos los años una pastoral en adviento y otra en cuaresma; recibía a todas horas en su Palacio; mandó que se die:an frecuentes Misiones en las parroquias, que hubiera todos los años ejercicios para el clero, y que se tuviesen con todo rigor las Conferencias Morales, celebró sínodo diocesano; levantó de su peculio varios edificios religiosos; dió muchos libros al Seminario, cuya Biblioteca abrió al público; aumentó el número de Profesores y de asignaturas y la paga de éstos, y consiguió veinte becas enteras; perpetuas para estu:iantes pobres; a una canongía le impuso la carga de explicar la Agricultura y a otra la dirección de un periódico; y, lo que no se hace en ninguna diócesis, dispuso que hubiese todos los años concurso parroquial y que de las parroquias vacantes no se quite la tercera parte para el fondo de reserva, sino que sus encargados cobren la consignación entera.

IX.

Los eclesiásticos todos.

Ya nos parece ver a alguno de nuestros lectores fruncir el ceño ante el epígrafe de este capítulo. Pues qué, dirá, ¿tiene la prensa periódica relación alguna con la misión del sacerdote? y el ejercer el periodismo ¿no será un óbice para cumplirla? ¿No se expondrá con ello a perder su buen espíritu y a ganarse en cambio las antipatías, o a lo menos la prevención de las gentes?

El *timeo danaos* del poeta no debe nunca echarse en olvido. Funestísimos dones suelen ser los consejos que nuestros enemigos quieren sigamos. No es la caridad la que los guía al dar la voz de alerta, o prorrumper en lamentaciones sobre los daños o inconvenientes que trae aparejados el dedicarse el clero a otra cosa que a sus funciones sagradas.

«Entre los errores que a toda hora propaga el moderno liberalismo, dice Radini Tedeschi

(1), es uno de los más fatales el falso concepto acerca de la acción del sacerdote católico, a la cual no se reserva más que el templo y el lecho de los moribundos.» «Deseo es y producto de la revolución, observa Arboleya (2), esa vida, cómoda ciertamente, pero nada apostólica, que el liberalismo nos quiere imponer.» La acción del clero se extiende a todo el orden moral, comprendiendo en todas sus relaciones así al *hombre individuo* como al *hombre sociedad*; y por eso, en frase de Gabino Tejado (3), querer limitar el sagrado ministerio del clero al recinto del templo y a la cabecera del moribundo, equivale a querer inutilizar la acción del Cristianismo, encerrándolo en cierto género de catacumba y convirtiendo a sus sagrados ministros en una especie de *empleados del culto*, que, sin duda, estarían muy bien colocados entre los *popes* del abyecto cisma griego.

Como advertía un escritor ilustre, «se quiere bien a la Religión, al clero y aun a las congregaciones, si la Religión, el clero y las congregaciones prometen limitarse a existir sin ruido, sin obras y sin influencias, ocupándose sólo en orar, puesto que tienen gusto en ello, y en bendecir, ya que esto no daña».

Nuestros adversarios no dudan en darnos el oro a cambio de la libertad; en no quitarnos el sustento, si a ellos no les quitamos el reposo;

(1) *Discorsi ai Congressi Cattolici.*

(2) *La misión social del Clero.*

(3) *El Catolicismo liberal.*

en dejarnos vivir, con tal que les dejemos hacer lo que quieran. A condición de que renunciemos a toda intervención social, prometen renunciar a perseguirnos. Pero, aunque pudiéramos confiar en sus promesas, ¿podemos aceptar sus ofrecimientos? Oigamos la grave y juiciosa advertencia del gran Luis Veuillot:

«Relegada al suntuario, en un tiempo en que toda cosa y toda idea están en posesión de una vida peculiar y exterior, la Iglesia quedaría condenada a la esterilidad y herida por un género de muerte subitánea. Puede sufrir una prueba semejante, si Dios lo exige; no puede prestarse a ella bajo ningún concepto. Trátase de sostener el honor y la vida de la fé, así como de conservar en el candelero la luz del mundo; la Iglesia debe, si es necesario, para conseguirlo, atreverse a más que a vanos clamores. Después de sacrificar los cristianos su reposo y sus bienes, les dijo el Apostol: «No habéis resistido aún hasta verter sangre».

Nuestros filósofos quedarían maravillados si, dejándoles el campo libre, se metiese la Iglesia en la sacristía, de que tanto se han reído. Con esta condición, todos sus respetos y todos sus favores. Van aún más lejos: anuncian a los ministros de la verdad divina que los pueblos irían a buscarles en la sombra y en el silencio. ¿Cómo, pues, los Apóstoles salieron de Jerusalén y se tomaron la molestia de recorrer el mundo, llevando a todas partes el escándalo de la doctrina de Jesucristo? ¿No podían esperar que fuesen al cenáculo para informarse de ella?»

La activa, la potísima participación que en la lucha actual católica debe tomar el clero, está bien patente ante los ojos del que no quiera cerrarlos a la luz meridiana de la verdad y ha sido puesta de relieve por celebrados escritores, como Baudon, en su clásica obra *Prêtre et Apôtre*.

Justo es, sin embargo, no menos justo que triste, el confesar que una parte del clero se halla un tanto retraído en las modernas empresas sociales, en la lucha de nuestros días para reconquistar el pueblo y hacer que predomine en la presente civilización el espíritu de Cristo. Entre las causas del retraimiento pone don Andrés Manjón, en una luminosa conferencia (1):

«La oración y el estudio que buscan la soledad y huyen del bullicio; los ministerios más directamente relacionados con la santificación, que se ejercen ordinariamente entre las paredes del templo; el régimen de vida sacerdotal, que es de apartamiento del siglo; el trato con personas piadosas, timoratas y recogidas, que tanto dista del batallar furioso de las necesidades, pasiones y modos de ver del mundo; la respetable autoridad de los venerables maestros que nos formaron, quizá como a ellos les formaron, sin cuidarse de las necesidades sociales, porque o no existían o se encargaba la autoridad pública de resolverlas; cierta confianza infantil en los hechos que pasaron, o en los sucesos y gobiernos que vendrán, o en tales o cua-

(1) *El Problema*.

les papeles, discursos, bandos o partidos capitaneados por tales o cuales jefes: todo esto y otras causas, como el desvío, tosquedad, y a veces la brutalidad de seres ineducados y preocupados; las teorías liberojansenistas, que tienden a aislar al clero del pueblo para engañar y hacer apostatar a éste; todo esto y otras causas contribuyen a hacer de una parte considerable del clero (que debe ser el apóstol social del pueblo), un algo que no me atrevo a calificar.»

En cuanto al desconocimiento de la sociedad, que el mismo autor atribuye a algunos clérigos, para los que los males sociales «son obra de vividores a quienes convendría prender, o de periodistas a los que se habría de amordazar, añadiendo otros que es obra de la ignorancia, y se remedia con silabarios y catecismos: o que es obra del pecado, y se debe orar y llorar; o que es un castigo en lo temporal por haber olvidado lo eterno, y se dedica a salvar la sociedad hablando de la eternidad; o que es obra de la impiedad que se remedia con novenas, trisagios y demás actos de piedad; o tal vez que es un mal sin remedio no siendo por un milagro de la omnipotencia divina, y espera sentado en la inacción ese milagro, o mejor dicho, esa tentación de Dios...» creemos que ya en pocos existe. Sus causas, anteriormente apuntadas, son más que bastantes para explicar este hecho lastimoso y nunca deplorado con exceso; y a ellas pudiera añadirse las trabas burocráticas y dificultades de toda especie que a la acción de los eclesiásticos suscitan los gobiernos, y los

recelos y prevenciones que entre el vulgo esparce la prensa sectaria contra los que acometen al enemigo en las propias trincheras y defienden a la Iglesia allí donde más se la ataca y se le hace mayor daño.

El clero no debe en manera alguna abandonar sus propias, sus antiguas, sus invariables funciones sagradas; pero a ellas tiene que añadir otras, entre las que hase de contar la prensa. Y no se nos arguya de modernistas o innovadores. No cambia el clero, no cambia su eterna misión; cambian las circunstancias en que ésta se ejerce. Es apóstol, y el periodismo es una manera de apostolado. Con él se puede dar gloria a Dios y salvar almas, y nada que a fin tan alto conduzca ha de desdeñarse o tenerse en poco. Elevar, purificar, ennoblecer el periodismo es una necesidad de nuestros tiempos, y ya Goethe dijo que: «la Iglesia asombrará siempre al mundo por el poder de transformación, por el don que en ella existe de adaptarse sin cesar a su tiempo». La pereza es la que pone una venda en nuestros ojos para que no veamos que la historia avanza, que todo se mueve en derredor nuestro y, si no caminamos también, nos quedaremos atrás. «Es propio del hombre, escribió el gran obispo de Annecy, Monseñor Isoard (1), resistirse a creer que en torno suyo se operan radicales transformaciones y se realizan novedades de trascendencia, porque esto le obligaría a cambiar la cómoda rutina de sus primeros hábitos.»

(1) *Si vous connaissiez le don de Dieu.*

El abate Jesch, en su libro *Lacordaire journaliste*, refiere que aquél genio incomparable, después de haber preguntado en la famosa carta a M. Toisset: «¿Qué es lo que hacen los sacerdotes en el ejercicio ordinario de sus funciones?», convencido de la necesidad de ir derechamente al pueblo por medio de la prensa, se hizo periodista. Veinte años más tarde, en 1847, lejos de manifestarse arrepentido de mezclar su pluma en las agitaciones políticas, exclamaba (1): «Se nos quiere suspender entre el cielo y la tierra, sin ninguna especie de punto de apoyo, para decirnos rodilla en el suelo: Tenéis a Dios, ¿qué necesidad tenéis de otra cosa? No, no aceptamos esta situación. Estamos en todo, porque venimos de Dios, que está en todo; nada nos es extraño, porque Dios no es extraño en parte alguna». Desde entonces la prensa ha ido ganando en extensión e importancia, y, a la vez, han adquirido en ella mayor influencia los francmasones y demás sectarios, siendo, por tanto, más clara la necesidad de que el clero se apoye en esta nueva palanca de Arquímedes para mover el mundo y subirlo hasta el cielo.

Todos los actuales medios de defender la Iglesia son óptimos. Seguid empleándolos con la misma actividad e inteligencia. Pero no prescindáis del arma más poderosa en las luchas de los tiempos modernos. Las hojas de papel son más fuertes que las hojas de las espadas. Necesitamos hombres: sembrad ideas

(1) *De la raison catholique et de la raison humaine.*

por medio del periódico y tendréis hombres. Necesitamos la opinión, porque ella, si no reina, por lo menos gobierna, porque ella es la señora del mundo: sed dueños de la prensa, y con ésta nueva vara de Moisés haréis resurgir corrientes de opinión hasta de las rocas, aun en los mismos desiertos. Los apóstoles dijeron un día a Jesús: toda la noche hemos estado trabajando, y no hemos cogido un solo pez. Tended las redes más adentro, les contestó el Salvador. Los clérigos trabajamos; pero solemos trabajar a oscuras y sin apartarnos de las orillas. Lancémonos en medio de la corriente. Tendamos las redes de nuestra actividad en los mares tormentosos del periodismo, y nuestra pesca será o parecerá milagrosa. No temamos hundirnos: en la barca de Pedro nadie perece; cuando las olas parezca que nos van a tragar, Cristo, que con una sola palabra apacigua los huracanes, extenderá hacia nosotros su mano.

Los periódicos que siguen las inspiraciones de las sectas, pregonando a los cuatro vientos libertad, censuran y motejan duramente a cuantos no sostienen sus opiniones y combaten sus teorías o descubren sus malas artes. Quieren la libertad como la quiso Nerón, como la quieren todos los tiranos: para ellos solos.

No; la libertad sin la igualdad es una tiranía. Los que, desde las columnas de ciertos periódicos, anuncian las ventajas de la libertad, desean que la libertad sea ventajosa para ellos solamente, y que si los demás hemos de tener alguna, no sea sino en la forma y en la medida

que ellos lo consientan. Les parece un *caso* de nefando clericalismo el que un obispo de un país libre emita públicamente su pensamiento acerca de ellos, porque ellos son intangibles y el combatirlos sería el peor de los sacrilegios; pues no admiten nada sagrado mas que sus personas y sus plumas. Si ellos pueden hablar contra la religión. ¿no podrán los religiosos hablar contra ellos? La Constitución ¿será para ellos una garantía y para los eclesiásticos una mordaza? ¿Es que la tonsura es una *capitis diminutio*? La sotana, que ha sido siempre la toga del tribuno ¿habrá de convertirse hoy en librea de lacayo? Mil veces se tiñó con arroyos de sangre, ¿y queréis que la apartemos de combate ahora, para que no se manche con unas gotas de tinta?

El periodismo es un estadio de lucha, un arma de combate. Y qué ¿no se llama militante la Iglesia de acá abajo? ¿No nos manda San Pablo pelear «varonilmente como buenos soldados de Cristo?» La paz trajo y dejó el Redentor, y ministros de ella son los suyos; pero ya advirtió que la que Él daba no era como la que el mundo da. La que cantaron los ángeles la noche a que Cervantes llamó nuestro día, es *la de los hombres de buena voluntad*. No hay paz para los impíos, ha declarado la Sabiduría eterna. Los que a toda hora claman *paz, paz*, no conocen *el camino de la paz*, en frase del profeta rey. Fuego vine a traer a la tierra y ¿«qué querré yo sino que se abra»? decía nuestro soberano Maestro. La palabra hablada será siempre, sí,

el arma propia, la espada fuerte, tajante y aguda, para vencer a nuestros enemigos, al vicio y al error, que es lo único que a un cristiano se permite odiar; pero los combates cuerpo a cuerpo son ya muy raros, se nos hiere desde lejos con armas arrojadizas, y necesitamos del periódico como David de la honda, para lanzar piedras de sólida doctrina contra la frente de los Goliath del periodismo: en la palabra escrita, vibrante, luminosa, ardiente, debemos poner toda nuestra alma, para que el papel impreso lleve cada día su luz y su calor por todo el mundo y encienda los corazones en el fuego del amor divino.

Del pueblo se elige, se segrega, se separa a los clérigos, cuya herencia será el Señor mismo y su porción habitar con los santos. Clase escogida en la sociedad, se les prohíbe muchas cosas que nadie reprende en los individuos de las demás clases sociales. Así es, pero no hasta el punto de que hayan de permanecer aislados: el aislamiento produce la muerte. Su relativo apartamiento se les preceptúa para acrecer su influencia. Sería un mal que fuese cierto lo que, según Max Leclerc (1), dijo del clero de Europa el famoso Cardenal de Baltimore: que pueblo y clero marchan el uno al lado del otro sin unirse ni compenetrarse, «como dos corrientes, de aceite la una y de agua la otra.» El pueblo no quiere dejar de leer la prensa, y el clero no puede dejar de proporcionar al pueblo una prensa buena.

(1) *Choses d'Amérique.*

Sí, repondrá alguno, pero el sacerdote ha de conservar su autoridad, su honra, sus simpatías; y si se mete a periodista se ganará muchas enemistades, los contrarios le denigrarán y calumniarán en lo más vivo y sensible de su honor, y la Iglesia por causa de eso vendrá a ser más denostada y perseguida. Verdaderamente que si por temor a esta contingencia se habría de retraer el clero de la acción periodística, igual motivo habría para apartarse de toda acción social, y recluirse en lo que irónicamente el obispo Ireland llamaba (1) «sus cuarteles de invierno», en los santuarios y en las sacristías; y aun allí tendría que poner un candado en su boca, tendría que ser infiel a su misión, si tales escrúpulos merecieran consideración alguna. El clero periodista será execrado, pero será también temido. Más vale excitar el odio que no el desprecio. Se aborrece lo que tiene importancia; se arroja el veneno, como el sapo de la fábula de Hartzzenbusch, tan solo contra lo que brilla: lo que se desdeña y pasa en silencio nunca significará mucho. Señal es de bondad atraerse la enemiga de los malos. Si fueseis del mundo, decía Jesús a los apóstoles, el mundo os amaría; porque no sois suyos, por eso os detesta.

Á Parisis le objetaban: ¿No os basta el púlpito para enseñar al pueblo? Quedaos en vuestras iglesias; haced descender de la cátedra de la verdad la doctrina religiosa, mas no uséis

(1) *La Iglesia y el siglo.*

para eso de la *tribuna secular y comprometedora* de la prensa. Y el docto obispo puso de relieve(1) la contradicción en que incurrierían sus detractores y la mala fe con que aparentaban escandalizarse; pues si algunos seculares piadosos querían defender con la palabra los intereses de la religión, eran acusados de usurpar el derecho de los sacerdotes; y si los sacerdotes querían defenderlos desde el púlpito, se les acusaba de entrar en el campo vedado de la política, y de mezclar lo humano con lo divino, y de *comprometer el honor de su ministerio*; después de lo cual, recordando aquellas palabras del *Apologético* de Tertuliano, *liceat veritati vel via tacitarum litterarum ad aures vestras pervenire*, concluía: «Puesto que la prensa es libre para todos y para todo, sirvámonos de la prensa.»

No tiene más fuerza la objeción de no ser las ocupaciones periodísticas muy compatibles con la piedad sacerdotal. La experiencia patentiza todo lo contrario. Si peligros hubiese para el sacerdote en la agitada y vertiginosa vida del periódico, no se pone a ellos voluntariamente y porque los ame: la necesidad le obliga, su intención es recta, y Dios le ayuda porque a su mayor gloria dirige los trabajos. Nuestro deber, como el de toda persona piadosa, lo dijo el devoto autor de *Luchas del alma*, no está en situarnos en una columna de estilita, en una soledad lúgubre, sino en abrir enteramente nuestra

(1) *Liberté de l'Église.*

ventana a todos los vientos que lleguen de todos los horizontes, a todos los rumores, a todas las llamadas, a todas las esperanzas que depositen en nosotros las muchedumbres, a todos los pensamientos y a todas las aspiraciones que interesen a nuestros hermanos.

Como la salamandra de los antiguos pasaba por el fuego sin quemarse, como los rayos del sol atraviesan el agua sin que se mojen, puede el clérigo andar por el mundo sin hacerse mundano, y sin aseglarse estar entre seglares. Cierto, ninguna precaución es excesiva para impedir que se menoscabe la perfección propia del estado sacerdotal; pero necesitase precaverse también y cautelarse contra los sofismas y pretextos de la pereza, que no hay nada en que no se apoye y a que no llame en su auxilio para permanecer en la inacción y continuar en la rutina.

No hagamos, pues, el menor caso, de las disculpas de nuestra comodidad y de las exhortaciones, muy sospechosas ciertamente, de nuestros encarnizados enemigos. Digamos, al contrario, con el famoso obispo de Langrés: (1) «El grande, el noble privilegio de la palabra impresa déjese a nuestros adversarios; el error tenga para sí solo todo el campo de la prensa periódica, y la Iglesia que según la expresión de san Pablo debe levantar su voz *opportune et importune* que calle o hable solamente a aquellos poquísimos que aún se apiñan alrededor de

(1) *Casos de conciencia.*

sus cátedras; deje la Iglesia de valerse de esta efficacísima especie de predicación, los periódicos, y abandone asimismo aquellos hijos extraviados, de quienes por tal medio aún podría hacerse oír ¡Oh que pernicioso consejo!»

No es ese el que siguen los eclesiásticos alemanes.

En Alemania, escribió el abate Garnier (1), el clero coloca en la misma línea que los actos más esenciales del ministerio, tres obras cuya importancia no parecen haber aún comprendido los eclesiásticos franceses: el buen periódico, la escuela cristiana y la obligación que a los católicos incumbe de comprar en casa de los comerciantes católicos.»

Con este proceder de los alemanes se halla conforme la recomendación de la Santa Sede, diciendo repetidas veces, como el preanterior Sumo Pontífice en la Encíclica al clero francés (2).

«Porque deseais ir al pueblo, a los obreros, a los pobres; porque buscáis todos los medios de venir en su ayuda, de moralizarlos... por eso escribís libros y artículos en periódicos y revistas».

La predicación dentro del templo es el medio más idóneo para inculcar la doctrina cristiana y propagar y defender la fé. Querriamos que el sacerdote no viviese más que en la Iglesia. Pero ¿puede querer nadie que clame en de-

(1) *Cours, de Pastorale*, ed. 3, p. 836.

(2) 8 fet. 1899.

sierto y hable con las paredes? Hará oír su voz en el templo para que le escuchen las personas piadosas. Y tantos y tantos, que no van allí a escucharle, ¿quedarán sin oír su voz, eco del cielo y anunciadora de las verdades eternas?

Es preciso poseer un tornavoz, que aumente el efecto de la campana y que anuncie los actos de piedad, la administración de Sacramentos y la predicación de la Divina palabra, y la lleve a las casas, sitios de recreo, círculos y hasta en las ocupaciones en que el hombre pueda encontrarse.

Jesucristo dijo a los Apóstoles: Enseñad; pero enseñad andando, yendo a buscar a los que no saben.

Los sacerdotes deben tomar parte activa en las luchas modernas, y, acomodando su vida a los tiempos que corren, acudir a círculos y demás lugares donde con la palabra pueda ser ofendida la religión, y en todos ellos combatir con palabras, empleando siempre el lenguaje de la época como lo hacen nuestros adversarios, toda vez que es muy cierto que el lenguaje y estilo de otros tiempos es ininteligible para los actuales.

Nuestras doctrinas son invariables. No podemos cambiarlas para dar gusto al mundo; porque la verdad cuando cambia, se destruye, y nosotros debemos decir la verdad al mundo. Pero, en frase de San Pablo, somos deudores a todos; y a todos debemos hablar, no en la forma que a nosotros más nos agradaría, sino del modo que sea posible para conseguir ganar las

almas y volverlas a Cristo, que las adquirió con su sangre.

Pero esto no basta, sería deseable que muchos sacerdotes salieran de las sacristías donde su misión no termina, y emprendieran la batalla diaria en las columnas del periódico; pues los que se hayan marchado de la Iglesia no volverá a ella, aunque toquen todas sus campanas a vuelo.

Hay que ir al pueblo, como el buen pastor va en busca de la oveja descarriada. Pero gran parte del pueblo nos rechaza, porque la prensa enemiga nos presenta como enemigos del proletariado y como contrarios a toda civilización y progreso. ¿Qué hacer? Adonde nosotros no lleguemos, puede llegar nuestro periódico. Si cien veces se le arroja de casa, otras tantas, sin avergonzarse ni cansarse nunca, volverá a ella. Si se le cierra la entrada, entrará por debajo de la puerta. Al fin logrará ser leído; y así se leerá el catecismo, se escuchará el Evangelio, se aprenderá la palabra divina, si no de labios del sacerdote, de la pluma del Sacerdote.

Enseñad a todas las gentes; predicad sobre los techos, decía el Salvador. Pues más altas que los techos de las casas están las columnas de los periódicos, y sólo predicando desde ellas es como podrán ser enseñadas todas las gentes.

Nadie intenta—conviene insistir en este pensamiento—que se reemplace por lo escrito o se abrevie o se disminuya la palabra predicada, la enseñanza oral, la doctrina que se percibe por el oído, el método de propaganda em-

pleado por Cristo y preceptuado por El a sus Apóstoles, la expresión viva, el verbo con su denominación propia. No; el periódico católico, decía el abate Dupuy en su discurso *Foi-Presses-Clergé*, no es más que «el predicador auxiliar que las circunstancias hacen indispensable».

Fides ex auditu. Es preciso oír a los predicadores, a los enviados por el Señor con sus luces, con su autoridad, con la promesa de sus recompensas eternas, con los auxilios de su gracia omnipotente. El púlpito no podrá sustituirse jamás con la tribuna, ni la lengua con el rotativo. El mandato de Jesús a los Apóstoles: «Predicad el Evangelio», no deja de comprender a quienes les han sucedido en el apacentamiento de las almas, ni los sermones tienen hoy menos eficacia sobrenatural que en otras edades. Medio indispensable e indefectible para conservar y extender el reinado de la verdad religiosa, instrumento el más provechoso y principal del apostolado, la enseñanza por la palabra no repele, con todo, ni excluye la enseñanza por la pluma.

Ambas juntó el Señor al decir a sus discípulos: *Docete*, enseñad, Lo cual se deduce del fin, de la extensión, de la naturaleza de este magisterio: *Docete omnes gentes*. Por consiguiente, escribe el P. Stoger (1), «no se debe predicar en una sola ciudad, provincia o reino, sino en todo el mundo, pues en todas partes hay almas que salvar, en todas partes hay que trabajar por la mayor gloria de Dios, en todas partes

(1) *El celo de las almas*.

hay pobres y humildes a quien instruir». Ahora bien; con la predicación sólo se puede llegar hasta las personas que se agrupan en torno del púlpito. Antes el templo se llenaba de auditores anhelantes de escuchar la palabra divina; ahora los grandes vacíos que en su interior se observan, con suficiente claridad indican cuánta parte del rebaño se queda fuera del redil. Principalmente en las ciudades populosas, aun en las menos trabajadas por la propaganda impía, ¿quién no echa de ver el número sinnúmero de fieles que nunca o muy rara vez concurren a las iglesias a escuchar de labios de los sacerdotes la explicación de la doctrina cristiana? ¿Y no hará nada el apóstol de Cristo por llevar hasta ellos la verdad que cura e ilumina y liberta? No es buen pastor, decía Sócrates, el que ve impasible cómo merma su rebaño. El buen pastor, afirmaba el divino Maestro, da la vida por sus ovejas, defendiéndolas de los lobos rapaces y apartándolas de los pastos venenosos. Al ver a las nuestras entre las seducciones de dañosas propagandas y sin venir a apacentarse con saludables alimentos, ¿no les daremos ninguna prueba extraordinaria de solicitud, no idearemos arbitrio alguno para traerlas a la sombra bienhechora del cayado amoroso del Pastor Supremo?

No mandó Jesucristo que para predicar nos encerremos en el lugar sagrado aguardando reposadamente a que vengan en busca nuestra los necesitados de enseñanza. Nos mandó predicar hasta desde los tejados, *super tecta*. ¿Por

qué no predicar también encima de las columnas, desde la Prensa periódica?

Pescadores de almas, no hemos de tender las redes donde la comodidad, la pereza o la rutina nos indiquen, sino donde la pesca pueda ser más abundante, donde el divino pescador nos ordene con aquellas palabras suyas que nos conservó el Evangelio: *duc in altum*. No se nos manda predicar parados, fijos en un punto, sino moviéndonos, caminando, *euntes*. Así se se ha hecho siempre; así podía hacerse mejor en otras épocas. El Redentor adoctrinaba a las muchedumbres fuera también del templo y de las sinagogas, en la plaza pública, en el desierto, al borde del camino, sentado en la popa de las barcas; sus discípulos recorrieron el mundo con la palabra divina en los labios, anunciándola en el ágora de Atenas y en el foro de Roma, en el areópago, en las termas, en los anfiteatros, donde quiera que podían ganar almas para el Evangelio. Si hubieran permanecido dentro del cenáculo en espera de que las muchedumbres fuesen a recibir allí el Espíritu Santo, no se habría incendiado la tierra con el fuego que del cielo trajo el Redentor. Pero la libertad de que en las centurias siguientes gozaban los heraldos del reino de Dios para hacer oír sus órdenes fuera del recinto sacro, hasta en los centros de corrupción, y en presencia de los verdugos, a la faz de los perseguidores, ha ido disminuyéndose de modo que, volviéndose al revés la famosa frase de Tertuliano a los gen-

tiles, *sola vobis reliquimus templa*, puede decirse que solo nos han dejado los templos.

Los cuales son capaces únicamente para contener pequeña parte de las multitudes bautizadas y pocas veces se encuentran llenos. Si el Buen Pastor, cuando sólo una oveja se le había descarriado, salía del aprisco en su busca, recorriendo los lugares más distantes y escabrosos, ¿permaneceremos hoy dentro cuando casi todo el rebaño se halla fuera? Y ¿cómo será posible hablar a todos aquellos que perteneciendo a nuestra jurisdicción y debiendo oírnos no vienen a escucharnos en el lugar propio para que en nombre de Dios se les hable? Cuando no se puede conversar con una persona a quien se ama, se le escribe. Adonde no llegue nuestra voz, llegarán nuestras cartas. La escritura fijó la palabra, que de suyo es fugitiva y transitoria; y la imprenta multiplicó y propagó sin límites la escritura, que de suyo es fija y limitada. Apoderémonos de este recurso eficacísimo que Dios pone en nuestras manos para promover su gloria. Si no podemos hacernos escuchar, hagámonos imprimir. Aunque sea envuelta en papel, enviemos nuestra palabra a los que han menester de ella y no acuden a recibirla de nuestros labios.

Los mismos que asisten con frecuencia a los sermones, si con eso tienen bastante para aprender sus deberes y los fundamentos de nuestra fe, no les basta para defenderse de las asechanzas que contra sus creencias ponen los

incrédulos en todas partes y principalmente en el periódico. La predicación, señaladamente la parroquial, sobre todo en los pueblos rurales durante las épocas de mayor trabajo, ha de ser muy breve; no se la oye más que en los días de fiesta; y son muchos sus objetos propios, peculiares, de que en ningún siglo ni ocasión cabe prescindir. Deudor a todos es el ministro de la palabra divina, según la expresión del Apóstol. Entre sus oyentes hay mujeres, niños, personas analfabetas, para las cuales sería ininteligible o poco menos que inútil lo que se dijese refutando los errores modernos. Ni el rechazar éstos del modo que mejor conviene es tarea para todos fácil.

La impresión más profunda, hecha por el sermón más elocuente, no puede durar mucho, porque no puede repetirse. Pasa como la onda, borrada por otras sucesivas, que se levanta un momento sobre las aguas del río. Las palabras, que lleva el viento y se desvanecen apenas salen de nuestros labios, trasladémoslas al papel, fijémoslas con los puntos de la pluma para que entren por los ojos y sigan produciendo sus efectos después de pronunciadas. La imprenta las llevará muy lejos del recinto que con ellas resonó, y lograremos hacernos oír de quienes no hemos logrado hacernos leer. Utilísimos como son a los predicadores los sermones impresos, podrían serlo también a los fieles, no para imitar su forma literaria, sino para poner por obra sus consejos morales.

Algunos, no lo ocultemos, muchos, de nuestros hermanos en la fe, tienen el mal gusto de rechazar todo lo que traiga forma de sermón. Compadezcámonos de ellos. Acomodémonos a su debilidad para remediar su miseria. Dorémosles la píldora, como vulgarmente se dice. Démosles el medicamento de la doctrina y de la exhortación de modo que acudan a tomarlo, aunque no sea el modo más eficaz; y por muy grandes que nos creamos, no se nos figure que será rebajarse el escribir trabajos de volumen pequeño.

Para que nuestros escritos consigan mejor su efecto, publiquémoslos periódicamente, redactando boletines y revistas. No podremos, por mala ventura, dar mucha dosis de doctrina en muchos diarios; si los convertimos en púlpitos, corremos el albur de quedarnos sin oyentes. Pero a pesar de la desgana de estas generaciones y de su repulsión hacia todo alimento sólido, entre las mil bagatelas y frivolidades en que ha de ejercitarse la pluma del diarista, el celo industrioso del eclesiástico puede encontrar oportunidad frecuente para recordar a los lectores que hay *una sola cosa necesaria*, y que más que saber lo que pasa en el mundo, importa saber lo que pasa dentro de nosotros mismos.

Todos los sacerdotes debemos predicar con la palabra y con el ejemplo. Los que del Señor hayan recibido las dotes necesarias, no las tengan ociosas; prediquen también con la pluma y hagan oír las enseñanzas divinas desde lo alto del periódico.

Una de las veces que, acompañando al Cardenal Aguirre, gloria de la Orden franciscana, veneramos en Padua la lengua incorrupta de San Antonio, al admirar el prodigio se nos ocurrió la reflexión siguiente:

Aquella lengua, movida por el Espíritu Santo, había sido instrumento maravilloso de la gloria divina; pero ¿dónde estaban las ideas admirables que de ella, como de fuente copiosa, brotaron para envolver en sus raudales armoniosos el mundo llevando sobre sus arrebatadas olas, gérmenes portentosamente fecundos de doctrina y de santidad? El vehículo de la palabra conservábase por un milagro estupendo. Mas la palabra, que extasiaba a los santos, y hacía derramar lágrimas a los pecadores, y maravillaba a los doctos, y ponía en conmoción a las muchedumbres, había desaparecido; atravesó el espacio como una flecha, lo iluminó como un relámpago, no dejando para nosotros ni la brillante estela del buque que cruza el océano, ni el surco resplandeciente con que señalan su paso por el cielo las estrellas errantes. Los muros que temblaron de placer al resonar con sus armonías, no guardan ya sus ecos, y en vano hubiera sido interrogarles; el aire que trasmitió los sencillos y sublimes conceptos, la expresión de su alma vibradora y ardiente, hasta las almas fascinadas y atónitas de pueblos que caían de rodillas, golpeándose de compunción el pecho, ante el hombre de Dios en quien Dios depositara su poder, no

sabrian repetirnos las ondulaciones con que recreó, esclareció y santificó tantos oídos.

Su pluma no se preservó de la destrucción por un milagro, como su lengua; pero sigue adoctrinándonos y exhortándonos, y con ella podemos volar a las más encumbradas alturas del amor divino y de la fe religiosa. El tribuno sagrado murió: el escritor místico vive aún, y desde el púlpito católico se pronuncian las frases que depositó en el pergamino. Tuvo el don de trasladarse de un punto a otro con la celeridad del rayo, de estar a la vez en dos sitios, de dejarse a un mismo tiempo oír de auditorios entre sí muy distantes. Hoy sus palabras escritas se repiten simultáneamente en las más apartadas zonas y en todas las latitudes; en cada momento pueden escucharse; no desaparecerán hasta que desaparezca el mundo, porque la imprenta, multiplicadora del pan del espíritu en el desierto de la inteligencia, les prestará una fecundidad que nunca envejece, las hará inmortales.

«Defunctus adhuc loquitur.» Su lengua permanece muda ante los devotos que la contemplan; su pluma no para de dar gloria a Dios, pues las piadosas palabras que trazó, corren ligeras del uno al otro confin del orbe sembrando en multitud de almas la buena simiente que da el ciento por uno.

El incomparable periodista, el vicario de París, Pierre l'Ermite, en un artículo rotulado *La luz que pasa*, decía en *La Croix*, con su bellísimo estilo:

«¡Oh luz de la verdad!... Tú pasas de cura en cura, de mano en mano, de boca en boca, desde el instante solemne en que Cristo te colocó entre los dedos del primer Papa, hace cerca de veinte siglos...

¡Oh poder espléndido del Verbo que ahondas en soberbio empuje la tierra difícil de las almas!...

¡Potencia casi divina!... Sólo tienes aquí abajo un poder más fuerte que tu poder... *¡Es la pluma silenciosa que solidifica tu lava y perpetúa tus acentos!... ¡La pluma, tan poca cosa al parecer y tan inmensa fuerza en realidad!... ¡La pluma que, mucho más allá de la iglesia de piedra..., mucho más allá de los límites del tiempo..., mucho más allá de la muerte..., canta la verdad a todos y siempre y pese a quien pese!...*

El humilde desconocido monje que, en el fondo de su celda, escribió La Imitación, fué y será siempre el mejor predicador de su época.

Y quizá no habló nunca.»

Nosotros no pretendemos entrar en comparaciones, no decimos que la palabra del periodista valga más que la del predicador. Aunque la supere desde ciertos puntos de vista, juzgamos que tal proposición no es admisible. La predicación es necesaria; el periódico es conveniente. Los anticatólicos dan a la Prensa periódica una importancia que no podemos reconocerle en tal grado y con semejante exclusivismo los que contamos con medios sobre-

naturales de propaganda. En la Iglesia tenemos la predicación ordenada por Cristo; pero tampoco hemos de abandonar el medio del periódico, que para propagar la doctrina de Cristo pone la civilización en nuestras manos.

El ilustre obispo Isoard (1) tras una viva pintura de la profesión del periodista, soldado de otras edades, siempre en la pelea, haciendo frente a multitud de adversarios, sin tiempo para calcular sobre quién va a descargar su maza ni la fuerza de sus golpes, atento a herir alguno sin calma para discernir si es enemigo declarado o aliado dudoso o quizá un compañero, sintiéndose cada día más enardecido en la lucha, infiere que ese oficio no es propio del sacerdote. «¿Veis ahora, dice, ese redactor en jefe, o ese combatiente de primera línea, saliendo de la redacción del periódico con la vista alterada o el sobrecejo amenazador? Mil pensamientos se entrechocan en su cerebro. ¿Notáis ese rostro que refleja todas las pasiones, sobre el cual pasan y repasan el sarcasmo, la indignación, la fatiga, el disgusto, el desfallecimiento? Se dirige hacia la Iglesia, entra en la sacristía, sale algunos minutos después, y revestido de la casulla, sube al altar y celebra la Santa Misa. No hagamos observación ninguna. Lo que vosotros experimentáis viéndole inmolar la Santa Víctima, las buenas mujeres de las iglesias de París lo expresan

(1) *Le Sacerdote*, t. 1.

con una palabra, diciendo: No me gusta oír la Misa de este cura. Y ese es nuestro pensamiento. El contraste no puede ser más vivo entre el ministerio de la caridad y esta actitud de combate; aquel acto eterno y ese espíritu golpeado incesantemente por las impresiones de lo que no dura más que un tiempo, un instante, un segundo; el Cordero que da la paz llevado por esa mano con la que se hacen heridas irremediables: semejantes reproches no podemos evitarlos y nos son muy enojosos. No, el sacerdote no puede ser periodista».

Nadie deja de advertir la exageración que hay en estas frases. Ni se excitan tanto las pasiones en el periodista, ni de ellas saca la señal en el rostro al salir a la calle. Más tiene que agitarse el predicador al reprender los vicios. Los que vieron al divino Maestro lleno de cólera dar de latigazos en el templo a los mercaderes, estuvieron muy lejos de escandalizarse de que luego hiciera allí sus rezos y diese sus pacificadoras enseñanzas.

Comprendía, como no podía menos, el sapientísimo Prelado, que conviene el que los eclesiásticos dirijan la prensa que habla de la Iglesia, encargándose ellos de esta predicación, tan necesaria como llena de peligros, tan útil como expuesta a un desastre. Pero dice que los hombres de iglesia encargados de la dirección de los periódicos deben ser los sucesores de San Esteban, quién, según los *Hechos de los Apóstoles*, disputaba con todos los contrarios

haciéndoles rechinar de rabia los dientes: «El porvenir reserva al diácono una nueva función, la de redactor en jefe del periódico».

No nos detendremos a exponer las dificultades que la realización de este pensamiento ofrece. No serán pequeñas cuando su ilustre autor en los muchos años que rigió diócesis, no logró ejecutarlo habiéndose de contentar con que de escribir en la prensa católica de su obispado se encargasen los presbíteros. Sólo diremos que contra su opinión acerca de los peligros que tiene y de los recelos que inspira el sacerdote periodista, hablan muy alto los hechos y casi íbamos a decir que el espíritu de la Iglesia.

Hace pocos años fué canonizado el presbítero de la Congregación del Santísimo Redentor Clemente María Hofbaner muerto en Viena el 15 de Marzo de 1820.

«Clemente María—dicen las actas de su canonización—fiel discípulo del Redentor, valeroso atleta de Dios contra múltiples enemigos, debelador constante de ateos, racionalistas, febronianos, protestantes, masones y judíos, siempre inflamado en el celo de la gloria de Dios, atacó incesantemente los falsos principios del error sin debilidades ni componendas con el adversario». Hizo esto principalmente por medio de la prensa. Se le ha llamado muy bien el Santo periodista: instituyó una asociación, bajo el Patronato de la Virgen, cuyos miembros se comprometían a trabajar en pro de la buena

prensa; fundó y dirigió la Revista *El Ramo de Oliva*; y puso uno de sus penitentes, de toda su confianza, al frente del más importante periódico de Austria, *El Observador*.

Cree el Sr. Arboleya (1) que el sacerdote, a no ser como ciudadano y obrando por cuenta propia, no debe fundar periódico, aunque tuviera los cuantiosísimos recursos para ello necesarios, salvo casos excepcionales; porque las faltas en que incurriere, y los odios que en los anticlericales excitare, y la enemistad de los colegas a los que se hacía competencia, y el posible fracaso, parcial o total, de sus iniciativas recaerían sobre el clero en general y particularmente sobre la autoridad eclesiástica. «Me hallo, dice, tan convencido de la verdad de este criterio, que estoy a matar con esa turbamulta de católicos, entre los cuales no faltan muchos sacerdotes, que en la Acción católica todo lo esperan de los Obispos, como en los intereses profanos los españoles en general todo lo esperamos de los Gobiernos, aun las cosas para las que más indicados se hallan la iniciativa individual, el esfuerzo privado, la actividad personal de los ciudadanos. ¿Hacen falta Sindicatos agrícolas? Pues queremos que los funde el Obispo. ¿Se necesitan Círculos de obreros? Pues decimos que al Obispo toca fundarlos. ¿Se siente la conveniencia de organizar las fuerzas católicas para reñir luchas electorales? Nos quejamos de que el Obispo no las organice. ¿Estamos sin

(1) *El clero y la prensa*, cap. V.

periódicos católicos, capaces de llegar al pueblo? El Obispo debe fundarlos»... Somos de su mismo parecer, en tesis general, por lo que se refiere a la fundación directa y próxima del diario; pero si un sacerdote lo puede fundar reuniendo capitales, buscando redactores, suscitando propagandistas ¿debería abandonar o desechar obra tan excelente por las despreciables críticas de los necios y de los envidiosos? A más de que pueden obrar en la fundación del periódico su inteligencia y actividad sin que parezca su mano.

Que hubiese en cada diario un sacerdote redactor de plantilla lo tenemos a todas luces por conveniente. Difícil como es el ejercicio de la censura previa, podía con su estancia en él suplirse. Los lectores tendrían así una seguridad de la ortodoxia de los artículos. Las cuestiones que directamente se refieren a materias religiosas, ¿por quién mejor tratadas? El sería para los redactores un consultor en los asuntos de conciencia, un libro viviente y siempre abierto donde aprender, recordar o asegurar multitud de ideas que se rozan con las enseñanzas eclesiásticas. A lo cual se junta que con tanta prudencia como eficacia infundiría espíritu religioso en el diario marcándole orientación genuinamente católica y señalándole los medios más propios para defender con ventaja los derechos de la Iglesia que en el periodismo han de tocarse.

En un discurso titulado *El sacerdote en la*

Prensa (1), decía el presbítero D. Calixto Iglesias: «Se debe interesar al clero por la propaganda escrita excitando a cuantos puedan hacerlo a la colaboración personal en la prensa, por ser ella muy necesaria en estos tiempos, por estar muy en harmonía con los deberes esenciales del sacerdote, y relativamente fácil dada la preparación y estudios que han de cultivar antes de subir a tan alta dignidad». Verdad tan palmaria que no hay para que insistir en ella.

Quéjase el abate Planus (2) de que los sacerdotes escriben poco en Francia; y las mismas lamentaciones se escuchan en los demás países de raza latina, aunque nadie culpa de ello a los eclesiásticos sino a las circunstancias, que otra cosa no les permiten. Muy diferente es el proceder del clero alemán; y esto explica en gran parte los progresos que allí hace nuestra Religión y el respeto que la tienen los mismos que no la profesan. Los impulsó por ese camino el látigo odioso con que el *Canciller de hierro* quiso cruzar la faz augusta de nuestra Madre la Santa Iglesia; y lanzados a la lucha en defensa de sus derechos sacrosantos, no la abandonaron después de conseguir los primeros triunfos.

Durante la última persecución religiosa en Alemania, desde 1873 a 1879, mientras, como

(1) Al inaugurarse el curso en el Seminario de Plasencia el año 1909.

(2) *Le Prêtre*: Conferences eclesiastiques.

refiere Paul Bernard (1), sumas cuantiosas tomadas del *Fondo de los reptiles* se regalaban a las hojas masónicas y liberales «a los periódicos católicos, entonces todavía en su época de organización, se les hacía blanco de indignas vejaciones y de todas las tiranías del poder», y sus redactores eclesiásticos eran el objeto principal de las iras gubernativas, llevándose a muchos, con cualquier pretexto, a las celdas de las prisiones. Desde ellas volvieron en triunfo a las Redacciones de sus periódicos, donde siguieron confesando a Cristo después de haberle confesado en la cárcel. Saben que, según expresión de Enrique Ferri, la prensa es el carril de todas las ideas, y de ella se valen para propagar la idea católica en un país donde el catolicismo tiene adversarios terribles en los combates del pensamiento.

Por lo que hace a nuestra patria, los amagos de persecución fiera en que la persecución mansa amenaza convertirse, han sido acicate para estimular eficazmente el celo de los eclesiásticos en favor del periódico, obra importantísima de apostolado y que tanto favorece a todas las demás. Los ejemplos, por la gracia de Dios, son innumerables. Párrocos hay, como el de San Andrés de Barcelona, que establecieron imprentas en la casa Rectoral, haciendo de cajistas con los Coadjutores; y otros, como el señor Escrivá de Alcoy, al frente de los cuarenta sacerdotes de la ciudad, pusieron en la Biblio-

(1) *Le clergé et les catholiques.*

teca Parroquial la redacción del diario católico, para cuya tirada adquieren magnífica imprenta que montan en una dependencia de la iglesia misma.

Los esfuerzos de los eclesiásticos en pro del buen periódico, para que obtengan el éxito apetecido, deben estar subordinados a dirección única en cada diócesis. En Francia suele ejercerse por una sola persona, que recibe en algunas el nombre de Misionero episcopal o Vicario general de la buena prensa y en otras el de director diocesano de las obras de prensa católica; y en España es lo común que corra a cargo de una Junta de la que formen parte eclesiásticos. Lo que importa es que al frente se halle un delegado de la autoridad episcopal, para que así los fieles cooperen mejor a la obra, y ésta no se tuerza ni se desvíe, y Dios bendiga lo que se hace en su nombre y para su gloria por inspiración de los que Él puso para regir su Iglesia. Formado el comité diocesano bajo la presidencia de un sacerdote, deberá encaminar su labor a suscitar, sostener y dirigir los propagandistas de la buena prensa, a señalar a cada uno su puesto en el combate, y darle instrucciones y suministrarle los elementos precisos para la victoria, a conseguir la cual serán orientados los esfuerzos individuales, uniformando y subordinando al fin común los trabajos de cada uno de los entusiastas por el periódico. La mencionada Junta diocesana podría tener anejos el centro de informaciones para los pe-

riódicos católicos de la diócesis, y el de defensa sacerdotal contra las injurias de la prensa sectaria, y el de estadística de los órganos del bueno y del malo periodismo. La unión, tan necesaria en todas las obras de celo, lo es particularmente en ésta, que tantas dificultades ofrece y con tamaños obstáculos debe luchar. Nuestras fuerzas sumadas se multiplicarían. La escasez del número suplirla con ventaja lo inteligente de la dirección. Y la falta de recursos quedaría de sobra compensada con los maravillosos efectos que produce la disciplina llevada hasta el sacrificio.

Como era propio, los que están a la cabeza del Clero se hallan al frente de la propaganda en favor de la prensa católica, dándola ejemplos altísimos y preclaros que imitar, ya de desprendimiento durante la vida, como el Arzobispo de Turín, Cardenal Richelmy, que vendió una finca de su propiedad particular en valor de 70.000 francos, dedicando el importe al periódico católico de dicha población, ya de buenas disposiciones testamentarias como Monseñor Astorga, Obispo titular de Martirópolis, que dejó al Arzobispo de Santiago de Chile 20.000 duros para difusión de la prensa católica.

Pobres como son los Prelados de una Iglesia a la que el odio sectario despojó de bienes cuya legitimidad era indisputable, cuentan, para promover los intereses religiosos, con los recursos de la caridad, con la generosidad inextinguible de los fieles, y a ella acuden con la

solicitud más viva, con reiteradas ardientes instancias, para que, al socorrer a los pobres, no se olviden del pobre que más lo necesita y más lo merece, la buena prensa.

Poderosa palanca el dinero, no basta para elevar a debida altura el periódico: precísase también el sacrificio del trabajo y del esfuerzo personal prestado de muy diferentes modos; y de pedirlo no cesan los Pastores de la grey cristiana, los encargados de dirigir el pueblo de Dios. Muchos y muy interesantes volúmenes podrían formarse con las exhortaciones pastorales acerca de la necesidad de la prensa periódica y los medios de fomentarla. La mejor limosna para la prensa es el talento: darle escritores de ingenio y de fama es el mayor donativo. Y esto procuran los Obispos católicos, principiando por ofrecer el ejemplo, que han seguido en todas partes los sacerdotes, no sólo por lo que se refiere a las revistas científicas y piadosas pero también escribiendo en los diarios, de los cuales algunos como *La Germania*, el *Cittadino italiano* y el *Osservatore Cattolico* época hubo en que no tuvieron más redactores que los eclesiásticos.

El gran obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, que formó su primer libro, *Las Controversias*, con las hojas sueltas que periódicamente escribía para repartir las copias entre las familias protestantes según refiere el cura de San Sulpicio, (1) decía que le gustaba más

(1) *Vie de Saint Francois de Sales.*

hablar que escribir, porque «las palabras en la boca están vivas, y en el papel muertas»; pero notaba que el escrito se deja manejar mejor; permite más espacio que la voz a la consideración; y se puede pensar en él más hondamente.

Por eso, a imitación suya, Prelados a quienes sus ocupaciones y demás circunstancias se lo permiten, juntan las dos predicaciones, la de la palabra hablada y la de la palabra escrita, glorificando a Dios en el púlpito y en la prensa.

El Prelado social del siglo XIX, famoso Obispo de Maguncia, conforme observó uno de sus biógrafos, Victor de Clerq (1), «fué de los primeros en advertir la importancia de la prensa católica». Defendió infatigablemente sus derechos y sus creencias por medio de folletos, opúsculos y hojas sueltas; y, en unión con su amigo el canónigo Heinrich, fundó un comité para repartir y propagar los periódicos.

Conocido es lo que decía uno de los más piadosos y sabios Obispos de Francia: «Tan persuadido estoy de que la única influencia eficaz que podemos ejercer sobre nuestros pueblos, es la influencia por la prensa, que yo consagro la tercera parte del tiempo a redactar mi *Semana Religiosa*».

El ilustre literato, Cardenal Parochi, siendo obispo de Pavía, dirigía él mismo el periódico *La Scuola Cattolica*; porque, según observación suya, si nuestros mayores tomaban la cruz con la fundada esperanza de volar desde los Santos

(1) *Ketteler, 1811-1877.*

Lugares al cielo, el periódico católico es una incruenta cruzada por la libertad de la Iglesia, *ancor piu venerabili de luoghi santi*.

No es ningún escándalo, sino muy al revés, que los jefes de la Iglesia, como lo hacen los jefes de los partidos políticos, aunque aquéllos con más honrados procedimientos y con fines muy diferentes, penetren en el campo periodístico para regarlo con sus sudores dándole una parte de su actividad y de su tiempo. Si hay una prensa de la que se debe huir porque su contacto impuro mancha y deshonra, pudiéndose decir de ella que es la mujer pecadora del Evangelio, como Pietro Prada en su trabajo periodístico *La missione del clero nella stampa periodica*, hay otra pura y noble a la que nunca se favorecerá cuanto merece.

En Bohemia el Obispo de Kaniggraetz, señor Brynuch, publicaba sin firma editoriales que con justicia llamaban la atención pública. Al morir recientemente el fundador, la Redacción coleccionó en grueso volumen 250 de aquellos tan populares artículos haciendo saber que se debían a la pluma del Prelado.

Aparte de otras consideraciones, explícate la activa intervención del episcopado en la prensa periódica, de la que no citaremos, aun siendo tan abundantes, ejemplos de nuestra patria, en razón de que no pocos de sus miembros, cuando eran presbíteros, se dedicaban a las tareas periodísticas. En Francia estos últimos años más de un redactor de las *Cruces* de

diversas poblaciones, vió premiados sus servicios con la cruz pectoral, entre los cuales citaremos al ilustre Gieure, director de *La Croix des Landes*, nombrado Obispo el año 1906.

La prensa católica de España hállase de enhorabuena con la designación del director de uno de sus órganos, Sr. Castro Alonso, para Obispo de la Sede gloriosísima de Jaca, donde ha habido periodistas tan preclaros como el señor Cuesta, que murió siendo Cardenal de Santiago.

Entre estos ejemplos de personas que desde las cumbres más excelsas de la intelectualidad se abaten hasta la arena del periodismo batallador, no puede omitirse al gran Balmes, el cual según advierte el Sr. Arboleya en su concienzudo libro *Balmes periodista*, no contento con dedicar gran parte de su tiempo a las tareas periodísticas animaba a que tomaran parte en estas luchas los demás sacerdotes y rebateó los argumentos especiosos tras los cuales se abroquelaba la pereza de algunos. De él son estas palabras:

«Su dignidad, nos arguyen, celosos del prestigio de la sotana, debe tenerlos alejados por completo de la arena candente del periodismo, el cual con las luchas encarnizadas de que se nutre, con los compromisos que a sus obreros acarrea de continuo, con la atmósfera de campamento de que está impregnado, únicamente debe ser obra de seglares que nada tengan que perder, que a nadie comprometan en lides ta-

les. Pero un sacerdote encuadra muy mal bajo ese cielo tempestuoso, y está en su puesto permaneciendo siempre bajo el tranquilo y sereno de las sacristías solitarias.» ¡Qué lección para los que, incapaces de ser periodistas o de soportar el trabajo que el serlo supone y de hacer pecho a las dificultades que trae consigo, aparentan un soberano desprecio para los obreros del periodismo!

El gran apologista Hettinger, en las *Cartas a un joven teólogo*, se indigna contra los que la frase «San Pablo vuelto al mundo se haría periodista» la atribuyen a un Prelado, pues créela inexacta e impropia de quien razonablemente discurra. El Obispo de Amiens, Mgr. Croiselle, al felicitar al Director de la *Chronique picarde* en el vigésimo aniversario de su fundación, decía tener escrúpulo de repetir lo que calificaba de *une boutade*. Del ilustre Weiss, en su grandiosa *Apología del cristianismo* (1), son estas palabras: «Personas bien intencionadas, excelentes escritores, contribuyen a que un espíritu superficial, inquieto y entregado por completo a las ocupaciones mundanas se implante, por decirlo así, en el templo de Dios con la aureola de la santidad sobre la cabeza. Y para que esto ocurra con más seguridad, fabricamos Santos a capricho, como fabricaban ídolos los paganos. De San Pablo hacemos un periodista».

A buen seguro que nadie que habla de San Pablo periodista, quiere decir que el ilustre

(1) T. 9, p. 466 de la edición española,

apóstol, así como dejó los cuidados temporales de la naciente Iglesia y aun la administración de los Sacramentos para dedicarse de lleno a la predicación, había de dejar hoy la predicación para dedicarse sólo al periodismo. Lo significado es que aquel modelo de sacerdotes que a fin de ganar almas para Cristo, echó mano de cuantos medios podía encontrar en la civilización de su época, haría lo propio en la época actual; y sin dejar de ser predicador, sería periodista, para hacerse oír de los que no entrasen en el templo. Y, a la verdad, el que en tantos lugares fuera del consagrado por la liturgia confesaba al Salvador ¿dejaría de hacerlo en el periódico, donde tanto le injurian los contrarios y tanta gloria los discípulos pueden darle? Él confiaba a los otros la administración de los sacramentos, para poder dedicarse al ministerio de la palabra. Hablaba desde cualquier parte donde pudiera hacerse oír: en el areópago, en las sinagogas judías, en los templos gentiles, en las plazas públicas, hasta en las prisiones. Si le hubieran mostrado la tribuna de la prensa desde la cual podría anunciar a Cristo con más insistencia, con mayor claridad, a mayor número de personas ¿era posible que la desdeñase? No; la hubiera escalado en un abrir y cerrar de ojos, y en ella, según una célebre frase, habría permanecido hasta su muerte, «como los estilistas en lo alto de su columna».

Pierre l' Ermite en una conferencia del Con-

greso Diocesano de París (Mayo de 1907) decía: «La frase de Ketteler: Si San Pablo volviese, se haría periodista, a fuerza de repetirse se ha convertido en una gedeonada, ni más ni menos que aquella otra del judío Cremieux: Estimad en nada los hombres, en nada los puestos, en nada el oro... Si teneis la prensa, todo lo teneis.» La razón de lo cual puede verse expresada en las palabras siguientes de Manjon:

«Se ha dicho y repetido que, si San Pablo resucitara, se haría hoy periodista. Sí lo creo; así como creo que Judas, si resucitara, se haría el apóstol de la mala prensa. Este es el campo donde hoy se combate entre Jesucristo y sus enemigos, y en este campo se presentan a defender a Cristo los apóstoles convertidos, como S. Pablo, y a vender a Cristo los apóstoles traidores, como Judas. Hoy un Sacerdote apóstata que sabe escribir, no va a una capilla protestante, va a un periódico anticatólico.»

Quien confiaba sus enseñanzas a la pluma ¿las negaría a la imprenta, viendo que así la *buena nueva* se anunciaría a mayor número de personas? En este concepto es como se afirma que de vivir ahora el que era incansable en el trabajo, trabajaría también en el campo del periódico.

Y así pudo decir el cardenal Lucon, arzobispo de Reims, en uno de los últimos Congresos de la Buena Prensa reunidos en París: «San Pablo practicaba la enseñanza por la palabra y la enseñanza por la pluma; y de buen grado

me persuado que si hubiera tenido la prensa a su disposición, no habría vacilado en servirse de ella a fin de multiplicar el alcance de sus escritos multiplicando los lectores.»

Algunos han pasado más allá. El autor de *El libro del periodista*, encima de anotar que «San Pablo pone en su palabra cálida los tonos enérgicos del apologista; pero no se olvida, sobre las cuartillas, de dar a sus epístolas la gracia volandera de la hoja diaria», añade que hay en ellas «una cátedra de periodismo amplio y hermoso». La enunciación de que el Apostol de las gentes se haría periodista parece corta a otros e incompleta, porque no tendría que principiar un oficio que conocía muy bien: ya fué periodista en cuanto era posible entonces y en cuanto lo podía ser quien siempre tan perseguido anduvo.

No escribió, en efecto, sinó cartas, verdaderas hojas de propaganda, a modo de números de una publicación que, aunque no periódicamente, cuando las circunstancias lo reclamaban, aparecía. Un periodista nota en aquellos escritos todas las secciones de un diario moderno: el *artículo de fondo* sobre un punto dogmático o moral; la *polémica* contra los falsos doctores judaizantes; la *actualidad* acerca de las dificultades de los tiempos, como cuando previene a los corintios que se guarden de los sembradores del crimen; el *artículo social*, como en las reglas que da a los efesios en orden a las relaciones entre dueños y esclavos; el *artículo*

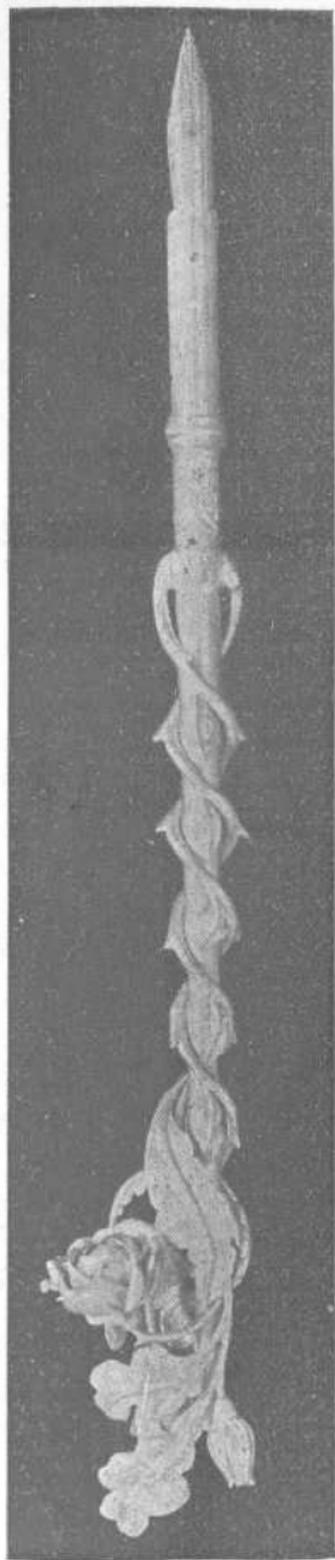
práctico, como al escribir a los de Corinto que estén prontos a contribuir a la colecta para los pobres de Jerúsalen; *hechos varios*, como el anunciar a sus lectores que padeció naufragio, que estuvo en la cárcel y que recibió determinado número de golpes las cinco veces que fué azotado; la *correspondencia*, como al decir: «Colosenses, Epafras os saluda; Aristarco os envía sus respetos»; los *objetos perdidos*, v. gr.: «Timoteo, traedme, cuando vengais, el manto que se me quedó en Troade»; la *lista de colaboradores*: Silvano, Timoteo, Sóstenes. Tenía sus corresponsales, sus informadores y como sus *reporters*, entre ellos mujeres cual la dama griega Cloé y la diaconisa Febe: y hacía la *propaganda* recomendando que sus cartas se diesen a leer a todos los hermanos y fueran anunciadas en la Iglesia, y se las llevase a otras comunidades cristianas después de su lectura en aquélla a la que iban dirigidas.

Sucede con las palabras lo propio que con las monedas: difícilmente circulan mucho tiempo no siendo legítimas. Si la expresión atribuída el egregio Ketteler, al famoso Obispo de Maguncia, no fuese profunda y luminosa, no encerrase grandes enseñanzas y muy útiles consejos, no se habría repetido tanto, haciéndose popular como pocas. El afirmar que el gran Apóstol redivivo ejercería su apostolado también en el campo de la prensa extendiéndolo a la propaganda por el periódico, quiere decir que éste es uno de los instrumentos más aptos

para promover la divina gloria; en lo cual no puede caber duda y hay mayor evidencia conforme transcurre el tiempo. Lo importante no es averiguar qué haría San Pablo, sinó el advertir lo que corresponde hacer a quien desee imitar a aquel dechado de actividad y de celo. Y creemos nosotros que el sacerdote que tenga su espíritu, si tiene todo lo demás que se necesita para trabajar en la prensa periodística, no esconderá bajo el celemín de un tranquilo silencio la luz con que puede iluminar el mundo, ni enterrará en lo profundo de una cómoda rutina los talentos de cuya negociación, para lucro de las almas, le ha de pedir cuenta tan estrecha el gran Padre de Familias.

En resumen; nada impide al sacerdote, por ser tal, el trabajo en el campo del periodismo católico; conviene que algunos, con la licencia y bajo la inspección de los Prelados, a él se dediquen; y aun decirse puede con el Sr. Siurot (1), que «siendo condición necesaria para el periodismo católico el espíritu de sacrificio, y siendo la vida del sacerdote un sacrificio continuado, nadie reúne mejores condiciones que él para desempeñar ese oficio.»

(1) En los Juegos Florales celebrados en Sevilla el 21 de Abril de 1914.



Pluma, regalo de los periodistas católicos



El escritor.

ADEMÁS de los libros referentes a Galicia, y de innumerables opúsculos, y de no pocos folletos, de los cuales catorce son relativos a la prensa, publicó López Pelaez estos otros libros: *El Pontificado*, *El Darwinismo y la ciencia*; *El Derecho español en sus relaciones con la Iglesia*, *La Censura eclesiástica*, *Los daños del libro*, *Estudios canónicos*, *La importancia de la prensa*, *La cruzada de la Buena Prensa*, *Sermones*, *Injusticias del Estado Español*, *El presupuesto del clero*, *Los siete pecados capitales*, *Sádaba y su Cristo*, *El alcoholismo*, *Por la Iglesia española*, y ahora *Los trabajadores en el periodismo católico*. Han sido traducidos al alemán *El presupuesto del clero* y *Daños del libro*, y otros varios al francés, al portugués y al italiano. Los Gobiernos no le han dado ninguna condecoración. En cambio el esfuerzo de su pluma le abrió las puertas de las Reales Academias de la Lengua, de la Historia, de Bellas Artes, de Ciencias Morales y Políticas, de Galicia, de la Arqueológica Tarraconesa, de Buenas Letras, y, en el extranjero del Instituto de Coimbra, de la Arcadia de Roma, de la Sociedad Histórica de Lemaosin, etc.

Los canónigos.

Siendo, como a nadie se oculta, tan grande el poder de la asociación ¿cómo dudar de lo que pueden en la empresa común del periodismo católico las corporaciones eclesiásticas de nuestras catedrales?

Siempre fueron abundantes en hombres de letras y de talento, y mayor razón para ello hay ahora que, además de los cuatro canónigos de oficio, lo son por oposición la mitad de los restantes, quienes elígense previo exámen y en virtud de concurso literario a que se convoca a todos los sacerdotes españoles. Debiendo o por lo menos pudiendo imponerse cargas especiales a las prebendas que de este modo se obtienen, ¿no diría gran ventaja el que hubiese en cada cabildo un canónigo siquiera obligado por juramento a cumplir la particular misión de dirigir el Boletín oficial de la diócesis u otra publicación eclesiástica de ella, que el prelado designare? El sapientísimo Cardenal Fr. Ceferino González fué el primero que a canongías puso esta honorífica no menos que provechosa tarea. Después el inolvidable P. Cá-

mara señaló como obligación aneja a una de Salamanca: «1.ª La de explicar, según la voluntad del Prelado, una cátedra alterna en el Seminario sobre el arte del bien decir y escribir el idioma castellano. 2.ª dirigir, con arreglo a las instrucciones que diere el mismo prelado, una publicación periódica». Además de los ejercicios ordinarios, el edicto convocatorio prescribía a los opositores «escribir en el plazo de dos horas un artículo de fondo sobre el tema que se les señale». Siguiendo sus huellas, a la última canongía de oposición que proveímos en Jaca impusimosle por carga la dirección de un periódico.

Por este medio no sólo habrá canónigos periodistas o que puedan serlo, pero además estimularse en muchos sacerdotes la afición a la prensa y a versarse en los estudios que para bien escribir se requieren, cuando vean que se los señala como ejercicio especial en esta clase de oposiciones. El canónigo, cuyo oficio fuera el de periodista y cuyo examen para conseguir prebenda tuviese por objeto probar y calificar su suficiencia en el arte del periodismo, podría ser maestro que en cada obispado enseñase a otros sacerdotes, y guía que los dirigiese, y capitán que los llevara al combate por Cristo en la prensa.

Mucho pueden trabajar también en este sentido los demás capitulares. Tienen tasadas, limitadas y fijas las horas de sus obligaciones diarias y noventa días cuando menos sin obli-

gación ninguna; mientras que para el clero parroquial no hay vacaciones, ni tiempo determinado de trabajo fuera del cual puedan dedicarse libre y seguramente a la ocupación de componer artículos; pues en todo instante deben estar prontos a oír confesiones, administrar sacramentos, visitar enfermos, recibir a los feligreses, etc., y nadie ignora la utilidad, para cualquier trabajo literario, de entregarse a él sin temor de forzosamente en el momento menos pensado interrumpirle. El escribir requiere leer y los prebendados, aunque de muy poco, disponen por lo general de más dinero que los párrocos para comprar libros; y muchos de estos pueden consultarse en la biblioteca de la catedral. El párroco, como quien ejerce la cura de almas y es jefe espiritual de una determinada porción de la grey católica, debe al escribir tener en ciertas ocasiones y en ciertas materias algunos miramientos y reparos para no perder las simpatías y atraerse los celos de sus feligreses: el canónigo, más independiente, puede con mayor libertad esgrimir la pluma a modo de espada tajadora; y oída la Santa Misa y rezado en el coro el oficio divino que los restantes clérigos rezan en casa; ¡cuánto tiempo libre para emplearlo al servicio de Dios!

Para dos cosas a los Cabildos instituyó la Iglesia: para el culto divino y para auxiliar a los Prelados. Y ¡cuán útil el auxilio que les presten trabajando en la prensa por los Prelados

bendecida! Mucho y bueno han hecho siempre; pero nada mejor que defender a la Iglesia donde más se la combate y manejar contra sus enemigos las armas que ella disputa por más eficaces y poderosas.

En el discurso pronunciado en Granada por el Obispo de Badajoz Sr. Soto Mancera al cerrarse la tercera asamblea regional de las Corporaciones católico-obreras el 20 de Noviembre de 1907, después de advertir que los capitulares, a diferencia de otros tiempos en que muchos tenían jurisdicción, «en la disciplina actual todos son Personados, y su principal, por no decir su única ocupación, es la presencia en el Coro» preguntaba: «¿No parece llegada la hora de modificar el actual modo de ser de los Cabildos?» Y proponía se adoptase «un termino medio, dejando la asistencia diaria del Coro para los achacosos e inutilizados en el ministerio, y los útiles, que se dedicaran a trabajar donde el Prelado les señalase, convirtiendo las Catedrales, de diques con barcos anclados, en arsenales donde se construyeran cruceros o acorazados para la acción social»; no obstante la ley de la residencia, pues «esta ley es dispensable y recurriendo a Su Santidad dispensaría de ella».

Lo cierto es que cada época tiene sus necesidades y en cada tiempo requiere y precisa la Santa Religión especial socorro para hacer frente a ellas y vencer el mal en sus variadas manifestaciones. Organismo que no se adapta

al medio en que vive, muere muy pronto: institución que no correspondiese a los fines para que vino a la historia, pasaría a ella cuando menos se pensase, falta de savia y de arraigo. Y sostiénese y se da pujanza a la Iglesia conservando sus fundaciones, que cuentan con los mismos enemigos. Hoy se concede mucha importancia, más de la debida tal vez, al bien escribir y al ejercicio de periodista: la honra, la estimación, la fama de escritores, que cobrasen los prebendados, redundaría en prestigio de la corporación. Siendo el poder de la prensa tal como nadie ignora ¡cuánto no aumentaría el de los cabildos si a modo de escudo fortísimo la utilizaran para defenderse de los muchos adversarios que los señalan como una de las primeras víctimas de los avances del anticlericalismo! Si ahora no se aprovechase para la buena prensa la ventaja de haber cientos de ilustres sacerdotes regularmente, con relación a los otros, retribuídos y con no muchas ocupaciones, cuando se realicen—ojalá nunca sea—los inícuos planes que a los gobiernos se atribuyen, cuando en una mitad se disminuyan y se supriman luego del todo los que gozan de beneficio en catedral, se echará de ver, y se llorará, ya sin remedio, la fuerza grandísima que dejó de aplicarse a una de las más importantes ruedas en la máquina de nuestra acción social.

Para honor de las corporaciones catedralicias sería bien pudiera darse entrada en ellas a muchos escritores. Así se ofrecería a éstos pre-

mio y estímulo. Y teniendo, como ya advertimos, menos ocupaciones que en otros cargos de la carrera eclesiástica ocuparían más horas en escribir para el periódico.

Los veteranos de la prensa católica, los inválidos del periodismo, los que han encanecido y apresurado su vejez en las tormentosas y pesadas luchas periodísticas, ¿no merecen sentarse a descansar al fin de la jornada en una silla de coro esperando los llame a recibir el premio eterno el Señor, para cuya gloria únicamente emplearon los copiosos talentos de Él recibidos?

Si estuviesen más en uso entre nosotros las canongías honorarias, con ellas podría distinguirse y enaltecerse a los campeones que en estas guerras religiosas de la pluma mayormente se señalaren, cuando el desempeño de otros cargos bien retribuidos los alejare de la catedral. A últimos del año 1912 cuando el vicario parisiense M. Outil, que tantos preciosos artículos ha firmado con el pseudónimo de *Pierre l' Ermite*, terminó en el Congreso diocesano de Bayona una de sus lindísimas *causeries*, el obispo Mgr. Gieure le nombró Canónigo Honorario de su Cabildo, diciendo las siguientes palabras que no honran menos al que las pronunció que a aquel a quien iban dirigidas, y por eso, según refiere la *Semaine religieuse* de aquella diócesis, fueron acogidas con una tempestad de aplausos:

«Quisiera, en mi propio nombre primero, porque tantas veces me habeis deleitado o con-

movido, y luego en nombre de millones de desconocidos lectores, daros las gracias y ofreceros una muestra de nuestra gratitud; sí, en nombre de todos aquellos a quienes habeis hecho bien, y hasta de todos aquellos a quienes a veces punzais con la punta de vuestro estilo—como cumple que lo hagan los periodistas cristianos, no hiriendo sino para corregir y curar—, en nombre, en fin, de todos aquellos a quienes, en la Francia entera, habeis hecho reir o llorar, os nombro canónigo honorario de la catedral de Bayona...

»Más de un Obispo, así lo creo, me envidiará por haber sido yo el primero que ha pensado en otorgaros esta distinción.

»Otra muestra de estimación será para vos, señor canónigo, doblemente preciosa. En el Congreso de Viena, y luego en estos últimos días, pedí permiso a vuestro venerado Cardenal para nombraros canónigo honorario de mi catedral. Su Eminencia me respondió: «De muy buen grado le autorizo para ello; es más, le quedaré agradecido».

De muchas suertes puede ejercitarse la reconocida actividad y ciencia de los prebendados puesta al servicio de la prensa católica. No es sólo en los periódicos de la respectiva diócesis donde ha de brillar. El Sr. Castro Alonso, con frases que íntegramente merecen copiarse, expuso ante el Congreso Católico de Burgos cuánto sus entonces compañeros podían hacer para que fuera una realidad la tan deseada fundación

del muchas veces proyectado rotativo católico:

«Hay en nuestra patria considerable número de Catedrales Metropolitanas y Sufragáneas, en las que se encuentran Prebendados y Canónigos llenos de ciencia, escritores distinguidísimos en todos los ramos cuyas aficiones científicas, literarias, sociológicas, políticas, etc., están comprimidas y casi ahogadas por falta de medios de expansión. Búsquense seis, ocho o más, los que se crea necesarios, escogiendo los más competentes, los más trabajadores, los que sientan más vocación para las distintas secciones que ha de abarcar un periódico bien escrito; procúrese al mismo tiempo que no tengan pasión política determinada, ni se hallen significados en ninguno de los partidos militantes. Una vez escogidos los individuos a propósito, lo cual es hasta fácil a los Prelados, que los conocen y saben sus aptitudes, gustos y fervores, acúdase a la Santa Sede pidiendo dispensa de residencia y que puedan hacer suyos todos los frutos empleándose en esta obra de tan gran servicio de la Iglesia, tan recomendada por la Santa Sede y tan necesaria para la victoria de la Religión sobre la impiedad. Dispensa que no será difícil conseguir, porque si el mismo Pontífice en sus Encíclicas reconoce ser uno de los servicios más meritorios que pueden hacerse en pro de los sagrados derechos de la Iglesia, y el Derecho Canónico marca como una de las causas que excusan de la residencia beneficial el servicio de la Iglesia, no se hará con otor-

garla otra cosa que cumplir lo prescrito en el derecho, y esto no es mucho pedir. Con ellos, dedicados exclusivamente a esto, viviendo en Madrid, fórmese la redacción y la tendremos competentísima, laboriosa, obediente y sumisa a los prelados, que no llevará los prejuicios ni excitará las prevenciones que el político que ha militado en este o en el otro bando, ni que el periodista que escribió en tal o cual periódico y abdicó de sus ideales por un porvenir más halagüeño y más seguro: una redacción que no costará dinero, puesto que todos tienen ya su cóngrua sustentación como Canónigos: una redacción, en fin, que desempeñará su cometido como un apostolado sagrado y una misión sublime y no como mercenaria por ganar el sustento con que alimentar la familia. El caso ni es nuevo ni debe asustar; pues aun se recuerda con admiración y entusiasmo de propios y extraños, aquellos periódicos como el *Católico*, *La Cruz*, *El Pensamiento de la Nación* y *La Esperanza*, en que escribían como redactores el inmortal Balmes, el Cardenal Monescillo, el señor don Juan González y otros insignes sacerdotes, cuyas bien cortadas plumas demostraron que el periodismo no es ajeno al Sacerdote, que sabe aprovecharse de este medio para ejercer su sublime misión de iluminar al mundo.

Pudiera darse el caso de que alguno faltase en nuestra obra regeneradora; pero nada más fácil que retirarle enviándole a su Catedral y sustituyéndole por otro.»

Las revistas son campo muy apropiado para que en él los capitulares trabajen sembrando la buena doctrina y mostrando el fruto de sus profundas labores teológicas. Las no pocas que hoy tenemos, mucho ganarían con su colaboración, que los directores gustosísimos habrían de recibir. Además una gran revista, órgano resonante cual ningún instrumento músico, del clero catedral, sería tan útil como fácil, por los excelentes redactores con que en gran número contaría, y porque, amén de las propias suscripciones, suficientes para sostenerla con vida próspera, a los canónigos y beneficiados no les sería trabajoso proporcionarle otras muchas.

Cuando menos, es innegable que el talento y la actividad de los prebendados de Catedrales y Colegiatas tienen cabida y han de ser aprovechados en multitud de obras de prensa existentes en la respectiva diócesis; como el Boletín eclesiástico, el Almanaque diocesano, la Revista religiosa, las publicaciones parroquiales, las Hojas catequísticas y de propaganda, etc.

Cierto que la Iglesia no instituyó los Cabildos para favorecer por medio de ellos a la prensa católica, quien entonces no existía, pero sí «para conservar y aumentar la disciplina eclesiástica y para ayudar a los obispos con la obra y el consejo» según se expresaba el Concilio Tridentino (1), y esta obra

(1) Ses. 24, cap. 12.

no ha de ser la misma siempre siendo tan variada la condición de los tiempos. Las pruebas de suficiencia, de conocimientos teológicos, exigidas por medio de concurso abierto, para ingresar en el clero catedral la mayor parte de sus individuos en España, indican bien claramente cuánto se han modificado las circunstancias y lo que de ellos se espera. Les es aplicable también lo que muy verdaderamente afirma Ricaldone (2): «El mundo ha cambiado de aspecto política, civil, doméstica y hasta religiosamente. El sacerdote de hoy no puede ser el de cuarenta o cincuenta años atrás».

«La religión que hoy nos hace falta, escribió el Cardenal Gibons, no consiste en cantar bellas antífonas desde el coro de las catedrales, revestidos de ornamentos bordados de oro, mientras están desiertas las naves, las capillas y el fondo, y en lo exterior el mundo muere de inanición espiritual».

Importantísimas, utilísimas son ¿cómo puede haber en ello el menor asomo de duda? las ocupaciones del canónigo en la Catedral; los que así no lo creen, no creen tampoco en la utilidad de las ocupaciones de los curas en las iglesias rurales, si bien, *dividiendo para vencer*, aunque odian a todo el clero, adulan al parroquial, aspirando en vano a convencerle de que van solamente contra lo que ellos llaman *clero alto* y contra los frailes. ¡Cuán triste, empero, y cuán doloroso el contraste que en algunos puntos se

(2) *El clero, la cuestión social y la agricultura.*

observa entre la brillantez del culto catedralicio y la soledad del templo! Clamorosas campanas anuncian como antiguamente las diversas festividades, y una y otra vez llaman a ellas, sin que se atienda a lo que sus toques significan: la inmensa basílica abre de par en par sus anchurosas puertas sin que el pueblo, que la construyó, venga a orar sobre el pavimento que guarda las sepulturas de muchas generaciones: los himnos litúrgicos, que nadie repite ni contesta, al atravesar las naves vacías, parecen cánticos de muerte que llenan de frío el alma: las procesiones claustrales por entre imágenes de santos y estatuas de difuntos hacen pensar que tantas riquezas artísticas en trajes y alhajas, cuando la mano del tiempo acabe de destruirlas, será difícil que la mano del hombre las sustituya.

La catedral fué en otro tiempo el centro de toda la vida popular, el foco de la cultura, el faro del progreso, el hogar de las letras, la academia de los sabios, el alcázar de la libertad, el refugio de los oprimidos, el sostén de la industria, el lazo de unión entre todas las clases sociales, la casa del pueblo. No consintamos que dejen de ser hasta el centro de la vida religiosa. Si el pueblo no vá a ellas, sofistas que oscurecen el origen sagrado y obligatorio, como compensación deficiente y carga de justicia, de las asignaciones eclesiásticas, pretenderán que no se pague un culto a que el pueblo ya no asiste. No hay que esperar, sería en vano, a que vuelva por sí sólo, por espontáneo impulso, a

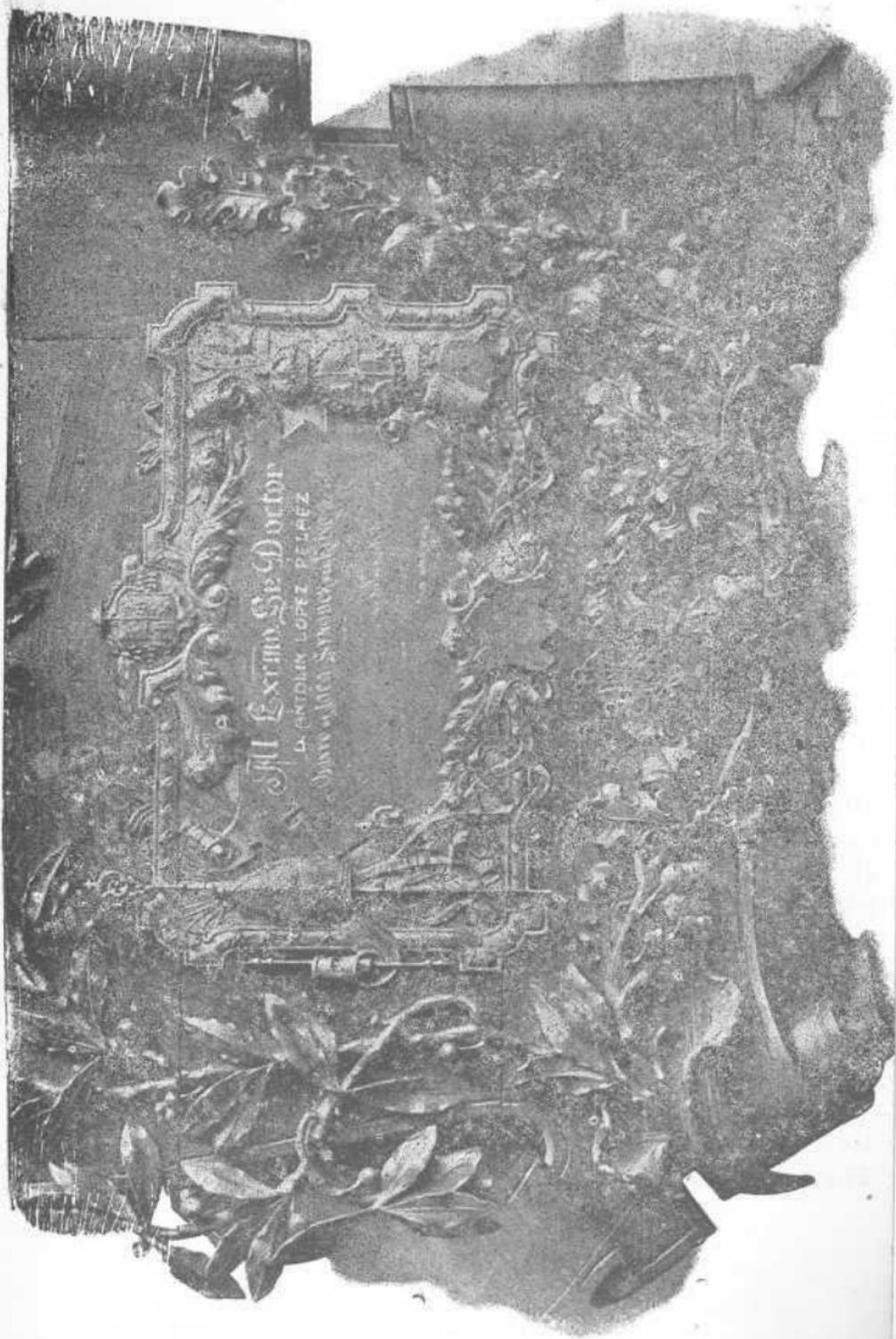
llenar las amplias soledades de los magníficos templos en que antes se apiñaba: se debe ir a buscarle; y para atraerle, para traerle, uno de los atinentes medios es este de la prensa periódica.

De las catedrales partían los cruzados y en sus paredes colgaban como ex-votos los trofeos conquistados por la victoriosa espada que bendijo sobre el altar santo la mano del sacerdote. Sea hoy cada catedral un baluarte en la lucha del periodismo, un centro de reclutamiento en esta cruzada literaria, un foco de luz para la inteligencia y de calor para los corazones de los combatientes cristianos, un arsenal donde con el fuego de la devoción los dedicados a cantar las divinas alabanzas forjen y templen las mejores armas para con ellas vencer el error y rendir a la voluntad suprema las voluntades de los hombres rescatándolos de la pesada servidumbre del demonio y poniendo sobre sus cervices el yugo suave y la carga ligera de la ley de Cristo.

Al Excmo. Sr. Doctor

D. ANTONIO LOPEZ PELAEZ

Don Juan Serrano y Cia



El Senador.

CUANDO por los graves disgustos que le acarreó su violenta oposición al Gobierno conservador, anunció el obispo de Jaca su propósito de retirarse del Senado, numerosos trabajos periodísticos y hasta folletos extensos se escribieron pidiendo que continuase en el Parlamento, y por suscripción nacional se le costeó regalo valiosísimo que por una comisión le fué entregado con gran solemnidad. Es que, sin dejar de defender a la Iglesia con 23 discursos durante las Cortes del Gobierno de Maura, defendió los derechos de los Maestros, los Agentes de Negocios, los Periodistas, los Médicos, los Veterinarios, los Procuradores, los Carteros, los Emigrantes, los Mineros, los Empleados etc. Reelegido en las Cortes de Canalejas y Romanones, casi todos sus discursos versaron sobre asuntos religiosos. Nuevamente, por Cataluña, fué elegido, pues aún no había podido ocupar su vacante por derecho propio, en las Cortes del Sr. Dato, contra cuya política pronunció algunos discursos, aunque, luego de estallar la guerra, le pareció poco patriótico combatir ni pedir nada al Gobierno y no volvió por Madrid. Con su labor parlamentaria tan activa como la de muy pocos, obtuvo mucho de lo que pedía para sus patrocinados, aparte de lo que más importaba, que era predicar la verdad y combatir el error en el santuario de las leyes. Pero en materias clericales si bien le fueron concedidas algunas peticiones, como la rebaja en el descuento de los haberes del clero, la prórroga de la caducidad de créditos a favor de la Iglesia, el indulto en el matrimonio de conciencia de los sarjentos, la provisión de determinadas plazas dentro del tiempo canónico, la conservación del Monasterio de San Juan de la Peña y varias ventajas para los seminaristas en la ley de reclutamiento, otra infinidad de reclamaciones le fueron desechadas.

Los Párrocos.

A ningún encargado de la cura parroquial puede faltarle plaza en el ejército de combatientes para conquistar almas por medio de la prensa. Nada importa que no tengan nada que imprimir.

En obra tan grandiosa y compleja como la del periodismo católico para nadie falta trabajo. El que no sepa colocar materiales, sabrá acarrearlos y ponerlos al pie de los constructores; el que no pueda labrar filigranas en las esbeltas cúpulas, podrá cavar en los hondos y oscuros cimientos. No basta que unos escriban, si otros no se afanan para que se lea lo escrito.

A semejanza de los demás predicadores, esfuércense los Curas en que sus oyentes se persuadan de la conveniencia grandísima de ayudar por todos los medios posibles a los periodistas católicos en su santa y salvadora empresa. Muy oportuna acerca del particular nos parece la indicación del Arzobispo de Buenos Aires en la Pastoral que el año 1896 publicó, tratando de los periódicos.

«Los ungidos del Señor, los venerables pá-

rrocos y sacerdotes que tienen que enseñar constantemente al pueblo, cuando les expliquen el Evangelio que dice: «Semejante es el reino de los cielos a un hombre negociante que busca buenas perlas, y habiendo hallado una de gran precio, se fué, vendió todo lo que tenía y lo compró», deben hacer notar que hay entre nosotros esa valiosa perla; y es el periodismo religioso, a quien deben tributar toda estimación, no dejando por nada de obtenerla para sí y su familia».

En la catequesis misma no debe omitirse el inculcar prudentemente en el ánimo de los niños lo mucho que vale la prensa periódica y las ventajas que trae el servirse de ella para la defensa y fomento de los intereses religiosos; a fin de que se preparen de tal suerte las generaciones venideras para esta gran cruzada de los tiempos modernos. Por eso no puede parecer extraño si en la última edición del catecismo de Cambrai se añade un párrafo sobre la necesidad de los periódicos católicos.

Juntamente con el diario y la revista hemos de difundir el libro y el folleto. De poco valdría que los farmacéuticos preparasen las medicinas si no hubiese enfermeros que las aplicasen. Antójasenos que bien pueden aplicarse respecto del clero de España aquellas quejas de Mgr. Lelong, el ilustre obispo de Nevers, en un libro famoso (1): «Por desgracia, sucede con harta frecuencia que desdeñamos emplear las armas

(1) *Le bon Pasteur.*

poderosas que están a nuestra disposición. La propaganda de la buena prensa no recibe estima bastante entre nosotros. No sabemos aprovechar, sin embargo las facilidades excepcionales que se nos ofrecen, la multitud de excelentes trataditos compuestos en estos tiempos últimos sobre cuestiones religiosas y sociales y la baratura relativa que nos permite adquirirlos. Más prevenidos y diligentes los adversarios, siembran a manos llenas sus producciones antirreligiosas e inmorales. ¿Por qué no sentir una santa emulación, y repartir también profusamente folletos y libros edificantes y moralizadores?»

El fenómeno de que, venciendo en toda nuestra prensa a la contraria y teniendo sus mismas ideas la mayor parte del público, sea, sin embargo, mucho menos leída, explícate suficientemente por falta de intermediarios. La fuerza no obra sobre la resistencia, falta el engranaje entre las diversas partes de la maquinaria, el periódico católico y el pueblo católico no se ponen en contacto. En tiempos tan distintos, seguimos, aceptándola por buena, aquélla máxima de los anteriores: «El buen paño en el arca se vende»; y como si bastara disponer de perfeccionados fusiles no habiendo quien los disparase, creemos tener lo suficiente con tener muchos y excelentes periódicos... aunque nadie los lea.

Se cuida esmeradamente la redacción y se deja poco menos que abandonada la adminis-

tración de nuestros diarios, limitándola casi al cobro de las suscripciones que espontáneamente acuden a la caja. De ese modo caen en el vacío todos los esfuerzos de los redactores y toda la generosidad de los Mecenas. «La buena táctica, escribe Bouchage en su precioso libro *L' Apostolat paroissial*, estudia el plan de batalla del enemigo».

En esto, como en otras muchas cosas, réstanos no poco que aprender de los adversarios.

Todo gran diario había de tener comisionistas, corredores, viajantes, personas encargadas de visitar los pueblos anunciando la publicación y colocando suscripciones. Claro que de ese número no podrán formar parte los Curas; pero pueden y deben ayudarles cooperando eficazmente a que realicen con perfección su cometido.

Entre los conferenciantes de la prensa con que la católica de nuestro país, a imitación de la extranjera, debería contar, para que en ningún punto de importancia dejara de oírse, tanto como se precisase, de labios doctos y elocuentes, lo que vale y cómo puede favorecerse el buen periódico, muy útil fuera que no faltasen sacerdotes. Su presencia en la tribuna dará seguridad de que nada desde ella menos conveniente habrá de decirse; y el prestigio de su clase, unido al apoyo de los compañeros de la misma, aumentaría el concurso y el resultado.

Los grandes rotativos apenas hay pueblo donde no tengan un representante encargado de

buscar y cobrar suscripciones y de recoger noticias. Esta práctica debería ser la nuestra.

Recordamos haber leído que en la iglesia de Bolrek, en la Alta Silesia, se puso un cartel de a metro anunciando los periódicos «cuya suscripción se recibe a toda hora en la sacristía». No decimos que este ejemplo se imite ni que el cura se convierta en cobrador para los diarios, pero sí que debe informar a éstos acerca de las personas que mejor desempeñarán el cargo de corresponsales administrativos, y ayudar a sus empresas, a sus empresas que son empresas santas y no de negocios, en cuanto sea compatible con las ocupaciones y el decoro del sagrado ministerio.

Los gastos de las administraciones periódicas por la distribución de los números son enormes, más de lo que pueda creerse. Hace pocos años, en vista del balance del *Petit Journal*, cuya tirada de ejemplares, incluyendo las publicaciones periódicas anejas, ascendía a 450 millones por año, con un producto, a razón de cinco céntimos diarios, de veintidós millones quinientos mil francos, no contándose como ingreso más que doce millones, de los cuales había que descontar ocho para gastos, inferíase que los intermediarios se quedaban con diez. Sea lo que fuere, si cada párroco, ya que no lo hiciera él mismo, buscarse una persona honrada, experta y activa que gratuitamente por amor de Dios se encargase de coger en la estación los paquetes, de elegir quiénes por el menor

premio posible vocearan los periódicos, los llevasen a los lugares fijos de venta y los repartiesen a domicilio, y de recoger y mandar el dinero cobrado, saben las Administraciones qué cantidad tan grande ahorrarían y de cuántas filtraciones y desfalcos habrían de librarse.

Apócrifo, bajo ciertos respectos, es por múltiples causas el cura para corresponsal literario de nuestros grandes periódicos. En muchos pueblos, fuera de él y del maestro, apenas hay a quien poder confiar este cargo. Sus ocupaciones, por muy celoso que fuere, déjanle por lo común vagar bastante para el desempeño del mismo. Nadie más interesado en servir a la prensa católica y nadie, por eso, con mayor desinterés habrá de favorecerla. En lo tocante a las ceremonias del culto, a las funciones religiosas, al ejercicio de la vida cristiana, al desarrollo de las instituciones sociales, ¿quién con más facilidad, exactitud y entusiasmo podría enviar correspondencias?

F. Counil, en *La presse au Village* (1) pone como obstáculo para que el Cura sea corresponsal el que, al escribir acerca de las reuniones de sus *obras* y de los actos de piedad, «estará tentado de creer que toda la actualidad local está allí y fácilmente llegará a ser prolijo, olvidando el conocido precepto de Boileau: *Qui ne sut se borner...*» (2). Este pequeño inconveniente

(1) *Le Curé correspondant.*

(2) «El que no supo limitarse, jamás supo escribir».

niente con facilidad es remediable habiendo un poco de discreción y no faltando la humildad para permitir que en la redacción tachen o modifiquen las cuartillas como se tenga por demás provecho para el periódico.

Tampoco creemos de gran fuste el óbice, por el mismo escritor presentado, de que hay muchas cosas en la localidad que el sacerdote no sabe ni puede cómodamente conocer, pues sucede, cada vez con más frecuencia, que al llegar a una reunión, por pequeña que sea, «la conversación interesante se interrumpe y no se le contesta sino con vulgaridades y lugares comunes». Las noticias importantes que directamente no pueda adquirir, sin trabajo las llegará a averiguar valiéndose de vecinos de su confianza.

Mayor gravedad ofrecen otros riesgos, como el de que las faltas que cometa, los tropezones que dé en el arriesgado y escabroso camino de la corresponsalía, se quiera hacer que recaigan sobre toda la clase, y la misma somera reacción de sucesos sencillos, hecha con la prudencia posible, produzca discusiones, que le hagan sospechoso de parcialidad y le atraigan la enemiga de alguno de los partidos, en que todos los vecindarios, aun los más pequeños, se dividen, inutilizándole para sacar fruto de sus trabajos pastorales.

Toda discreción no será sobrada y a veces no bastará ninguna, mayormente en los pueblos pequeños, donde tanta importancia se concede

a lo dicho por la prensa, y tan enconadas se hallan las pasiones políticas, y cualquier lucha por las ideas degenera en contienda personal, y la malicia de muchos tuerce e interpreta a mala parte lo dictado con la mayor justicia y con la más recta intención. De ahí la ventaja de firmar con pseudónimos y de hacer lo posible para que nadie sepa quién es el corresponsal.

Habiendo, como debe haber, en todos los obispados un centro diocesano de prensa, a él será conveniente dirigir las crónicas y correspondencias y demás escritos. La Junta de profesionales, nombrada por el Prelado, conocerá mejor qué periódicos son los más merecedores de ser protegidos, y arreglará, dándoles la forma más conveniente, los trabajos que los Curas envíen; con lo cual quedarán también éstos más libres de responsabilidades.

Lo mejor será, sin embargo, que las informaciones las hagan seculares, allí donde sea factible. La cooperación del Cura, por lo que a esto se refiere, consista en traer a la prensa católica corresponsales idóneos, en excitar su celo, en dirigir e inspeccionar su obra, en facilitarles todo lo posible la tarea.

Si lo toman con empeño, a muy poca costa, aún sin dispendio ninguno para las Administraciones, podrían los párrocos hacer que nuestra prensa tuviese mayor número de noticias, y más exactas y más adelantadas que la anticlerical; y sabido es que la buena información es casi el todo de los periódicos a la moderna.

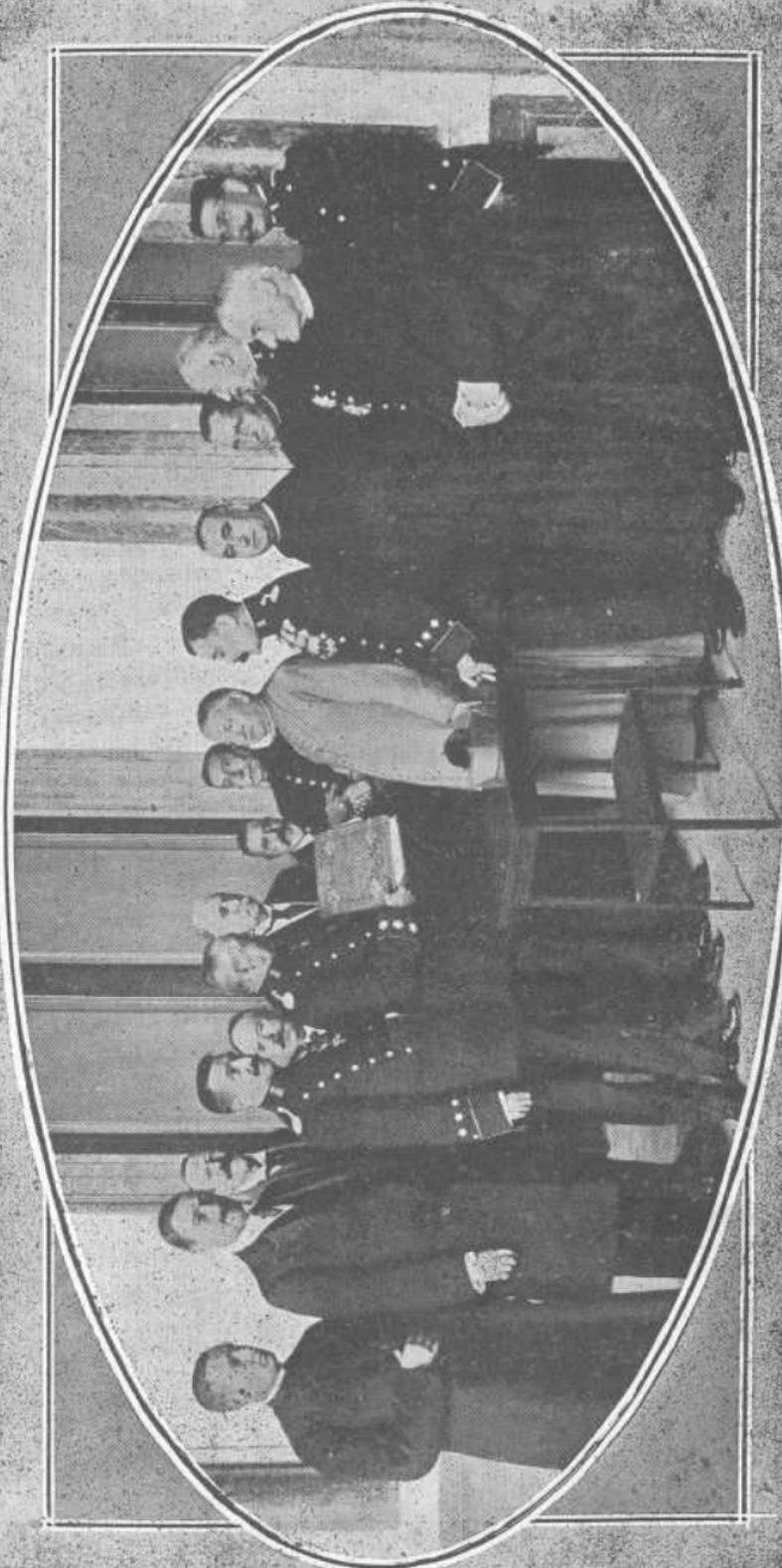
Aunque sin excepción ninguna los encargados de la cura de almas tuviesen el talento especial que se requiere para colaborar con artículos en los diarios, pocos dispondrían del vagar suficiente y de la tranquilidad precisa y de instrumentos oportunos, de libros y publicaciones periódicas, para su trabajo. Pero, más o menos, está al alcance de todos la colaboración de que venimos hablando, en cuyos detalles de practica no habremos de entrar, porque dependen de circunstancias muy diversas, y la prudencia y el celo indicarán lo oportuno en cada caso. Lo importante es que en ésta, como en cualquiera de las obras sociales con las que se busque antes que nada el reino de Dios, el párroco ponga la acción posible y tenga la intervención conveniente.

El P. Vilariño, en su precioso folleto *El Apostolado de la Buena Prensa*, califica de «grave necesidad» el que ambos cleros trabajen por el buen periódico; pide a los lectores de *El Mensajero* que encomienden a Dios el que cada día se dediquen en mayor número y con más fervor los sacerdotes más celosos y los religiosos más diestros y valientes a la lucha y apostolado del periodismo; y aprueba como verdad irrefragable lo que decía Clavarana, el gran periodista católico:

«Es preciso que los seculares veamos al frente de este Apostolado de la Prensa caminar denodados a los sacerdotes y religiosos; porque nuestra levita tiene poca fuerza si no va prece-

dida o al menos acompañada y defendida de una sotana».

Esto, concluimos nosotros, aparece con mayor claridad tratándose de obras parroquiales de prensa. Prescindir, respecto de ellas, de la influencia y del concurso del párroco, es condenarlas a la esterilidad o reducirlas a la inacción.



Entrega del album con las firmas de la Guardia civil

L. Pelàez y la milicia.

CON motivo de la elevación del antiguo alumno del Colegio militar de Valdemoro al arzobispado, la Guardia civil por medio de numerosa comisión le entregó un album, que costó cinco mil pesetas, con las firmas de todos los jefes y oficiales. Todos los institutos del ejército le aprecian extremadamente. El en el Parlamento y en la Prensa ha hecho alarde de sus conocimientos militares; y no pocos de los proyectos que presentó favorables al Ejército, los ha visto convertirse en leyes. Durante el tiempo que se discutió la ley del servicio militar obligatorio, apenas hubo sesión en que el obispo de Jaca no discutiese con los Generales de la Comisión y con el Ministro de la Guerra.

XII.

Los seminaristas.

Incurría en evidente exageración el Barón de Mandat Grancey (1) al decir que el clero de los Seminarios se halla en aislamiento moral que le dificulta su ministerio del porvenir y que «lejos de prohibírsele la lectura de revistas y periódicos, se habría de procurar que estuviese enterado de todas las corrientes y movimientos de opinión que se producen en los espíritus».

No puede ponerse en duda que el leer de toda clase de publicaciones periódicas, aun de las que no están incluídas en el Índice, no es recomendable en absoluto a todos los jóvenes.

Mas claramente se ve esta verdad tratándose de Seminaristas. Querer tenerlos en contacto con el mundo, entregados a sus influencias malignas, sujetos a sus tentaciones peligrosas, sería ir contra la institución misma de los Seminarios, cuyo fin era un aislamiento prudente, propio para cimentarse en la virtud y adelantar en el estudio. El ejemplo laudable de

(1) *Le clergé français et le Concordat.*

los Colegios e Institutos católicos no es concluyente ni prueba nada. Imposible desconocer la exactitud de esta observación de León XIII (1): «Toda tendencia encaminada a mezclar y a confundir la educación y la vida eclesiástica con la educación y la vida seglar está reprobada no sólo por la tradición de los siglos cristianos, sino que por la misma doctrina apostólica y por los mandamientos de Jesucristo.»

Teniendo en cuenta prudentísimamente Pío X (2) la brevedad de la vida humana, la extensión cada día creciente de los conocimientos indispensables al hombre, la conveniencia de no saber, según las frases del Apóstol, más de lo que sea oportuno, y la amplitud vastísima del campo de los estudios eclesiásticos, prohibió en absoluto a los seminaristas la lectura de todo periódico y revista, *quantumvis optimo*, dando por fin de esta disposición «ne juvenes aliis quaestionibus consecrandis tempus terant et a studio praecipuo distrahantur».

Pero el mismo Padre Santo, contestando, por conducto del Cardenal Secretario de la Congregación Consistorial (3), a los obispos de Hungría, declaró que las publicaciones periódicas, aun excelentes, a que afectaba su prohibición, eran «las que tratan de los aconteci-

(1) Encíclica a los Obispos italianos sobre la educación del clero.

(2) *Motu proprio Sacrorum Antistitum*, 1.º de Septiembre de 1910.

(3) 20 de Octubre de 1910.

mientos cotidianos de la política y de las cuestiones sociales y científicas agitadas de continuo y aún no resueltas».

Las razones de esta prohibición las expuso de manera irrefragable el mismo Sumo Pontífice, respondiendo a la consulta de los Prelados de Bohemia (1), y pueden reducirse a las siguientes: la necesidad de que por algún tiempo los que se educan para clérigos abandonen la ciencia del mundo, del cual se han apartado, para que se empapen en el espíritu de Dios; el haber de dedicarse a estudios serios de las ciencias, lo cual se impide con la lectura de los periódicos por la pérdida del tiempo, por la distracción de la mente, y por la afición que inspira a los conocimientos frívolos y fáciles; lo imperfecto, por muchas causas, de la erudición que se adquiere en los periódicos, lo que no pertenece a la ciencia sólida, apta para conducir a Dios y vuelve frecuentemente superficiales a los hombres; las noticias mundanas, «pues aun aquellos diarios que llevan el título de católicos no pueden despojarse de su naturaleza y condición», propias para apartar de la piedad el corazón juvenil naturalmente más inclinado al ocio y al placer que al trabajo; y las cuestiones políticas que engendran la exaltación del ánimo y el amor a los partidos, y han de estar alejadas de los futuros ministros de un Dios de paz, «los cuales deben ser enviados a un pueblo donde no reina la misma opi-

(1) 1912.

nión, dividido unas veces en partidos y aún otras de diversa lengua, con quienes están sin embargo obligados a ser igualmente padres, amigos y maestros».

La *Revista Eclesiástica* (1), fundándose en que el texto pontificio sólo habla de la obligación en conciencia que a los superiores incumbe de vigilar para que no anden en manos de los alumnos tales publicaciones, deduce que «en este concepto los externos gozan de más amplia libertad aunque siempre permanecen bajo la disciplina general del Seminario». Menos discutible se nos figura esta otra su conclusión, si se mira al fin que el legislador se propuso, y con tal que no se prevea algún particular inconveniente: «Fuera del Seminario y en tiempo de vacaciones no parece haya nada que coarte la libertad de los Seminaristas; pues, según se colige de sus términos, la prohibición se refiere solamente al tiempo de la estancia en el Seminario y de la duración del curso».

Las publicaciones mismas prohibidas por el Papa a los Seminaristas no lo están de tal modo, según por encargo de él explicó el Cardenal de Lai, que los Superiores Profesores no puedan dar a leer en su presencia aquellos artículos «que crean útiles u oportunos para la instrucción de los estudiantes».

Hay otras que, por mandato del Sumo Pontífice, el mencionado Cardenal declara permitidas con las siguientes frases:

(1) Volumen 30, n. 8.

«Las revistas que no contienen controversias, sino que relatan las informaciones religiosas, las instrucciones y decretos de la Santa Sede, los actos y disposiciones de los Obispos, y hasta los periódicos que solo contienen lecturas útiles para nutrir la fe y la piedad, estas publicaciones pueden, con la aprobación de los Superiores de Seminarios, ser permitidas a los alumnos en los tiempos que quedan libres, después del estudio y de los otros ejercicios de reglamento».

Por consiguiente, en general hablando, se veda a los seminaristas los periódicos políticos y les están tolerados los religiosos. Nada se expresa de los científicos que tratan materias de interés para los eclesiásticos. No hay, sin embargo, duda, que pueden y les convendrá leerlos si son de criterio ortodoxo y sólida doctrina, con tal que ello se haga en los últimos años de la carrera y sin que se deje de estudiar suficientemente los textos de la misma; pues hasta en los diarios no consentidos a los seminaristas se les deja leer aquellos artículos que para su instrucción se juzguen provechosos. Por sólo los libros de texto no es posible enterarse detalladamente de todos los argumentos que cada día discurren contra la religión sus enemigos. Las revistas eclesiásticas nos ponen al corriente de los progresos de las ciencias y de las cuestiones que en ellas se agitan, interesantes para la polémica religiosa. Como muy bien lo notaba *La Ciencia Tomista*. «El fin de la

ley es que los estudiantes no pierdan el tiempo en balde ni se aparten de los estudios principales en nuestra carrera. Esa clase de revistas, no sólo no apartan de nuestros estudios, sino que aficionan más a ellos, ni es posible hoy día estar al corriente en ninguna profesión sin leer alguna revista profesional. Si los estudiantes no demuestran ya durante la carrera afición a enterarse de lo concerniente a ella, lo que harán es adocenarse y perder esa afición y la posibilidad de tenerla para toda la vida».

Si mucho cuidado hay que emplear y de gran cautela debe usarse por lo que respecta a poner periódicos en manos de seminaristas, con mayor detenimiento y más escrupulosamente se precisa mirar la conveniencia, en algún caso raro, de dejarles escribir en ellos. Lo que sobre este particular se halla preceptuado para los sacerdotes, con mayor fuerza de razón es aplicable a los levitas.

Pero el que haya en los Seminarios periódicos escritos por los alumnos para los alumnos, lo juzgamos tan fácil como útil. Cuándo, dónde y en qué forma, pertenece a los Superiores respectivos el determinarlo. El autor de estos renglones pensó con otros compañeros de estudios publicar, cursando Teología, una revista en el Seminario; y le dolió al pronto que se le negase el competente permiso; pero luego hubo de comprender que la negativa era harto razonable. En la piadosísima revista *El Pilar*, el discreto y bien intencionado escritor que se firma *Alá-*

Ven-Uzel, para apoyar su tesis de que nuestra prensa no puede competir con la enemiga por falta, más que de armas, de su buen manejo, pues colaboran preferentemente sacerdotes cuyos artículos «nadie ha podido terminar de leer», hacía la siguiente observación: «hay que confesarlo: hasta hoy en los Seminarios, no solamente no se ha enseñado la práctica periódica, sino que se ha procurado inspirar, o por lo menos se ha inspirado sin procurarla, cierta aversión a la prensa.

El seminarista ha estado aislado completamente del periódico.

Hasta hace unos años no entraban en algunos Seminarios, ni aún las revistas que pueden leerse en la hora de recreo.

El que estas líneas escribe ha intentado fundar una revista de estudiantes donde los seminaristas tuvieran un pequeño campo experimental periodístico, y en las dos veces que lo ha propuesto prácticamente, fundándola, se han encontrado los alumnos con la prohibición de leerla y de colaborar en ella.

¿Cómo, al llegar al sacerdocio, se ha de encontrar el seminarista hecho un mediano periodista?»

Antes de ahora la acción del sacerdote en la prensa no era tan necesaria, ni lo era, por consiguiente, la preparación periodística de los candidatos al sacerdocio. Desde hace muy poco las cosas han variado mucho. Aumentaron en número y en tamaño nuestros órganos de pu-

blicidad, y la lucha por Cristo en el periódico exige el concurso desinteresado e inteligente de más campeones para resistir a la avalancha de escritos con que pretenden inundar la ciudad cristiana nuestros adversarios. Existen en la actualidad, y con la ayuda del Señor crecerán de día en día, múltiples obras diocesanas de prensa; el catolicismo cuenta con numerosos periódicos locales en España; y los *Boletines de las Parroquias* se multiplican prodigiosamente. Puédesse decir a nuestros seminaristas lo que a los franceses decía Piché (1): «Estais amenazados de llegar a ser escritores y periodistas. Armaos para las luchas venideras. Preparad las plumas».

Esta preparación no ha de ser teórica solamente. Ni basta la práctica de escribir. Hay que enviar a las prensas cuartillas; y a más de revisar detenidamente y tachar sin compasión cuanto necesario fuere en lo manuscrito, corregir con nimio cuidado en las galeradas las pruebas de imprenta. David con todas sus fuerzas, su destreza y su valor, no pudo servirse de las armas de Saúl, porque, ya lo decía él, no tenía costumbre, *non habeo usum*. Los soldados no se contentan con aprender lecciones de táctica, de estrategia, de esgrima; se disponen para la guerra con ejercicios, simulacros y maniobras en que se despliega todo el aparato bélico y se ejercen todas las artes de la milicia. Los alumnos que hayan de escribir en periódicos

(1) *Conférences sur les oeuvres sociales.*

cos—después de que *sean sacerdotes*,—conviene que tengan periódicos donde puedan escribir siendo todavía alumnos. Al presentarse en la palestra periodística la publicación del noviciado que los Dominicos tienen en Andalucía, notaba muy juiciosamente el P. Gerard: «Hacen falta buenos predicadores, pero quizá hacen más falta buenos escritores. Y a escribir se aprende, escribiendo; como a pintar, pintando. He ahí la razón suprema de nuestra Revista».

Los Boletines de los Seminarios tienen la grandísima ventaja, nota el abate Vallier (1), «de enseñar a los alumnos a manejar la pluma, que representa en nuestro tiempo el poder soberano». Pero no es esa la única. Sirven de que se conozcan las aptitudes de los estudiantes, facilitando a los Superiores el escoger oportunamente para redacción de las publicaciones diocesanas a los más idóneos. Además, despiertan aficiones literarias y suscitan vocaciones de apostolado social que de otra suerte quizá quedarían dormidas e ignoradas. En la *Vida del abate Buathier* refiere Laplace que aquel autor de la preciosísima obra acerca del Sacrificio, siendo seminarista, envió a un periódico local un estudio que, por ser muy aplaudido, le animó a continuar escribiendo, al advertir de cuánto provecho espiritual para los prójimos podían ser sus trabajos en la prensa.

Ciertamente que en su ordenación no se en-

(1) *Prêtres de France*.

carga al Sacerdote que escriba, sino que predique; pero ayuda en gran manera a predicar bien el escribir bien. Al seminarista no le basta aprender mucho; exígesele que sepa decir lo que aprendió. Ministerio de palabra es el que se le reserva; y si se acostumbra a expresar con perfección sus pensamientos ante las cuartillas, tendrá adelantado no poco para expresarse con exactitud y elegancia ante los feligreses. Habitado a exponer con orden, método, claridad y precisión sus conceptos en la prensa, le será más fácil evitar incorrecciones cuando tenga que improvisar en el púlpito.

Trabajando para el periódico acerca de lo que se cursa en la clase, se llegará a comprender mejor lo que se oye de labios del catedrático o enseñan los autores. Con solo la lectura de éstos, se corre el riesgo de no cultivar sino la memoria, alcanzando una ciencia libresca y formulista, verdaderamente de repetición, como la que podría adquirir una cotorra y que, prendida con alfileres, se perderá muy pronto sin dejar rastro ni producir fruto. Cuando se escribe como periodista, aunque sea valiéndose de libros, hasta limitándose a dar forma a las ideas ajenas, hay que discurrir, se precisa pensar algo, por cuenta propia; y constituye esto una gimnasia intelectual de primer orden, un ejercicio donde se desarrollan y se aguzan y fortalecen todas las facultades del alma. De este modo se profundizan y esclarecen los estudios hechos, se cobra más gusto a las letras, y se des-

cubren en la ciencia horizontes con que antes no se había soñado.

Objeto potísimo de la permanencia en los Seminarios es cimentarse y adelantar en la práctica de la virtud; también a su consecución coadyuva el tener en ellos redacciones de Revistas. Porque no sólo de asuntos científicos y literarios sus artículos han de tratar: ancho campo les ofrecen, de mayor utilidad aún, las materias piadosas. Los más fervorosos entre los alumnos, los de mayor y mejor aprovechada experiencia, pueden edificar a los otros con exhortaciones, consejos, advertencias e industrias para cumplir con toda exactitud los muy variados deberes que su altísima vocación les impone.

Cada día se presenta erizado de más dificultades el ministerio parroquial. Hay que discutir sin intermisión el medio de obviarlas y de hacer frente con éxito a los enemigos de la fé y de las sanas costumbres. Nuevos arbitrios a toda hora debe buscar el celo para que resulte fructuoso el apostolado. La publicación a que nos referimos podría equivaler a una cátedra de Teología Pastoral, donde se propusiesen los muchos y muy diversos modos de que obtengan su fin los sacrificios en pro de las almas.

Así, con esta ocupación de escribir, se alejaría el fastidio que produce el no variar de ocupaciones. Evitaríase el ocio dedicando los recreos a un trabajo tan útil como agradable; se estrecharían más los lazos de compañerismo

entre los alumnos; y daríaseles provechoso y atractivo quehacer para el tiempo de vacaciones. Hoy que, suprimida la redención a metálico por la ley del servicio militar, universal y obligatorio, tantos seminaristas irán al ejército, el periódico del Seminario será un medio de conservar el espíritu y de mantener las relaciones entre los aspirantes al sacerdocio.

Como estas publicaciones ni saldrán con mucha frecuencia ni su tamaño ha de ser grande, sin excesiva dificultad pueden llenar provechosamente sus columnas los estudiantes de cualquier Seminario. Así lo comprende el Prefecto de Disciplina del de Alcalá, Sr. Valls Tarragó, al decir (1): «Se les puede conceder algunos ratos libres de estudio, para que cada cual, según sus aficiones, se ejercite en escribir trabajos cortos y sencillos, a manera de artículos. Con éstos y con los trabajos escolares mejor hechos en cada curso, y con las cartas y relaciones de los antiguos seminaristas que ya trabajan en sus ministerios por la gloria de Dios, se puede sostener una pequeña revista que, a la par que sirva de ensayo y de estímulo a los seminaristas y a los Sacerdotes que ya han terminado la carrera, estreche entre unos y otros el lazo de unión que los tenga siempre hermanados y en constante comunicación».

Ningún inconveniente habrá, si, a fin de que no los haya, vigilan cuidadosamente los Direc-

(1) «Manual de Pedagogía eclesiástica».

tores de los Seminarios, eligiendo para escribir en la publicación periódica a los alumnos más adelantados en la carrera y de más talento, señalándoles las materias sobre que han de versar sus trabajos, y no permitiéndoles dedicar a éstos el tiempo que necesiten para las asignaturas del curso.

Posible será que la vanidad se despierte en algún joven al *verse impreso*, al ver en letras de molde su apellido. Pero este defecto, que con tantas obras del ministerio sacerdotal es susceptible de alimentarse, no va unido inseparablemente al ejercicio de la pluma. Por temor de que se incurra en él, no se ha de vedar a nuestros escolares lo que les es de tanto provecho, y de tanto honor al Seminario, y tanto puede servir a la gloria de Dios.

A fin de que los seminaristas redacten bien sus periódicos, se les ha de preparar convenientemente no solo con la teoría del bien hablar y conocimiento de los clásicos, pero también con repetidos y razonados ejercicios de escritura.

Solo, efectivamente, escribiendo es como se aprende a escribir; y se precisa haber escrito mucho para llegar a escribir un poco regular. De ahí la conveniencia de los ejercicios prácticos en el habla en que hablamos, no contentándonos con saber la gramática sin saber la lengua, para cuyo aprendizaje únicamente se escribió la gramática; no satisfaciéndonos con meter en la memoria las reglas del arte de

discurrir, para luego discurrir peor que los que ni sospechan que en comentarlas se emplean volúmenes; o con recitar de coro los endiablados nombres de las infinitas figuras retóricas, para que luego, acostumbrados a las clasificaciones minuciosas y a las subdivisiones inacabables, al mostrar sobre las cuartillas nuestras ideas no mostremos sino un *esqueleto* de que las gentes, sin duda por no tener bien educado el gusto, apartan los ojos con risa o con lástima.

Pero estas prácticas de literatura, que llevando por guía la prudente imitación, la crítica y el buen gusto, ya están en uso en todas partes, con ser muy útiles al periodista pudieran serlo más teniendo por particular objeto la redacción de artículos para la prensa periódica, que exige una especial literatura. Por eso más de una vez hemos manifestado nuestra humilde opinión acerca de las conveniencias de fundar, cuando fuese posible, cátedras de periodismo en algunos centros de enseñanza eclesiástica e imprentas en los Seminarios.

La prensa periódica es el arma del enemigo, y al enemigo tan solo con armas iguales o parecidas se le vence. Por lo común la victoria se pone al lado del ejército más aguerrido, y por eso con tanto cuidado hay que instruir y ejercitar hoy a los combatientes de mañana, no sea que al encontrarse frente a frente con el Goliath del periodismo masónico, y querer requerir las armas, tengan que arrumbarlas por no conocer su manejo.

Es altamente consolador el entusiasmo que en estos años últimos se ha despertado en los Seminarios para favorecer la prensa periódica, y todo permite presagiar que de entre los actuales celosos propagandistas saldrán egregios escritores, periodistas habilísimos. Se inició, ayer casi, en el Seminario de Sevilla esta obra de utilísima propaganda, la obra de trabajar los seminaristas durante las vacaciones en disminuir la suscripción a los periódicos anticlericales y aumentar la de los católicos; su órgano es la revista escolar *Ora et labora*; y el resultado fué llevar a la prensa honrada y decente miles de nuevos suscritores. Más de setenta Seminarios y Colegios eclesiásticos se han adherido a la idea de trabajar por el fomento de nuestra prensa en la forma indicada por la Sección de Propaganda del Seminario sevillano; y al acabarse el curso, millares de aspirantes al sacerdocio principian a ejercer el sacerdocio de la prensa en el modo que ahora les es posible.

Aún es tiempo. Este es el instante de concertarse las voluntades, y reunirse las fuerzas dispersas, y lanzarse en disciplinada legión, con el nombre de Dios en los labios y el amor a su Iglesia en el alma, a la conquista de la prensa, para con ella reconquistar la opinión, y apoderándonos de la opinión apoderarnos de las urnas electorales, de donde salen las mayorías parlamentarias que hacen y deshacen leyes, y encumbran y derrotan Gobiernos. Dentro de

poco quizá sea ya tarde, y no quepa más que llorar sobre las ruinas de lo que tanto amamos y tan cobardemente defendemos.

Vean los seminaristas cómo periódicos innumerables tratan diariamente a nuestra adorada religión, a nuestra madre santísima la Iglesia; y seguros estamos de que en sus pechos generosos, en sus corazones entusiastas, sentirán arder el fuego de la indignación y cual buenos hijos tomarán las armas de la prensa para repeler y destruir la prensa del sofisma y de la calumnia. Como hace años decía uno de ellos, el Sr. Polo Benito, hoy propagandista y escritor insigne, en la *Revista Ibero-Americana de ciencias eclesiásticas*:

Hoy que es la Iglesia afrentada,
y la impiedad protegida;
y la Religión sagrada
es del mundo despreciada
y con saña perseguida.

Hoy que en la ruda batalla
redobra el error su empuje,
¿por qué el cristiano se calla,
y la indignación no estalla,
mientras el abismo ruge?

.....
.....

No más callar, trabajemos
con ardorosa vehemencia;
y con esfuerzos supremos
la impiedad arrollaremos
oponiendo ciencia a ciencia.

De esta manera, cuando se haya conseguido tener muchos y grandes periódicos, tendrán los seminaristas y sacerdotes donde mostrar sus talentos y sus estudios. El ser tan escasos los órganos de nuestra prensa periódica y ser tan escasa la asignación del clero es la razón de que este escriba tan poco y sea tan pequeño el número de libros en cuya portada se lee el nombre de clérigos españoles. Ese y no otros es el principal motivo de que sea tan reducida la bibliografía eclesiástica.

¡Literatura! ¡Más literatura en los Seminarios!, vienen pidiendo estos años varias revistas y periódicos. No; la preparación literaria en los Seminarios españoles es suficiente. Claro que para formar en los centros eclesiásticos nuestros futuros periodistas, asunto sobre el que escribimos en otra ocasión, se precisa muy particularmente la literatura, la cual es imprescindible a todo sacerdote; pues, como decíamos en *España y América* bajo el epígrafe: «Las humanidades y la filosofía en los Seminarios» lo que se aprende, se aprende para comunicarlo a los demás; hay que saber para sí y saber para los otros; es preciso derramar, como la fuente después que se llena, abundantemente el agua de la sabiduría, y no retenerla como esos pozos profundos, muy profundos, tan profundos que se les pierde de vista el fondo.

Pero desde mucho tiempo, o mejor dicho siempre, se ha procurado acomodar a las exi-

gencias de las circunstancias la instrucción del clero, teniendo en cuenta las razones que muy elocuentemente, en la revista *La Sociedad*, expuso Balmes, a fin de que no se dé el caso de un joven que sale del Seminario y se encuentra con un mundo que ni le comprende ni es comprendido por él; con unos sabios que hablan otra lengua y que nada entienden del idioma de los sabios de otras épocas, único que conoce el recién venido; si ataca a algún adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizá profundamente sabios, pero cuyo sentido el contrincante no alcanza, por ser aquella la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un joven de talento muy claro, de dilatada instrucción y de profundo saber, se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de excelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del día.

Por estas razones «es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la dirección de los establecimientos de enseñanza eclesiástica procuren, por todos los medios posibles, que la instrucción y la ciencia... se revista a los ojos del mundo con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos; es preciso que la exposición de la misma idea se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos; que las fuentes de argumentación, cuando se haya de apelar a

la razón natural, sean adaptadas al gusto científico dominante». No; si son hoy tan raros los libros de clérigos españoles, no se achaque a su falta de preparación. Al Estado cabe en ello gran responsabilidad. Lo hemos expresado con las siguientes frases en el prólogo que escribimos para *Joyas cristianas*.

Lo poco que nuestro clero escribe, no es culpa suya, sino de los que le redujeron a tal situación económica, que otra cosa no es dable. Para escribir libros hace falta tener muchos libros, y los libros cuestan mucho. Antes de conseguir fama y editor que pague la obra, hay que tener dinero para pagar al editor que publique las obras con que se ha de conseguir fama. Si la bibliografía del clero español no es más rica, y lo es relativamente mucho, débese a que se le ha empobrecido, y se le ha empobrecido en extremo. Satanás en persona no hubiera discurrido tan bien para hacer el mal. Se quitó a los eclesiásticos sus propiedades; y pasado mucho tiempo y mucha hambre, se les asalarió, como si fueren peones jornaleros de eso que se llama Estado, con un diario insuficiente para las necesidades más perentorias de la vida, pero prometiendo aumentarlo cuando las circunstancias de la Hacienda pública lo permitiesen. Las circunstancias han permitido aumentar el sueldo a todos los funcionarios públicos, para incluir en el número a todos los paniaguados de los Gobiernos; y sólo han dejado de ser propicias para hacer menos irritante

la desigualdad inmensa entre lo que la Iglesia cobra y lo que los bienes de que contra toda razón fué despojada le producirían. Y cuando los sacerdotes se acostumbraron a contentarse con sus mezquinas dotaciones, se dió en ellas una rebaja brutal, que no otro nombre merece, si se tiene en cuenta que asignaciones consideradas insuficientes hace más de medio siglo son hoy casi nulas por la depreciación de la moneda y la gran carestía de los artículos de primera necesidad. Y ahora ya se habla de intentar la separación de la Iglesia y del Estado, o sea, que el Estado no pague lo que debe y se comprometió a pagar a la Iglesia. Es decir, que se pretendió, aunque inútilmente del todo, sitiar y reducir al clero por hambre, o a lo menos tenerle sujeto, teniendo los medios de que, a voluntad, coma o se le quite de comer. Bien saben sus enemigos cuánto en la sociedad influyen las obras científicas y literarias; y por eso, no pudiendo quitar a los clérigos la libertad de ser escritores, como les han quitado la libertad de ser diputados y concejales y otras muchas cosas, no atreviéndose a dictar una ley de excepción contra ellos en este punto, los condenaron a la miseria, para que, teniendo que pensar en no morir de hambre, no pensarán mucho en escribir, por aquello de: *Primum vivere, deinde philosophari*.

La formación escolástica que reciben los seminaristas no puede ser obstáculo para que sean buenos escritores el día de mañana y aun

a lo último de su carrera vengan los que tuvieren aptitudes para ello a prestar valiosa cooperación a los trabajadores en el periodismo católico.

Se juzga por algunos que el método escolástico, que en la Filosofía y en la Teología dogmática suele dominar, es un inconveniente para escribir en el periódico. Nada más injusto según observa Brunetiere; pues la escolástica «impone al espíritu una cierta necesidad de claridad, de precisión, de exactitud... y la costumbre, si no de profundizar las cuestiones de volverlas bajo todas sus fases, y así percibir los aspectos ocultos con soluciones ingeniosas, demasiado ingeniosas acaso, pero frecuentemente vecinas de la verdad, que es compleja y se la mutila desde que se la quiere expresar con excesiva sencillez... Ella es la que enseña a componer subordinando el detalle a la idea del conjunto con la justa proporción de las partes.»

Renán mismo (1), que en un Seminario había formado su estilo y su método admirable de escribir, dando numerosas razones, decía que no debe extrañar el que «los Seminarios son manantial fecundo de talentos distinguidos y ocupan lugar tan grande en la estadística literaria»; de donde concluía en otra de sus obras, (2) que del acostumbrado régimen de las enseñanzas eclesiásticas «pueden hacerse muy

(1) Essais de morale et de critique.

(2) Souvenirs de enfance et de jeunesse.

excelentes aplicaciones para los servicios de la instrucción pública; y la Escuela normal, particularmente, debería acerca de ciertos puntos tomar allí sus inspiraciones».

Entre los periodistas los hay que se dedicaron a las más diversas carreras ¿por qué no podrá haberlos de los distinguidos en la carrera eclesiástica? En los años de estudio que preceden a la teología, se cursaron las asignaturas del bachillerato como para todas las profesiones literarias y científicas; y lo que constituye la especialidad de los estudios sacerdotales, no es más impropio del periodismo que lo que se enseña al médico, al ingeniero o al militar. Las diversas ramas del Derecho y de las Ciencias sociales, la Historia Eclesiástica y la Arqueología ¿no servirán de algo para escribir en el periódico? Cuando se trate de escritos religiosos en la prensa ¿cuál mejor preparado que el sacerdote? Aun sin eso ¿quién duda que la Teología, principalmente, la Moral es útil para muchas cuestiones que en el periódico han de tocarse?

Ciertamente los seminarios no se constituyeron para semilleros de periodistas. Nada impide, sin embargo, que de ellos puedan salir periodistas excelentes. Mientras se frecuenta sus aulas no es ocasión de predicar con la palabra y con la pluma; pero sí de prepararse para las predicaciones venideras efectuándolas del modo más conveniente al bien de las almas y a la defensa del catolicismo. Por mil medios de-

ben los seminaristas favorecer a la Buena Prensa sin escribir en sus columnas: estas, con todo, no les quedan de tal suerte vedadas que en algunas ocasiones no conviniere permitirles utilizarlas para experimento y ensayo y aun también quizá para ayudar a los que desde ellas pelean las batallas del Señor contendiendo con los enemigos de su gloria y de su iglesia.



Regalos del Notariado al Senador L. Peláez

Homenajes a L. Pelaez.

UN pectoral, y un anillo, y una pluma, y una escribanía, y un báculo, y un Misal, que costaron bastantes miles de pesetas, fueron el obsequio del Notariado español, que se lo entregó con toda solemnidad, por sus campañas parlamentarias en favor de la clase notarial, al obispo de Jaca cuando fué ascendido. Sus habitaciones tienen multitud de regalos de sus defendidos en el Senado, no obstante su manifestada repugnancia a admitir ningún obsequio aunque fuese meramente honorífico. Los periodistas se han distinguido en honrar al fundador de Prensa asociada, al *Apostol de la Buena Prensa*, al Presidente del Congreso Nacional de la Prensa no diaria. Los reunidos en la Asamblea de Zaragoza le regalaron un precioso album y una valiosísima pluma de oro y diamantes, que el Obispo de Jaca puso en el tesoro de la Virgen del Pilar; los de Castilla la Vieja le entregaron en Valladolid una magnífica plancha de plata repujada; los de ambas Castillas reunidos en Astorga le ofrendaron un banquete rogándole que no desistiese de sus campañas parlamentarias interpretadas torcidamente por ciertos elementos; los de la Buena Prensa de toda España pusieron sus firmas en artísticos pergaminos para desagravio de lo que contra él dijo el autor de *El libro del periodista*; los de Galicia se reunieron en Coruña para pedir se le concediera la Gran Cruz de Alfonso XII, que Canalejas dijo en pleno Senado no concedérsele por sus intransigencias. Al entrar en el Episcopado se publicó un libro en que distinguidos escritores estudiaron bajo diversos aspectos la labor del Provisor de Burgos; al subir a Tarragona se editó una obra lujosísima en que cerca de doscientos escritores pregonan las glorias del Obispo de Jaca. La diócesis de Astorga creyó que el mejor homenaje para la fama del nuevo arzobispo era publicarle uno de los libros que tiene inéditos,

XIII

Los regulares.

En otra parte hemos dicho que para las personas dedicadas a la perfección no es lo mejor leer periódicos. Menos recomendable nos parece escribir en ellos. Lo reconocen los mismos mundanos. Cuando el ex-jesuita P. Mir en una *encuesta*, como hoy se dice, acerca de sí debía votarse para Académica de la Española a la Condesa de Pardo Bazán, declaró que él no leía nunca la prensa periódica, algunos órganos de ésta prorrumperon en un grito de asombro. Entonces, bajo el epígrafe *Lecturas de periódicos*; escribió *Andrenio* entre otras cosas lo siguiente:

«El que declara que no lee periódicos confiesa que no le importa nada de lo que ocurre en el mundo, desde la esquina de su casa a los antípodas, o presume poseer medios mejores de información. Lo primero sólo se comprende en el que haya renunciado al mundo y abrazado la vida contemplativa. En un monasterio o un eremitorio es natural que no se lean periódicos. ¿Qué importan allí los ecos del siglo!».

Pero en las Ordenes que a la vida contem-

plativa juntan la activa, que reúnen las ocupaciones de María y de Marta, hay que estar, sino con el corazón, con el pensamiento y el trabajo en el mundo para favorecerle y santificarle, y no se puede desdeñar el conocimiento de lo que en él pasa, cuya información es el blanco principal del periodismo, ni se debe dejar de echar mano de éste como de instrumento poderoso para la evangelización del pueblo.

Los misioneros más fervorosos comprenden cuanto importa juntar a la palabra hablada la palabra escrita para cumplir el divino precepto de *enseñar a todas las gentes*. Poco ha murió el insigne Jesuita P. Tarín, Apóstol de Andalucía, a quien el ilustre escritor católico Luis León, escribe haber oído estas palabras a raíz de una de sus famosas y fructuosísimas misiones:

—«La mayor parte de nuestro trabajo es estéril. Ya véis: se afana el pobre misionero, siembra la buena semilla, cae en buena tierra y podía ser muy abundante la cosecha; pero después viene el enemigo moderno, ¡¡La mala prensa!! y roba la semilla, y en un momento destruye toda nuestra labor. Mientras no tengamos una prensa poderosa que pueda contrarrestar los efectos de la enemiga... nuestro trabajo será casi inútil.

»¡La buena prensa! Ese es hoy el gran apóstol, el misionero».

Palabras estas últimas que de exageradas

no pueden tacharse si se las compara con aquellas otras que, según hace muchos años leímos en *El Orden*, de Coimbra, dirigió Pío IX al Jesuita P. Margotti, director de la *Civiltá Cattolica*: «Un buen periodista vale más que seis predicadores».

Como quiera que ello sea, todas sus obras de celo, de propaganda, de evangelización, de caridad, en las que ponen todos sus amores y sus anhelos, comprenden los religiosos que necesitan del auxilio o del concurso de la Buena Prensa. El ejemplo de la Francia jacobina vale por cuanto podría decirse. El Presidente de la Comisión de Prensa advertía en el 8.º Congreso diocesano de París: «Desde el año 70 construyéronse gran número de conventos. ¡Con qué lujo algunas veces! ¡Con qué cuidado y precauciones siempre! Nada se había olvidado: ni leyes de la sociedad civil, ni seguros contra incendios. Sólo una aseguración se olvidó, precisamente la más importante: el asegurarse contra la mala prensa. Así resultó que iglesias y monasterios fueron despojados entre la indiferencia casi general. La mala prensa había adormecido la opinión».

El Sr. Quereda en su revista *La Restauración* escribió (1) un artículo intitulado *El periodismo católico en España*, donde amargamente se quejaba del escasísimo apoyo que a la Prensa Católica prestaban las Ordenes Religiosas,

(1) 1890.

extendiendo el reproche a los fieles al decir: «¡Cosa singular! Los revolucionarios, que saben lo que es la prensa, con sus aplausos y con su dinero la cultivan; y los católicos, que hasta con sus lamentaciones lo reconocen, sin embargo, la menosprecian y la abandonan». Si por ventura, o por desventura mejor dicho, esto pudo suceder en alguna ocasión, nada más distante ahora de la realidad. Todas las Comunidades españolas tienen este pensamiento que, firmado por *Una Comunidad*, apareció la primera vez, y de él fué copiado por otros muchos, el año 1911, en un periódico de la ciudad de Lugo, donde con tanto provecho del pueblo tienen residencia los franciscanos:

«Todas las Comunidades religiosas deben hacer algún sacrificio para la Buena Prensa; la suerte que les espera está vinculada con la prosperidad de ésta; tanto más poderosa la Prensa católica, tanto más extensa será su influencia para mantener o crear en la opinión pública el ambiente favorable a la existencia de los institutos religiosos».

No hay Comunidad de regulares que, a pesar de la reconocida pobreza de todas, no parta su pan con sus hermanos los periodistas católicos hijos muy amados de la Santa Madre Iglesia, predicadores valerosos de las verdades reveladas en el Evangelio, apóstoles de toda idea noble y de todo pensamiento elevado, caballeros andantes de toda causa justa, poetas que con la música dulce y varonil de sus entusiastas aplau-

sosalientan y enardecen en la lucha por el ideal religioso, oscuros y anónimos mártires que desde las catacumbas de la ignominia y del desprecio, y aun desde las cárceles de la persecución y desde el destierro de la soledad y de la indiferencia, desamparados por muchos de los mismos a quienes tan eficazmente amparan, siguen confesando a Cristo y lanzando a la cara de los tiranos el *Non licet* que tan caro cuesta a todos los Precursores.

Pero si bien, como observó Cervantes, todas las comparaciones son odiosas y es difícil comparar el desprendimiento de los diversos institutos religiosos, pues hacen sus limosnas para que sólo Dios las presencie y siguiendo su consejo de que la mano izquierda no sepa lo que la derecha hace, especial aplauso es debido al convento cirterciense de Venta de Baños, que treinta mil pesetas en forma de anuncios reparte anualmente entre cien periódicos, y en favor de la prensa católica realiza lo que tan oportunamente enumera (1) el párroco de Dueñas, en cuyo territorio tiene la suerte de que se halle enclavado.

No satisfechas las Instituciones regulares con dar su dinero, sus recomendaciones, sus simpatías a la prensa, le dan sus individuos, dedican algunos religiosos al periodismo y sostienen multitud de publicaciones periódicas muy leídas. En esta labor les ayudan muy eficazmente las respectivas *Ordenes Terceras*,

(1) *La Trapa y la acción social.*

las Congregaciones, Cofradías y Asociaciones piadosas que de ellas dependen, en las que procuran infundir el mayor entusiasmo por el periódico. En una *Hojita Terciaria* habíamos dicho nosotros: «Si San Francisco volviese al mundo, él, que invitaba a todos los seres a bendecir al Señor, pediría a la prensa su lengua rapidísima, inexcusable y elocuente para cantar las maravillas del amor divino». Y comentando nuestras palabras el ilustrado Padre Manterola declaraba: «El Terciario franciscano debe fomentar la prensa católica por todos los medios que le inspire el ardiente fuego de su celo seráfico, escribiendo en el periódico o revista si para ello sirve».

No puede a nadie parecer esto impropio de la vocación de los regulares ni de los antecedentes que tanta gloria les han dado. Poseídos de amor ardiente a Dios y al prójimo, nada desdeñan, de nada prescinden que sea conducente a la gloria divina y a la salvación de las almas. Se han acomodado siempre a las exigencias y circunstancias de la época respectiva con maravillosa flexibilidad de espíritu, idénticos siempre a sí mismos en lo esencial, y plegándose a cuantas variaciones eran compatibles con su institución y oportunas para poner por obra sus santos y benéficos propósitos. Fuimos, escribía uno de ellos en la *Démocratie Chrétienne* «labradores, cuando había que reconquistar el suelo contra las invasiones de los bosques salvajes; copistas cuando el

tesoro de las letras antiguas se hallaba amenazado de perderse en la ignorancia universal; soldados, cuando las fronteras de la cristiandad necesitaban ser defendidas de los ataques de la morisma; banqueros, o por lo menos, fundadores de los bancos populares, cuando la usura judía devoraba el ahorro de los artesanos. ¿Por qué no seremos ahora periodistas?» «Tan pronto hubo necesidad de combatir la herejía, dice Acin Samitier (1), se crearon reuniones de hombres consagrados a predicar la verdad». Cuando se descubrió la imprenta, por medio de la imprenta predicaron la verdad las Ordenes religiosas. ¿Por qué, cuando están asequibles para todos las columnas de la prensa periódica, no han de subirse a lo más alto los religiosos para dar a conocer las enseñanzas de la Religión, para hacer oír las alabanzas de Cristo?

Los frailes, que fueron de los primeros en servirse de la imprenta, se puede decir que antes de ella cultivaban el periodismo. El erudito académico, D. Juan Pérez de Guzmán, además de probar que a fines ya del siglo XV en España «se incubaron los gérmenes del periodismo en Europa», observa (2) que en las escrituras de los cartularios de los conventos en la Edad Media abundan las *notas* periodísticas.

En la historia del periodismo tienen puesto

(1) *María Inmaculada y las Órdenes religiosas.*

(2) *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid.*

muy honroso las instituciones monacales. Don Juan Pedro Criado Domínguez, que no cede a nadie la palma en conocer lo pasado y lo presente de la prensa española, enumera (1) multitud de religiosos periodistas, entre los que no pueden dejar de citarse el Carmelita Fray Manuel de San José, *verdadero fundador del periodismo satirico en España*, cuyo *Duende de Madrid* tan leído y comentado fué en los años de 1735 y 1736, el Agustino Fr. Pedro Centeno, director de *El Apologista Universal* en 1786, el Benedictino Feijóo, cuyas polémicas llenaron gran parte del siglo XVIII, y cuyas *Cartas eruditas y curiosas*, según en otro libro hemos dicho, tienen mucho por donde se las puede considerar como una especie de revistas; y en los comienzos del último siglo, con motivo de las luchas político-religiosas que ocasionó la malhadada Constitución de Cádiz, se hicieron célebres varias publicaciones periódicas de regulares, como *La píldora*, de Fr. Tomás Navarro, la *Gaceta del Reino de Valencia*, de Fray Mariano Boñet, el *Semanario Cristiano Político de Mallorca*, de Fr. Raimundo Strauch, (los tres del Orden de San Francisco), el *Diario* y el *Nou diari de Buja*, del Trinitario Fr. Miguel Ferrer, *El Amigo de la Verdad*, del Carmelita P. Manuel Traggia, *La Atalaya de la Mancha*, del jerónimo Fr. Agustín de Castro, *El Restaurador*, del Mercedario Fr. Manuel Martínez, y

(1) *Las Órdenes religiosas en el periodismo español*, ed. 2.^a

otras cien más, entre las que no se debe omitir la *Frailomanía* de Fr. Francisco Berdoy.

Si en aquellos diez años, desde 1812 al 1822, tantos religiosos, abandonando una parte de sus antiguas ocupaciones o sin abandonarlas merced a un aumento prodigioso de trabajo, bajaron a la candente arena del periodismo, mientras, para defender de las impugnaciones de sus enemigos a la Iglesia, llevaban a la prensa apologías contundentes otros tan ilustres como los dominicos Miguel y Domingo Lladó y el nunca cuanto lo merece enaltecido P. Alvarado, y el capuchino P. Vélez, y el filipense Antonio Togores, y el jerónimo Ceballos, ¿por qué en la misma década de la actual centuria, en la que no es menos terrible la guerra contra el cristianismo mediante los periódicos, no habrán de defenderle los religiosos, los más valientes discípulos de Cristo, allí donde más se le combate y usando, para defenderle, de las mismas armas que se usan para combatirle?

Pídase a Dios que infunda muchas vocaciones de religiosos. El día que esto suceda, cuando las Ordenes cuenten con elementos bastantes para cumplir sus especiales fines, podrían dedicar los más hábiles y valerosos soldados de su milicia a pelear en las filas de la prensa. En todos los grandes periódicos hay particulares secciones, religiosa, literaria, científica, social, etc. ¿No podrían encargarse de algunas de ellas los individuos de los Institutos regulares? La prensa está muy necesitada y es muy

digna de ser socorrida. ¿Qué mejor limosna que ésta de prestarle colaboración gratuita? La división del trabajo, mientras hubo trabajadores en número suficiente, antes que nadie y mejor que todos la practicó el monaquismo. ¡A qué altura la prensa católica llegaría si las Congregaciones le diesen sus especialistas más renombrados, sus técnicos de mayor experiencia! Sin bajar al resbaladizo suelo de la política, sin mezclarse en las luchas de los partidos, lejos del fragor de las polémicas de actualidad y aun sin pisar las agitadas y febriles redacciones de los periódicos, podrían los regulares dar mucha gloria a Dios defendiendo los derechos de la verdad revelada y aun con sólo prestar autoridad y rodear de crédito la prensa puesta al servicio divino y consagrada al bien de las almas y al mejoramiento de la sociedad. Los grandes rotativos anticlericales publican por separado hojas y suplementos donde colaboran los más eminentes hombres de ciencia y de letras de que la impiedad se gloria. ¿Por qué de semejantes hoy necesarios aditamentos no habrían de encargarse los Institutos religiosos, hasta pagando su coste material si les fuera posible?

Uno de los caracteres más maravillosos de la Iglesia, observó Augusto Nicolás (1), es esta propiedad suya que siempre ha manifestado «de producir Ordenes religiosas en razón de las

(1) *El Protestantismo.*

necesidades de la civilización y de la acción que ha tenido que ejercer sobre ellas». Necesidad apremiante es hoy, como tal vez otra ninguna más, el desarrollo y la propagación de la Prensa católica. ¡Quién sabe si Dios inspirará a su Iglesia el pensamiento de crear un Instituto religioso especialmente dedicado a darle gloria y devolverle las almas por medio del periodismo! ¡Quién sabe si así como hay la Orden de frailes predicadores, podrá haber la Orden de frailes periodistas!

Si esta idea fuese realizable, si llegara a ponerse en práctica, figúrasenos sin prevenir superior juicio, que sería de prodigiosos resultados. Increíble parece la fuerza de la Asociación, que nadie mejor ni primero que la Iglesia supo comprender y que los tiempos modernos han vuelto a aprovechar con éxito admirable para fines muy distintos. Una Sociedad de sacerdotes seculares empleados en el periodismo católico haría un bien incalculable. Pero lo que la voluntad crea la voluntad lo destruye. Nada tan variable como los gustos del hombre. Lo que se principia con grandes entusiasmos, raza vez sin aflojar o desmayar, sin desanimación o vacilaciones, se prosigue todo el tiempo. Y de otro lado, los varios sucesos de lo que se llama fortuna, las atenciones de familia, las exigencias de sociedad, ocupaciones particulares y el haber de crearse o sostener una posición que asegure tranquilidad y desahogo de vida y descanso en la vejez, causas son de

que el personal de tales Asociaciones, donde la salida es tan libre como la entrada, sufra frecuentes y nada provechosos cambios, y a la consecución de los fines de ellas no pueda consagrarse con la actividad precisa.

Una orden religiosa llevaría grande ventaja a cualquier otra Asociación, aunque únicamente de individuos eclesiásticos esta constase. Sus miembros no se juntarían al azar, o por razones puramente personales o por circunstancias del momento. La vocación los llevaría a abrazar su estado, y sólo después de bien probadas sus aptitudes serían admitidos. Antes de lanzarlos a la lucha, se los pertrecharía de toda suerte de armas y se los ensayaría en los más variados ejercicios militares; y, en el lugar de la pelea, un jefe experimentado los colocaría donde mejor cuadrase a su inclinación y a sus fuerzas.

¿Quién puede poner en duda la utilidad de la división del trabajo para la perfección de éste, si bien, exagerada, puede ser nociva al trabajador? Las Ordenes religiosas lo han comprendido como nadie y lo practicaron mucho antes que la moderna industria. De emplear a cada sujeto en aquello únicamente para lo que era más a propósito, resultó en muy gran parte el prodigioso fruto de la actividad de las instituciones monásticas, que contaban, en tiempos más bonancibles, con suficientes individuos, cuantos se precisaban, para llevar a término feliz las más asombrosas empresas. ¿Cuánto no ganaría

el periodismo católico si a él se dedicasen, no algunos religiosos, sino una Orden religiosa entera?

Los especialistas son en todas las profesiones los que las cultivan con mayor acierto. La inteligencia dirigida constantemente a un mismo blanco, aplicada sin variación a un asunto, adquiere extraordinaria lucidez y ve agigantarse sus fuerzas. Hombres que se ligaran con voto irrevocable al periodismo; que dedicasen a él todas las luces de su inteligencia, todos los amores de su corazón, todos los instantes de su tiempo, la actividad de toda su vida; que dejasen casa y familia para formar una familia de periodistas hermanos; que se despojaran de la propia voluntad para no pensar, para no hacer sino aquello que les mandase un jefe de periódico; que escribieran con los ojos más bien en el cielo que en las cuartillas, con el esmero de quien aspira a ganar y poseer en recompensa, no fama mundial, no un mundo, sino al Creador de los mundos, con la solicitud de quien cree cumplir, no un deber, sino el único deber, todo el deber de toda su existencia, ¡cuánto no harían prosperar y florecer la Prensa católica!

¡Con qué recursos no podría contar un periódico que tales redactores tuviese, sin salario ni retribución de ninguna clase; obligados a la mortificación y a la pobreza (1), contentos con

(1) Un positivista como Taine afirma que en las Comunidades religiosas «el gasto personal de cada miembro no pasa de 300 francos al año».

que se los alimente lo preciso para reparar las fuerzas y trabajar la mayor cantidad posible de horas cada día, y, si riquezas adquiriesen, prontos a entregarlas a la Comunidad encargada de sostener la labor periodística! La generosidad de tales hombres excitaría la generosidad de los fieles; y las limosnas afluirían a las arcas de una empresa que si quería dinero era para emplearlo, para multiplicarlo prodigiosamente merced a una acción tan ilustrada como perseverante, no en provecho propio, sino en provecho de las almas, de la Iglesia, que bendeciría la obra poniendo en ella el sello de la aprobación divina, que con su autoridad indiscutible le evitaría recelos, sospechas y prevenciones, granjeándole así con los dones del cielo las monedas de los unos, la cooperación de otros y la simpatía de los restantes.

La fundación de esta Orden no haría inútil el trabajo de otros periodistas católicos. El campo es muy dilatado, y, cuantos más operarios haya, en más abundancia la mies será recogida. Lo que sí podría hacerse, aunque no lo juzgamos tan hacedero, que la nueva Orden fuera como el centro de la acción periodística universal, el motor que diera impulso a los trabajos particulares en favor de la Buena Prensa, el tronco de donde brotaran o en que se apoyasen numerosas y fuertes ramificaciones, que en toda su extensión recorrieran la sociedad, formando de esta suerte aquel núcleo de que hablaba a otro propósito Balmes, pen-

sando en el porvenir de la institución monástica (1), «un núcleo que sirva de centro a todos los esfuerzos, y que ofreciendo en su propia naturaleza una garantía de conservación, impida las interrupciones, los vaivenes, inevitables cuando concurren muchos agentes que no tienen entre sí un lazo bastante fuerte para preservarlos de la separación, de la dispersión y quizá de la lucha».

Quiera el cielo se vea cumplido lo que decía con acento de íntima persuasión en el Congreso Católico de Zaragoza un ilustre sacerdote regular: «Yo espero que no esté lejano el día en que se organice una Prensa periódica verdaderamente eclesiástica; quizá sea dado a la generación presente saludar la aparición de un Instituto religioso, cuyos individuos se consagren con voto a la profesión del periodismo, como los de otros Institutos se consagran a la predicación de la palabra evangélica y los de otros al desempeño del magisterio.»

Por aquel tiempo escribía, abundando en las mismas ideas, un famoso jesuíta francés: «La Iglesia, siempre jóven, fecunda siempre, ha producido en todos los siglos Ordenes religiosas, que, a su vez, han dado origen a obras admirables. A ella se deben en nuestro tiempo las Conferencias de San Vicente de Paúl, las Hermanitas de los pobres y las Hermanas del obrero. ¡Quién sabe si atenta a las necesidades

(1) *Et Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

de los tiempos fundará una Orden de apóstoles de la Prensa organizando en grande la propaganda católica! ¿No creó el monje labrador y el monje soldado? ¿Por qué no haría que hubiese también el monje periodista, publicista, escritor...? ¿Esta idea, emitida muchas veces, tomará cuerpo en una institución? El porvenir lo dirá».

Por seguro lo había dado antes M. de la Reaume al decir: «Una de las señales de la misión divina de la Iglesia es que ha sabido dar siempre satisfacción a las grandes necesidades sociales por medio de la institución de nuevas Ordenes religiosas; y esta señal divina vamos a verla otra vez efectuada. Confiamos que brotarán Ordenes apostólicas de la Prensa, como brotaron en otros siglos Ordenes de Predicadores y Ordenes de Copistas.»

No han faltado propósitos y ensayos.

El director de la *Academia Heráldica*, don Julio Lceca, teniendo presente que Pío IX en 1870 alabó el pensamiento de restaurar, con bases apropiadas a la época, la Orden militar que en el siglo XIII fundara Santo Domingo para luchar con la predicación y con las armas contra los enemigos de la Iglesia y merced a la recomendación pontificia se ha reorganizado esta gloriosa caballería en diversas naciones, proponía que se modernizase en nuestra nación amoldando su actividad propagandista a las necesidades actuales, entre las que ninguna mayor que el sostenimiento de un periodismo

que llevara a todos los hombres las salvadoras enseñanzas del Evangelio.

Gras y Granollers fundó en Granada el año 1866 la *Orden religioso-literaria de Cristo-Rey*, vulgarmente llamada *Academia de Cristo*, asignándole por objeto «honrar científica y literariamente la divinidad de Jesús sacrílegamente injuriada». Y en su piadoso y muy recomendable libro *O al altar o al abismo* propuso la instauración del *Apostolado de periodistas* que «con el manuscrito y el impreso despierten a los narcotizados y muevan a dar señales de intelectual y moral vida a tantos que parecen muertos.»

De Suiza, de la ciudad de Friburgo, trae origen la *Institución de Hermanos Cajistas*, fundada en 1873 por Mons. Schorderet, y propagada luego en varios países. Al dar noticia de ella Erseira el 1879 en Roma a numerosa multitud de periodistas, decíales; «Nuestra Asociación tiene por fin elevar verdaderamente la Prensa a la dignidad de un apostolado y santificar, no sólo a los escritores de los buenos periódicos, sino también a los impresores y vendedores, formando de este modo una falange cada día más numerosa y compacta para la restauración del reinado social de Jesucristo.» A su fundación le llevó el considerar lo que expresaba así en un libro que dió a luz el año 1900: «Nos faltan santos entre los oradores contemporáneos; pero mayor escasez padecemos de santos periodistas, en un siglo que ha hecho a la Prensa reina del mundo.»

La idea de una Orden cuyos individuos todos o a lo menos alguna sección, como rama o sucursal, se dedicaran a la evangelización de las almas por medio del periódico, puede decirse que con visión profética, adelantándose a su tiempo, la tuvo ya el jesuita Rvdo. Pedro Canisio, cuya figura en estos momentos alcanza especial relieve. El P. Nazario Pérez (Mensajero, Abril 1915) después de referir que aquel Apostol de la Prensa estableció varias imprentas, fomentó la publicación de libros, editó obras numerosas, animó a los autores, recomendándolos a los príncipes, escribiéndoles prólogos y colaborando con ellos, hubiera deseado no ocuparse en otra cosa que escribir, lo cual en su ancianidad le fué permitido, y pedía al Papa y a los reyes que contribuyesen con dinero a las impresiones para que el pueblo leyera gratis, añade: «Trató varias veces con sus superiores de fundar casas de la Compañía para que todos en ellas se dedicasen a escribir».

Pidamos a Dios se digne suscitar pronto quien eche los cimientos de una institución que tanto promovería la divina gloria y el bien de las almas.

Modelo de religiosos entusiastas por la Prensa son los Agustinos de la Asunción. Cuánto podría hacer para vigorizar el anémico periodismo católico una *Orden de periodistas* muéstralo bien a las claras ésta que, además de la obra del periodismo, tiene por campo de su actividad multitud de diversos ministerios.

Su más alta gloria en el concepto expresado es el P. Bailly, que recientemente ha pasado a la gloria eterna. Llevando en las venas la sangre del insigne fundador de *La Tribuna Católica* y de la Sociedad de los Buenos Estudios, alto empleado y jefe de Telégrafos, en cuyo perfeccionamiento obtuvo éxitos muy notables, y luego de entrar en el sacerdocio, capellán voluntario que asistió a muchas batallas en defensa de su país y de la Santa Sede y director de numerosas peregrinaciones, se hallaba con excelente preparación para las luchas periodísticas, y él fué realmente, como lo confiesa Avenel en la obra *La Presse française au XX siècle*, el verdadero creador de la Prensa católica popular.

Con el título de «Homenajes al R. P. Vicente de Paul Bailly» acaba de publicarse un volumen de cerca de 800 páginas en 4.º prolongado que contiene subidos elogios tributados al Apostol de la Buena Prensa por Prelados, sacerdotes ilustres y escritores distinguidos, entre los cuales, aunque sin mérito ninguno, se incluyen pensamientos del autor del presente libro.

Su celo compartían los compañeros de hábito, dirigidos por el insigne P. D'Alzon. La actividad de algunos ha dado lugar a escribir su relación en abultada obra, y en muchas no cabría el elogio que tan benemérita institución merece. Al nombrarla, un sentimiento de admiración se apodera del espíritu, y se inclina la frente como al nombrar a los héroes.

La fundación de la *Buena Prensa* no pudo principiarse más humildemente ni obtener en menos tiempo resultado tan grandioso; recuerda el grano de mostaza de la parábola evangélica. Su primera publicación fué el semanario *Le Pelerin*, en 1877; *La Croix* principió en 1880, pero no diariamente hasta tres años después; de ella se hacen tiradas especiales en menor tamaño, con los nombres de *Cruz del Domingo* y *Cruz de los Marineros*; y hay también *La Cruz Ilustrada*, sin contar los ciento cuatro periódicos de provincias que llevan el mismo título de *Croix* y por ella fueron fundados o inspirados.

En siglo tan descreído y en la nación de Voltaire, cuando tantas cobardías se ocultan bajo la capa de neutralidad, fué un acto de valor fundar un diario que tuviera y manifestara paladinamente en todas las líneas el espíritu de Cristo, y la imagen de Cristo ostentase en primera plana. Esto último escandalizó a algunos en un principio, como en el principio de la Iglesia la Cruz para los judíos era un escándalo; y se creyó conveniente, con honda tristeza de los religiosos, si no cambiar el título del periódico, quitar de su frente el sagrado signo. Una vez más se vió que Dios no protege a los que de El se avergüenzan o a confesarlo no se atreven. Las suscripciones, en vez de aumentar, disminuyeron hasta el punto de que se temió por la vida del periódico; autorizáse de nuevo a los Agustinos para enarbolar en él la señal redentora, y desde entonces nuevamente se le

vió crecer de modo prodigioso. En 1900 aumentó por manera notable su tamaño, y desde siete años mas tarde se publica diariamente en seis grandes páginas. El Soberano Pontífice escribió en 1904 que todos los días leía *La Croix*. Su tirada excede hoy de los 300.000 ejemplares; y en el último *Congreso de la Buena Prensa* pudo Franz entusiasmarse con su difusión creciente de día en día.

Del celo incansable de estos religiosos son también fruto, entre otros, los siguientes semanarios: *Les Contemporains*, *Les Questions Actuelles*, *Bulletin des Congregations*, *Cosmos*, *Le Noël*, *Causeries du Dimanche*, *Le Sanctuaire*, *Notre Dame*, *La Croisade de la Presse*, *Vie des Saints*, *Chronique de la Bonne Presse*; las publicaciones quincenales, *Revue d'organisation*, *Les Conférences* y *Le Courrier du Libre*; las mensuales *L'Action Catholique*, *Le mutualiste Française*, *Le Fascinateur*, *Rome*, *Le Mois Littéraire et Pittoresque*, *Jerusalém*, *Ligue de l'Ave Maria*; *L'Eucharistie* y una bimestral, *Echos d'Orient*. (1)

A más de dos millones asciende el total de ejemplares que de estos periódicos se imprime. De la misma casa «magnífico taller de febril labor intelectual», como la llamó el P. Graciano Martínez (2), salen multitud de estampas, calendarios, almanaques, opúsculos, folletos y libros;

(1) Memorial de publications de la maison de la Bonne Presse.

(2) *España y América*, 13 de Junio de 1903.

allí se hacen también preciosos fotograbados para otras publicaciones católicas abonadas, y hay un servicio especial de proyecciones y fonógrafos para extender la propaganda religiosa per este medio en las conferencias. En trabajar los impresos se ocupan seiscientos operarios, y a su difusión se dedican diez mil Comités con cincuenta mil celadores (1).

El protestante modernista Paúl Sabatier, en el libro *L. Orientation religieuse de la France actuelle* (2), hace justicia a la obra comenzada por los Padres Asuncionistas, al decir que «jamás se había intentado esfuerzo más metódico para apoderarse de la opinión pública»; que «el conjunto de sus diarios y revistas responde a todas las necesidades del catolicismo a fin de que lo mismo el aldeano que el burgués no tengan precisión de leer otra cosa»; que «*La Croix* con sus seis páginas y los suplementos ilustrados, vale más y cuesta menos que casi todos los diarios de París», y que «tan vasta organización de Prensa se halla no menos ventajosamente administrada desde el punto de vista comercial que desde el punto de vista técnico». Bien es verdad que luego aparece el espíritu sectario del autor, al decir que: «los resultados morales y religiosos son tan poco perceptibles, como evidente es su prosperidad financiera. Queda uno a la vez

(1) *La Maison de la Bonne Presse*, ed. 2.^a.

(2) Pág. 24-5, ed., 1912.

atónito de la perfección de este instrumento y de su absoluta ineficacia». Palabras las últimas, aunque tan distantes de la verdad, nada impropias de quien tanta envidia siente por los triunfos del catolicismo y de tal modo procuró siempre rebajarlos. No; habría que negar toda eficacia a la Prensa, para poder decir que la obra de los Agustinos Asuncionistas era estéril.

«Solamente los Asuncionistas, por su maravilloso trabajo e industria, escribió Ives le Querdec (1), han logrado dar vida a sus publicaciones».

Sin género ninguno de encarecimiento pudo escribir el P. Rodrigo (2), que los Agustinos de Francia «han conseguido triunfos que no tienen igual en la historia del periodismo católico». Ellos trazaron un camino glorioso por donde, si no se llegó al triunfo, debióse a haber principiado la jornada muy tarde, cuando ya el enemigo tenía tomadas las más importantes posiciones.

Lo que más ha contribuido a dar impulso y sostener la obra emprendida por los hijos del heroico P. D' Alzon, es el odio que les manifestaron los francmasones. En ello reconocen los católicos la mejor prueba de su bondad; y

(1) *El Diario de un Obispo después del Concordato.*

(2) *La Prensa religiosas en Francia y los Agustinos de la Asunción.* En LA CIUDAD DE DIOS, de 20 de Enero de 1895.

así se explica la decisión y el entusiasmo con que la apoyan.

No tuvo límites la rabia de los tiranuelos de Francia cuando vieron recorrer triunfalmente todo el país en alas de un gran rotativo el nombre y la imagen de la cruz, de la misma cruz que ellos habían arrancado de las escuelas, de los hospitales, de las salas de justicia, de todo lugar oficial y de todo sitio público, lisonjeándose vanamente que con eso quedaría también arrancada del corazón de los hijos de los cruzados. Los primeros religiosos en quienes cebaran su ferocidad de chacales los domésticos de las logias, de esperar era que fuesen los redactores de *La Croix*: violaron el secreto de su correspondencia, allanaron por la fuerza su morada, los despojaron de la fortuna adquirida con su legítimo trabajo, quitáronles el vestido que usaban, y en el país que alardea de haber proclamado la libertad y los derechos del hombre, se les privó del derecho de vivir reunidos y de la libertad de estar en su patria, en la patria a cuyo engrandecimiento consagraban todo su trabajo y todo su cariño.

Su nombre no puede figurar ya al frente de tan gloriosa empresa; pero su espíritu la anima, su renombre la ilustra, y sobre las ruinas de otras mil obras, en medio de las acometidas de horrible tormenta, entre las convulsiones de una sociedad que agoniza, persevera fuerte y lozana para mostrar cuánto puede la asociación si es el ideal religioso quien la inspira.

Disueltas en un día las comunidades Asuncionistas después de haber inventado los esbirros del Gobierno que contaban más número que el autorizado, aún continuó dirigiendo la *obra de la Buena Prensa* su temible fundador, y esto no lo podían sufrir los enemigos de la Iglesia. Como refiere el P. Berlín, «no les pareció suficiente el golpe cuando vieron que continuaba su publicación el periódico aborrecido. Entonces, convencidos de que no bastaban las leyes de la República para destruirle, acudieron con malicia satánica a otro Tribunal, cuya sentencia, sin apelación posible, iba a ser para el Padre Bailly un tormento quizá más doloroso que el mismo martirio. Bajo el pretexto de injurias personales al presidente de la República, M. Loubet, pusieron en juego todas las astucias diplomáticas para lograr del Papa que suspendieran los Padres Asuncionistas la publicación de *La Croix*. Se sometió a dicha sentencia el más interesado, con una admirable resignación, a pesar de recibir la flecha en la parte más sensible del alma». En lo cual nada hay que echar en cara a la diplomacia pontificia; pues, según una exacta comparación, al suplicar León XIII al P. Vicente Bailly que abandonara la dirección de *La Croix*, hizo como el prudente general que «para salvar el ejército sacrifica legítimamente algunos soldados».

Cuando después legalmente, si se puede llamar legal a lo más inicuo, los Asuncionistas, despojados del derecho de asociación por los

que se jactan de haber reintegrado al hombre en sus derechos individuales, no pudieron estar al frente de la Casa de la Buena Prensa, pasaron ésta a manos de una persona de su confianza, de un católico tan fervoroso como inteligente y activo, el célebre banquero Paul Feron-Vrau.

Pero el odio contra los religiosos, más que a sus hábitos, era a su obra. Es probable que si frailes y monjas en Francia se hubiesen limitado a salvar sus propias almas, dejando las de los otros como presa a la masonería, ésta hubiese dejado vivir a los que así no eran estorbo a sus diabólicos planes de arrojar de la sociedad a Cristo. No podían tolerar las sectas que, después de acabar con las comunidades de los Asuncionistas, continuaran con vida lozana sus periódicos poniendo todavía sobre sus cabezas la Sagrada Figura del Crucificado y llevando sobre alas de papel su nombre bendito, perfumado con las adoraciones del amor, hasta los más escondidos rincones de un país que las logias creían tener para siempre alejado de toda influencia de la religión.

Feron-Vrau no era fraile, pero era amigo de los frailes, y esto es un crimen a los ojos de los que, por ser enemigos de Cristo, lo son de sus hijos predilectos; no había plantado el árbol de la Cruz en el estadio del periodismo, pero seguía con amor cultivándolo, y esto era intolerable para los que otra vez habían bajado a Cristo de la Cruz encerrándole en la obscuridad

de un sepulcro custodiado por doble fila de soldados y de escribas, cuya tapa no se creía posible volvieran a levantar ángeles del cielo. Y el ciudadano francés, aunque no vivía en un convento, por relacionarse con los que allí habían vivido, fué también despojado, en un país empapado en sangre derramada por defender la libertad, o mejor dicho, lo que de libertad tenía el nombre.

Con escándalo de la opinión independiente, con las más ruidosas manifestaciones de indignación de toda la Prensa no vendida al oro judío, nuevos Pilatos deshonraron la justicia, no reconociendo el derecho de propiedad, y quitando su valor a los contratos públicos y a las actas notariales, en atención al siguiente considerando, que pasará a la Historia como ejemplo de arbitrariedades:

«Porque el señor Ferou-Vrau llevaba diez años de relaciones íntimas con los Asuncionistas, vivía en la intimidad de su pensamiento, era su hijo espiritual, no ignoraba nada de la Congregación y *debía* saber que ésta era la propietaria real de los bienes. Aun admitiendo, pues, que el señor Feron-Vrau haya consagrado a las obras de esos religiosos, que amaba filialmente, capitales importantes y una buena parte de su tiempo, y que haya hecho beneficiar a esas obras de su dinero y de su actividad personal, hay la presunción de que no por eso se sustituyó a los Asuncionistas, y que éstos

continuaron siendo los propietarios de las publicaciones al parecer compradas por él».

Sin embargo, era muy grande la influencia de los Asuncionistas y muy simpática su obra a los católicos, para que éstos la dejaran perecer. Se necesitaban millones para rescatar de manos del liquidador los periódicos que llevaban impresa la señal del cristiano, y seis mil personas se presentaron inmediatamente con cuanto dinero se pidió; y la humilde simiente sembrada con lágrimas por el religioso que hizo célebre el pseudónimo de *Le Moine*, se convirtió en árbol corpulento que extendió sus raíces por todo el suelo de la patria de San Luis, llevando hasta sus ángulos últimos la bienhechora sombra de sus ramas frondosísimas.

No; no puede ser vencida una Prensa que pelea desplegando a los cuatro vientos el lábaro santo, en el cual vió escrito el gran Constantino en la víspera de su milagroso triunfo: *In hoc signo vinces*. No; no puede morir obra consagrada a la defensa de principios inmortales; y si se la encierra en las lóbregas profundidades de estrecha sepultura, será para verla pronto resucitar gloriosa, radiante de luz, de hermosura y de fuerza. *Stat Crux, dum volvitur orbis*. Entre las conmociones y ruinas del mundo moderno, permanecerá incommovible, cual faro de divinos resplandores, con los brazos abiertos y extendidos, esperando el retorno de la Humanidad prevaricadora, la Cruz que los *zuavos del Papa*, los valientes Agustinos,

clavaron en lo más alto de los baluartes de la Buena Prensa.

ADVERTENCIA.

El autor ha insistido repetidas veces, explanándola en diferentes periódicos, en la idea de las ventajas de fundar una Orden de periodistas, de que el precedente capítulo trata.

Una parte de la Prensa católica ha prestado bastante atención al pensamiento acogéndolo con simpatía. Para muestra citaremos un párrafo de *El Arco*, de Cartagena:

«Nosotros al que nos hiciera esta pregunta le responderíamos así: ¿es conveniente que una Causa, que una Doctrina o Partido cualquiera, tenga unos hombres totalmente consagrados a defenderla en aquel terreno en el que precisamente se entabla la lucha de las ideas y en el que se decide su triunfo o su derrota? Y si era católico el que me interrogara, yo, a mi vez, le preguntaría así: ¿es conveniente que la Iglesia Católica, madre amantísima de todos los hombres, tierra fértil donde se producen y robustecen las más altas y regeneradoras virtudes al soplo misterioso y vivificador de la caridad cristiana, cuente con una Institución admirable de hombres que su vida toda, sus talentos y

energías, sus anhelos y entusiasmos dediquen a la obra magna del periodismo católico, con el fin de defender a esa Madre en el terreno mismo donde con saña más satánica sus enemigos la combaten, donde las campañas son más fructíferas porque es más eficaz el medio empleado, donde, trabajando con celo, por todas las otras obras buenas se trabaja porque todas allí son defendidas, donde, si se abandona el terreno, el enemigo a él descenderá y dueño absoluto del campo con sus campañas arteras irá apoderándose de la enseñanza, de los cargos públicos, de todo, hasta de las mismas Iglesias de las que se apropiará recluyéndonos en nuevas catacumbas, donde ni aún nos dejarán celebrar los misterios que en las antiguas de Roma se celebraban? No creemos que haya uno sólo que nos contestara negativamente; mas si tal hubiera, le diríamos que de nada valen las palabras cuando ya *la misma realidad se ha impuesto*, de nada vale ir contra la corriente, si la impetuosidad de ésta ha de arrastrarnos: la realidad se impone con la fuerza de los hechos y en la ocasión presente así ha sucedido; las Ordenes Religiosas han ido a la cabeza del movimiento, aunque su institución no haya tenido por fin principal, ni mucho menos, la propaganda de la Prensa Católica.»

En 1906 el Sr. Encina Candelat publicó un folleto acerca de la conveniencia y medios de llevar a cabo el *proyecto de fundación de una asociación y orden religiosas destinadas a la*

propaganda, sostenimiento y defensa de la fe cristiana. La nueva orden se dedicaría a la predicación y a la enseñanza, pero sobre todo habría de predicar y enseñar por medio de la prensa. Además de revistas y semanarios y periódicos locales tendría «una gran publicación diaria en la que se cultivaran todos los órdenes de conocimientos, todas las esferas de la actividad moderna, incluso la política en general. Ciencias, letras, administración pública y de justicia, religión, moral, relaciones internacionales, de paz y de guerra, espectáculos, modas, etc., etc., etc.; una publicación que, por lo mismo, no interesara solamente al sabio católico o al místico, sinó además al político, al hombre de negocios, al magistrado, al militar, a todos absolutamente, para que por todos fuese leída; es decir, una publicación como cualquiera otra de las mejores modernas, con la diferencia de que su contenido, su texto, estuviera todo inspirado por los preceptos y fines del cristianismo y, es claro, de irreprochable forma artística y de no común ilustración; más aún, de excepcional erudición, ilustración y ciencia».

En el pasado año de 1914 se celebró en Barcelona solemnísimo Certamen literario para conmemorar la fundación de la benemérita Academia Calasancia. Como tema señalamos nosotros la *Conveniencia de fundar una Orden de frailes periodistas*; y el premio fué otorgado al R. P. José Beltrán, ilustre poeta y brillante periodista, cuyo trabajo, a juzgar por la com-

petencia del autor, es lástima que no haya visto aun la pública luz.

La prensa anticlerical nos ha combatido acerbamente por esta idea, lo cual nos parece de buen agüero; pues siempre que ha impugnado nuestros proyectos nos ha cabido la satisfacción de verlos pronto felizmente realizados.



L. Peláez al ser promovido a Arzobispo

L. Peláez en Cataluña.

EN un rotativo católico de Madrid proponía un párroco que todo el clero español, agradecido a sus trabajos por la clase sacerdotal, se dirigiese al Nuncio y al Gobierno pidiendo ascendiesen al obispo de Jaca. Apesar de no haber entonces sino un obispo más joven que él, la prensa, aún la liberal, a la que tanto ha combatido, aprobó su promoción. El recibimiento, nunca recordado en otros Prelados, que se dispensó en Tarragona por la fama de sus merecimientos, desvaneció los temores que había de que el romper la costumbre de nombrar castellanos para la Metrópoli de Cataluña fuese mal mirado. El predicar en catalán y favorecer en el Parlamento y fuera de él las aspiraciones de Cataluña sin detrimento de la unidad de la Patria, le ha atraído las simpatías de los catalanes.

XIV

Conclusión

Los católicos no acaban de convencerse de la excepcional importancia que hoy tiene el periódico. Lo estamos viendo, desgraciadamente, y si no se viera no se creería. Hay algo no obstante que atenúa este proceder. La rutina puede mucho en todo.

Hasta hace poco había una gran preocupación contra toda suerte de Prensa. La católica, por otra parte, no era, ni con mucho, tan necesaria como hoy. Son muy recientes, y no muy grandes, los trabajos para encauzar la opinión y llevar las corrientes de la caridad cristiana hacia el buen periódico. Se le favorece, se hace esta buena obra anónimamente, de una manera oculta; y hay muchos que no se mueven faltando el estímulo de la vanidad y el acicate de la alabanza y el premio de la nombradía.

Aun los mejor intencionados encuentran grande dificultad para hacer grandes sacrificios; no perciben pronto el fruto de su desprendimiento, no ven inmediatamente el resultado positivo del periódico, y se desalientan, y desmayan, y cierran la bolsa, sin percatarse de

que nuestros adversarios, para llegar a tener una Prensa como la suya, han empleado mucho tiempo y consumido mucha actividad y enterrado sin esperanza de pronto reembolso muchos millones; a más de que es incalculable el bien que hace un periódico evitando el avance del mal, conteniendo la audacia de los más osados y obligando al silencio a otros que, si no tuvieran enfrente quien les contestara, prevalecidos de la impunidad, no temerían atacar más o menos embozadamente a la religión y a sus ministros.

Algunas personas piadosas juzgan sin piedad a los periódicos: no los quieren sino perfectos como ellas se suponen; sólo los protegerían siendo impecables; cualquier falta, el menor deslíz, tal vez aparente, la más ligera inadvertencia, acaso imposible de prever, son bastantes para no recibir un periódico, echando en olvido sus buenas cualidades y sus repetidas meritorias acciones. No se mira cómo una publicación ha de ser más favorable a la Religión y a la Patria en las circunstancias presentes; se busca tan solo el que favorezca al partido en que se milita, y dentro de él a la tendencia que más agrada, y esto de la manera que a nosotros mejor nos parece. No hay en muchos ni generosidad, ni abnegación, ni espíritu de sacrificio. El amor propio se sobrepone al amor del ideal. Se dice que se trabaja por la gloria de Dios y por el bien del prójimo; y en los más de los casos se trabaja por uno mismo, por lo que

le agrada, por lo que le conviene, por lo que mejor sirve a su política; y en cuanto para esto se cree que no vale el periódico, se le vuelve la espalda sin atender a las reglas y a los mandatos de los superiores y aun sin escuchar la voz de la propia conciencia.

Triste es haber de confesarlo.

La gran importancia que la prensa periódica tiene, y la no menor que le reconocen los enemigos de la Iglesia, corre parejas con el desdén que merece a muchos católicos. Con íntima amargura lo manifestaba Pío X al decir: «¡Ah, la Prensa! No se conoce bastante su importancia. Ni los fieles ni el clero se ocupan de ella cuanto deben y es necesario. Los viejos dicen que es una obra nueva, y que antiguamente se salvaron muchas almas sin hacer caso de los periódicos.» La parábola evangélica de los obreros de la viña es de gran aplicación respecto al campo del periodismo, y el gran Padre de familias puede decir a muchos de los capacitados para trabajar en él: «¿Como es que estáis todo el día ociosos?» Siempre, al pensar en ello, pensamos en lo que a uno de los ángeles del Apocalipsis ordenó el Señor: «Unta tus ojos con colirio para que veas.» Sólo el dolor nos abrirá los ojos. Sólo veremos cuando nos alumbrén las llamas del fuego de la persecución. Pero de temer es que entonces sea ya en balde.

En un artículo rotulado *Síntomas de muerte de la Prensa católica en España*, escribía Carbonero y Sol, allá por los años del 87, que en

tiempos de persecución mansa «en que se dice que hay paz porque el Gobierno paga..., los escritores católicos estamos de más». Y esperaba que esta incalificable injusticia se reparara, y se llamase y alentase a los buenos periodistas como en 1842, como en 1854, como en 1868, como en 1873. Ciertamente que cuando la enfermedad se manifiesta, el paciente y sus amigos no rehuyen llamar a los médicos y ponerse decididamente en sus manos. El remedio, sin embargo, entonces suele llegar tarde o es más difícil y doloroso. Desear o dejar que el mal progrese, esperando combatirle mejor cuanto más se arraigue y extienda, es insensatez intolerable. Muchos años—nota un docto escritor—van transcurridos desde que algunos están diciendo que la revolución se suicidará, que conviene dejarla hacer, que lo que importa es no contribuir a detenerla en su precipitada carrera, y que del exceso del mal nacerá más completo el remedio; pero lo cierto es que las cosas no han llevado muy buen camino; que a unos males han sobrevenido otros males; a unos trastornos, otros trastornos; a unos despojos, otros despojos; a unos desmanes, otros desmanes, y que, lejos de que se haya satisfecho la indicada esperanza, se ha visto que la consumación de los daños hacía más difícil su reparación; lo cierto es que la experiencia muestra muy costoso levantar ruinas, lo cierto es que la experiencia está diciendo que dentro de algún tiempo sería ya difícil lo que ahora es fácil, y

después imposible lo que ahora es sólo difícil. Aquella regla de que conviene atajar el mal en sus principios, y que es muy arduo el remediarle cuando ha envejecido, se aplica al individuo como a la sociedad.

No, no hay pretexto ninguno para seguir en la inacción y en el reposo. El enemigo, con la tea de la prensa, incendia la ciudad cristiana, y si permanecemos con los brazos cruzados más tiempo, entre los escombros perecerá lo que nos es más estimable.

Es preciso poner manos a la obra, apresurarse, no descansar. Principiando pronto habrá que trabajar menos. Si el principio del trabajo se demora, los esfuerzos serán más penosos, habrán de ser mas perseverantes, y es más difícil el buen resultado. Cuando al mal, planta dañina, se le deja arraigarse, el arrancarlo cuesta mucho. A los enfermos se los cura; pero a los muertos no se los resucita. Cada día que pasa, la mala prensa arrebatada del árbol del cristianismo, arrastrándolas por los lodazales de la lascivia y del error, flores hermosas, de las que podían esperarse frutos abundantes y sazonados.

Mucho tiempo se ha perdido ya. Mucho tiempo se ha dejado a la prensa infame campar por sus respetos y sentar los reales donde mejor le pareciere. Su veneno se ha infiltrado en lo mas íntimo de todas las vísceras sociales.

Julio Simón, el famoso ministro republicano, hizo esta observación tan triste como exac-

ta: «Os quejáis de que ya no hay respeto, de que ya no existe autoridad, ni probidad, ni honradas costumbres. ¡Es el periódico! Tiene la culpa el diario a cinco céntimos. Coged el que más se vende; hacedle dirigir durante quince días por una persona decente que le purgue de sus impurezas, el día décimosexto ya no se venderá. *La mala prensa ha dominado tanto tiempo que ha hecho al público a su imagen.*»

No sea ello causa para trabajar menos, sino todo lo contrario. El daño no es imposible para que dejemos de aplicarle el remedio, ni leve para que podamos diferir su aplicación. Si estuviéramos solos, cosa sería para desesperar; pero la mano de Dios dirige, mueve y vigoriza la nuestra, si la ejercitamos en obras encaminadas a honor suyo y provecho del prójimo. Cuando la empresa parece más difícil, acostumbra Dios nuestro Señor a suministrar los medios de llevarla prontamente a cabo. El más imprevisto acontecimiento es causa, a veces, para cambiar en absoluto un orden de cosas. «Un grano de arena basta a Dios para impedir al mar que suba, y le bastará para refrenar la tiranía de los Cronwell de todas partes. Esperemos y oremos.» Tales son las últimas palabras del libro de Pablo Kerr *Con los jesuitas por castigo* refiriéndose al mal de piedra que llevó al sepulcro al tirano inglés.

El resultado de los trabajos periodísticos es tan seguro como lento. La impaciencia puede malograrlo. Hay que depositar la semilla aun-

que por lo ingrato del suelo tarde en germinar, aunque nosotros no tengamos la dicha de ver el fruto. «Los labradores—advierde Pondray Warren (1)—saben que no se puede sembrar y cosechar el mismo día. En las ciudades hay muchos hombres que lo ignoran.» Y otro su compatriota, O' Connell, escribía: «Es preciso hablar siempre, luchar, escribir siempre hasta que el objeto se consiga.»

Si no logramos arrancar toda la cizaña de la mala prensa y arrojarla al fuego, podremos fiar que de sus granos malditos se libre alguna parte del campo encomendado a nuestra vigilancia. Si nos es imposible con la antorcha del buen periódico iluminar el mundo, no lo será disipar las tinieblas en derredor nuestro. Sólo Dios, que las cuenta para premiarlas, sabe las consecuencias que a través del tiempo y del espacio llega a producir un al parecer insignificante trabajo periodístico. «Si supiera—repetía Luis Veuillot—que mañana era el fin del mundo, me ocuparía, sin embargo, en hacer salir hoy mi periódico, seguro de que este último esfuerzo no sería inútil».

Inútil ninguno lo es respecto de nosotros. Dios, de cuyos soberanos designios pende el dar crecimiento a lo que nosotros plantemos y reguemos, no deja sin recompensa trabajo ninguno emprendido por servirle. Si la simiente

(1) *La ciencia de los negocios.*

de la buena doctrina esparcida por el periódico no fructificase para nuestros hermanos en la tierra, no dejaría de fructificar para nosotros en el cielo.

«Nos acercamos, escribía el Conde de Mestre (1), a la más grande de las épocas religiosas, en que toda persona está obligada a aportar, si tiene fuerza, una piedra al edificio, cuyos planos están visiblemente trazados» Con el convencimiento de esta verdad, aunque también convencidos de no tener la fuerza suficiente, llevamos la piedrecita de esta pequeña obra a la grandiosa edificación que para servicio y honor de la Buena Prensa tantos trabajadores de la pluma, aplicados e inteligentes, desde hace algún tiempo están levantando. Quiera Dios valerse de ella para mover unas personas a la estima y auxilio del buen periódico y otras a no tener enterrados los talentos que les confiara, a negociar con ellos en el extendido campo de la Prensa para el mayor lucro de las almas y la mayor gloria de quien se los confió abundantemente y de su uso ha de pedirles rigurosa cuenta.

O. S. C. S. R. E.

(1) *Du Pape.*



El Arzobispo de Tarragona en la Academia de Esperanto

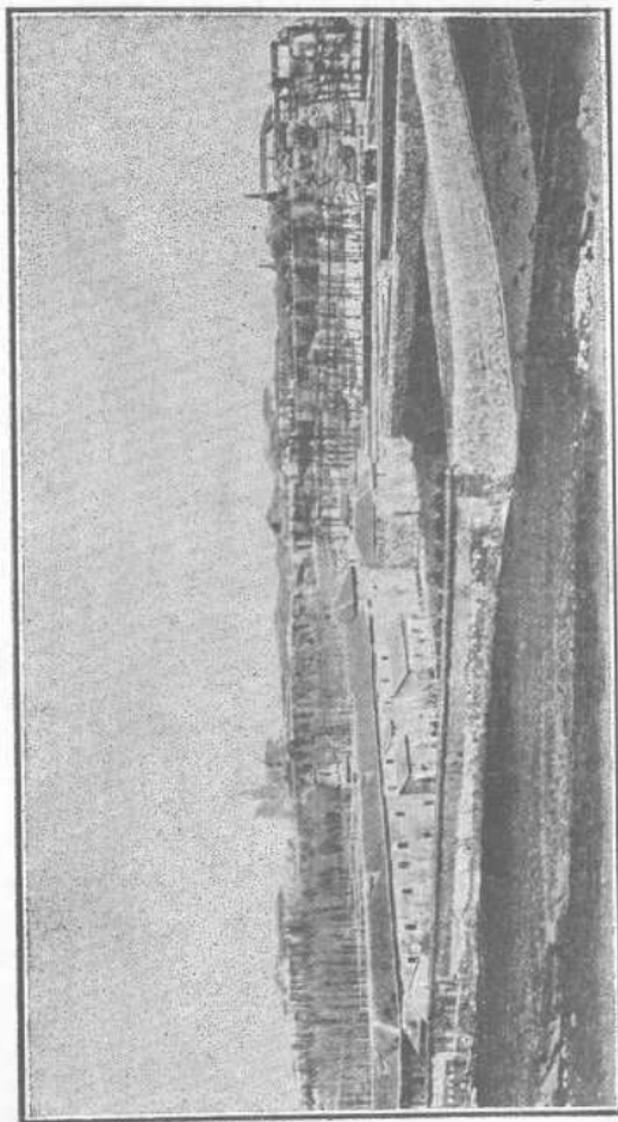
El arzobispo de Tarragona y la cultura.

ADEMÁS de manifestar el mismo celo pastoral, y amor al estudio que en Jaca, promueve también allí la difusión de la cultura; de lo que es prueba su Seminario, modelo de Universidades eclesiásticas. Su medida de que todos los sacerdotes tengan el título de Maestros promovió tanto escándalo en la prensa enemiga de la Iglesia como entusiasmo entre los católicos. Algo parecido sucedió con la determinación de que los párrocos se ofrezcan para observadores meteorológicos. Para que promuevan la fiesta del árbol regaló a todos los sacerdotes el libro *Amor a las plantas y las aves*. El no solamente predica todos los domingos de cuaresma y adviento en la Catedral sino que da conferencias en la Normal y preside sesiones en el Ateneo Tarraconense, en la Sociedad Arqueológica, en la Academia de Esperantistas, en los Centros obreros de diversas poblaciones y donde quiera que su palabra puede servir de gloria a Dios y provecho a la cultura. La creación del Museo diocesano con muchos millares de preciosos objetos es buena prueba de su actividad y fuerza de voluntad para difundir la ilustración.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I. Dedicatoria.....	5
II. Génesis de este libro.....	7
III. Valor del trabajo periodístico.....	13
IV. Necesidad del periodismo católico.....	31
V. El trabajo del periodista católico es irrem- plazable.....	45
VI. El trabajo del periodismo católico es irrem- plazable.....	63
VII. Los seglares.....	83
VIII. Las mujeres.....	89
IX. Los eclesiásticos todos.....	123
X. Los canónigos.....	167
XI. Los párrocos.....	181
XII. Los seminaristas.....	191
XIII. Los regulares.....	215
XIV. Conclusión.....	247





Astorga. — Vista general de la población.

El defensor de la Iglesia.

Lo orgullosa que Astorga se siente con que L. Peláez asistiese a la escuela del inolvidable D. Matías e hiciese la carrera eclesiástica en su Seminario, se comprobó con los regalos que se le hicieron al ascender al episcopado; también LA LUZ DE ASTORGA abrió una suscripción con gran resultado para tributarle entonces un homenaje, el cual le fué entregado en Burgos. Y en Astorga fué donde al asistir el Obispo de Jaca, que celebró de Pontifical, a las fiestas del Centenario de los Sitios, se le animó a volver al Senado cuando, al ver que sus sacrificios no eran debidamente aprecialos, quiso retirarse a la oscuridad de su diócesis. Es difícil encontrar en nuestros tiempos quien defendiese a la Iglesia con tanto valor. Sus campañas en Lugo desde *El Lucense* y *El Diario de Galicia* contra los errores modernos fueron tan recias que le trajeron grandes disgustos. Ahí están sus libros cuyos ataques a los enemigos de la Iglesia, así fieros como mansos, no pueden ser más vehementes. Pero fué, sin embargo, en el Senado donde su amor a la religión encontró más ancho campo donde manifestarse. No estaba acostumbrada aquella Cámara a que se le dijese la verdad escueta con frases tan duras. Sin embargo, sus adversarios reconocían que la sinceridad de su espíritu religioso era la que le dictaba frases tan fuertes y mortificantes. Uno de ellos, Calbetón, que había de ser Embajador cerca de la Santa Sede al proveerse Tarragona, dijo en el Senado que debía proponerse para arzobispo al obispo de Jaca a fin de que por derecho propio pudiese intervenir en las discusiones parlamentarias.

POST SCRIPTUM

Terminada la edición de los TRABAJADORES EN EL PERIODISMO CATÓLICO que por suscripción popular, prometió costear LA LUZ DE ASTORGA, fué nuestro propósito dar a la obra un sabor netamente regional enriqueciéndola con artísticas fotografías. Aunque aumentaba el presupuesto, no vacilamos en realizarlo, pero motivó un retraso que si sentimos muy de veras, nos lo compensa la satisfacción del deber cumplido. Con esa adición, LOS TRABAJADORES EN EL PERIODISMO CATOLICO serán como la ejecutoria que compendia a la vez que obligada tributa de amistad y cariño, de justo deber patriótico al admirado paisano que de humildísima cuna, y sin otro influjo que su propio valer, se ha engrandecido engrandeciéndola a esta comarca que le amamantó y arrulló.

A los gastos de la edición de este libro cooperaron amigos y contemporáneos suscribiéndose unos por veinticinco céntimos, no pocos con mayor cantidad, y por cinco pesetas, que era la cuota máxima, por ser el importe de cada ejemplar de la obra, los señores siguientes, cuyos nombres publicamos a continuación cumpliendo nuestra oferta, y de buen grado lo haríamos de todas si no ocuparan muchas páginas.

Helos aquí:

Señores donantes, que se suscribieron por un ejemplar.

M. I. Sr. Rector del Seminario.

D. Rodrigo María Gomez, abogado.

- D. Emilio Ferrero, Regente de Morales del Rey .
- » Antonio Cabero, Profesor del Seminario.
 - » Jesús Arias, Párroco de San Cristobal de Valdueza.
 - » Pedro González, Párroco de Brime de Soj.
 - » Benjamín González, Coadjutor de Ribera de la Polantera.
 - » Aquilino Nistal Castro, Ecónomo de Villares.
 - » Manuel Sanchez, Párroco de Santalla.
 - » Julio Laredo, Médico de Ponferrada.
 - » Sebastián P. Blanco, Médico de Belorado (Burgos).
 - » José Antonio Alonso, Párroco de Almázcara.
 - » Emilio Villanueva, Presbítero de Villar de los Barros.
 - » Cirilo Blanco, Párroco de San Miguel de Lomba.
 - » Nicanor Rodríguez, Párroco de Soto de la Vega.
 - » Felipe Quiñones, Párroco de Vecilla de la Vega.
 - » Francisco González Herrero, Penitenciario de Cuenca.
 - » Juan Román Fidalgo, Fiscal Eclesiástico de Benavente.
 - » Venancio Morán Hidalgo, Rector de la Piedad de Benavente.
 - » Luis Sarmiento, Párroco de Villoria.
 - » Antonio Redondo, Coadjutor de Villamejil.
 - » Emilio González Valderrábano, Ecónomo de Val de San Lorenzo.
 - » Gregorio Centeno, Párroco de Sandin.
 - » Evaristo González Voto, Coadjutor de Villalibre del Bierzo.

- M. I. Sr. D. José Ordoñez y Melendez, Vicario
Juez eclesiástico de Benavente.
- D. Bonifacio Arroyo Martínez, Párroco de Villa del
Bollo.
- » Esteban Méndez Fernández, Coadjutor de San
Juan de Palueza.
 - » Ricardo Ballinas, Teniente Coronel de Caballería
retirado, Ponferrada.
 - » Evaristo de la Fuente, Párroco de Priaranza.
 - Miguel Gómez, Párroco de Pinza, Viana.
 - » Antonio Tato, Párroco y Administrador del San-
tuario de las Ermitas.
 - » Esteban Rebaque, Párroco de Castrillo de las
Piedras.
 - » Saturnino Cancelo, Párroco de Huerga de Gara-
balles.
 - » Narciso Pérez, Párroco de Saceda.
 - Victor Eduardo Martínez, Párroco de San Cris-
tobal de la Polantera.
 - » Mateo Marqués, Ecónomo de San Miguel de las
Dueñas.
 - » Manuel Miguélez, Industrial de Astorga.
 - Valeriano Pérez, Párroco de Cesuris.
 - » Teófilo García, Párroco de San Román del Valle.
 - » Matías Mayo, Párroco de Villavante.
 - » Rogelio Martínez, Coadjutor de Huerga de Gara-
balles.
 - » Jose M.^a Alonso, Villarrín de Campos.
 - » Ezequiel Martínez, Párroco de Cabañasraras.
 - » Ventura González Nistal, Párroco de Magaz de
Arriba.

- D. Feliciano Vega, Ecónomo de Cueto.
 » Marcos Gorgojo, párroco de Manganeses de la Polvorosa.
 » Pedro Mateos, ecónomo de S. Miguel de Mones.
 » Juan Manuel Novoa, ecónomo de Anta de Rio Conejos.

León

- M. I. Sr. D. Manuel Domínguez, Arcediano de la Catedral.
 » » » » Ricardo Canseco, Doctoral y Provisor.
 » » » » Lorenzo Carbajal, Canónigo.
 D. José María Lázaro, abogado.
 » José Benito Lázaro, abogado.
 » Isaac Alsnsó, Abogado.
 » Mariano D. Berrueta, Catedrático del Instituto.

La Coruña

- Excmo. Sr. D. Eduardo de Torres Taboada.
 Ilmo. Sr. D. Severo Gómez Núñez.
 Excmo. Sr. Marques de San Martín.
La Voz de Galicia.
 Sres. Hoya Gilart y Cp^a.
 D. José Frade Pérez.
 » Simón Martínez.
 » Manuel P. Luengo.
 » Tomás P. Luengo.
 » Honorio Quijano.
 » José María Ozores y Prado.
 » José Folla Yordi.

- D. Manuel Barja Cedeira.
- » Javier Ozores Pedrosa.
 - » Manuel Casas.
 - » Manuel García Ramos.
 - » Alfredo de la Puente.
 - » Francisco Tettamancy.
 - » Heriberto Martínez Esparis.
 - » Luis Mayor Moreno.
 - » Leandro del Río.
 - » Alejandro Barreiro.
 - » Fernando Martínez Morás.
 - » Abelardo Zás.
 - » José Gómez Martínez (Zenitram).
 - » José Pérez Ballesteros.

De la Colonia Astorgana

- D. Andrés Martínez Salazar.
- » Vicente Nieto Palacio.
 - » Domingo Nieto Palacio.
 - » Tomás Salvadores de la Puente.
 - » Claudio San Martín Alonso.
 - » Andrés García Carro.
 - » Valentín San Martín de la Puente.
 - » Manuel Calvo.
 - » Marcelino Alonso Salvadores.
 - » Antonio Alonso Salvadores.
 - » Saturnino Ares Pollán.
 - » Estanislao de la Peña, Canónigo.

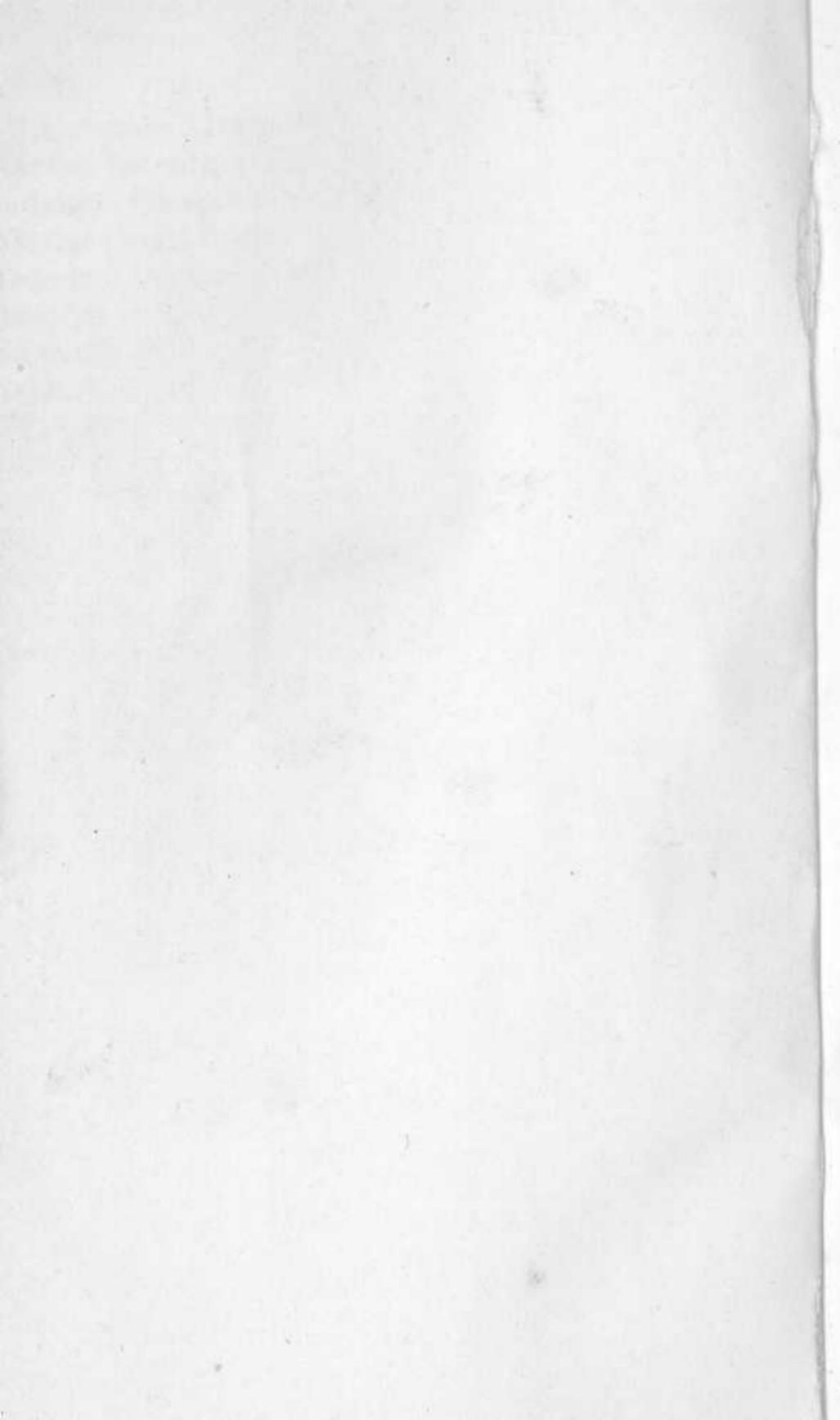
Bembibre.

- D. José Abella, Párroco de Matachana.

- D. Bienvenido Alvarez Novoa, Notario.
- » Narciso Estrada, telegrafista.
 - » Indalecio Campano, Ayudante de Ingenieros.
 - » Nicolás Pérez, Comerciante.
 - » Telesforo Gómez, Abogado y secretario.
 - » Antonio Colinas, Alcalde.
 - » Venancio Josa, Comerciante.
 - » Rafael González, Médico de Castropodame.
 - » Eduardo Criado, Propietario.
 - » Luis Fernández, Regente de Molinaseca.
 - » José Vuelta, Párroco de Dehesas.
 - » José Velasco, Párroco de Turienzo.
 - » Ramón Mansilla, Maestro superior de Castropodame.
 - » Niceto Juan Centeno, párroco de Bembibre.

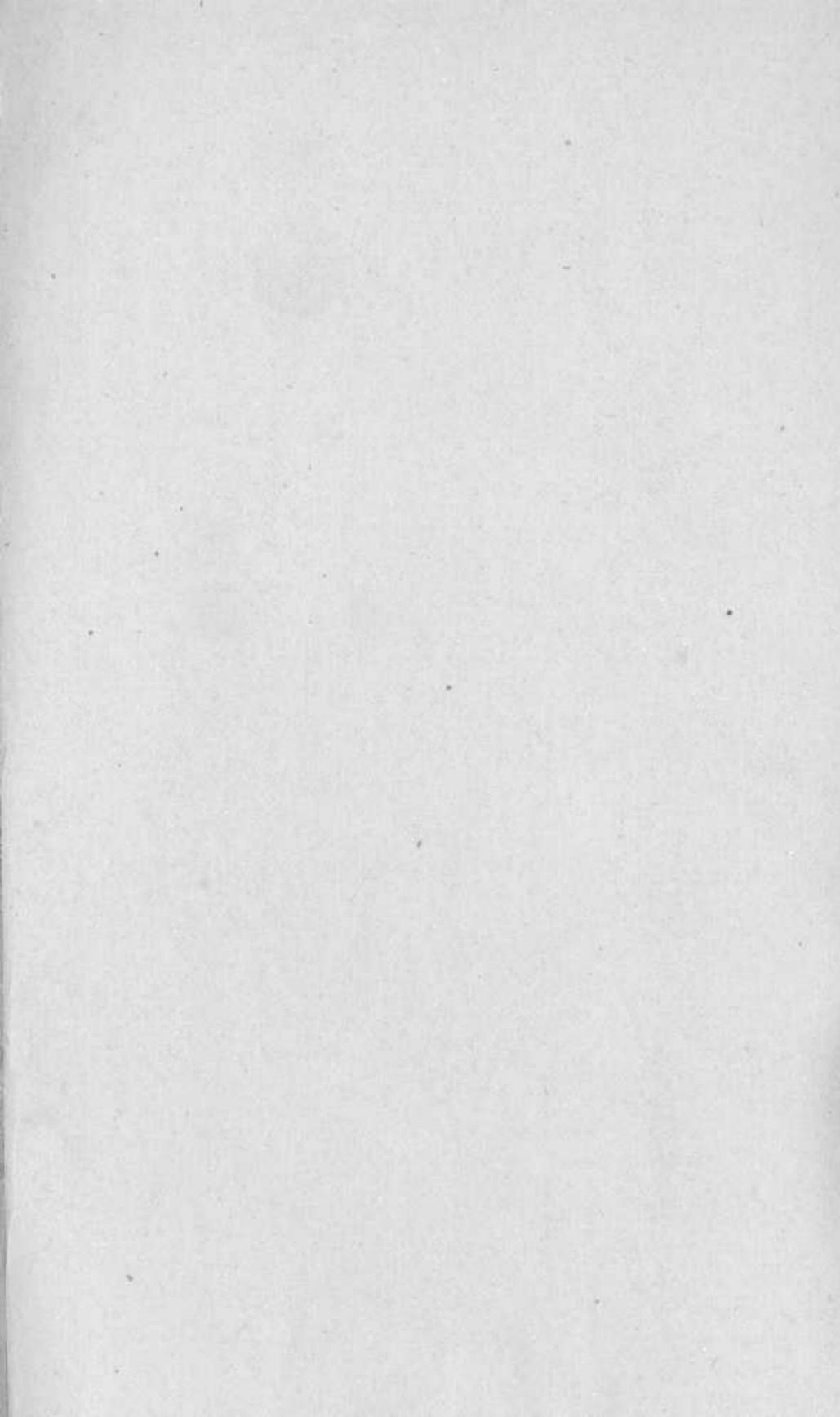
NOTA.—Si hubiere alguna omisión, rogamos se nos diga para subsanarla enseguida.

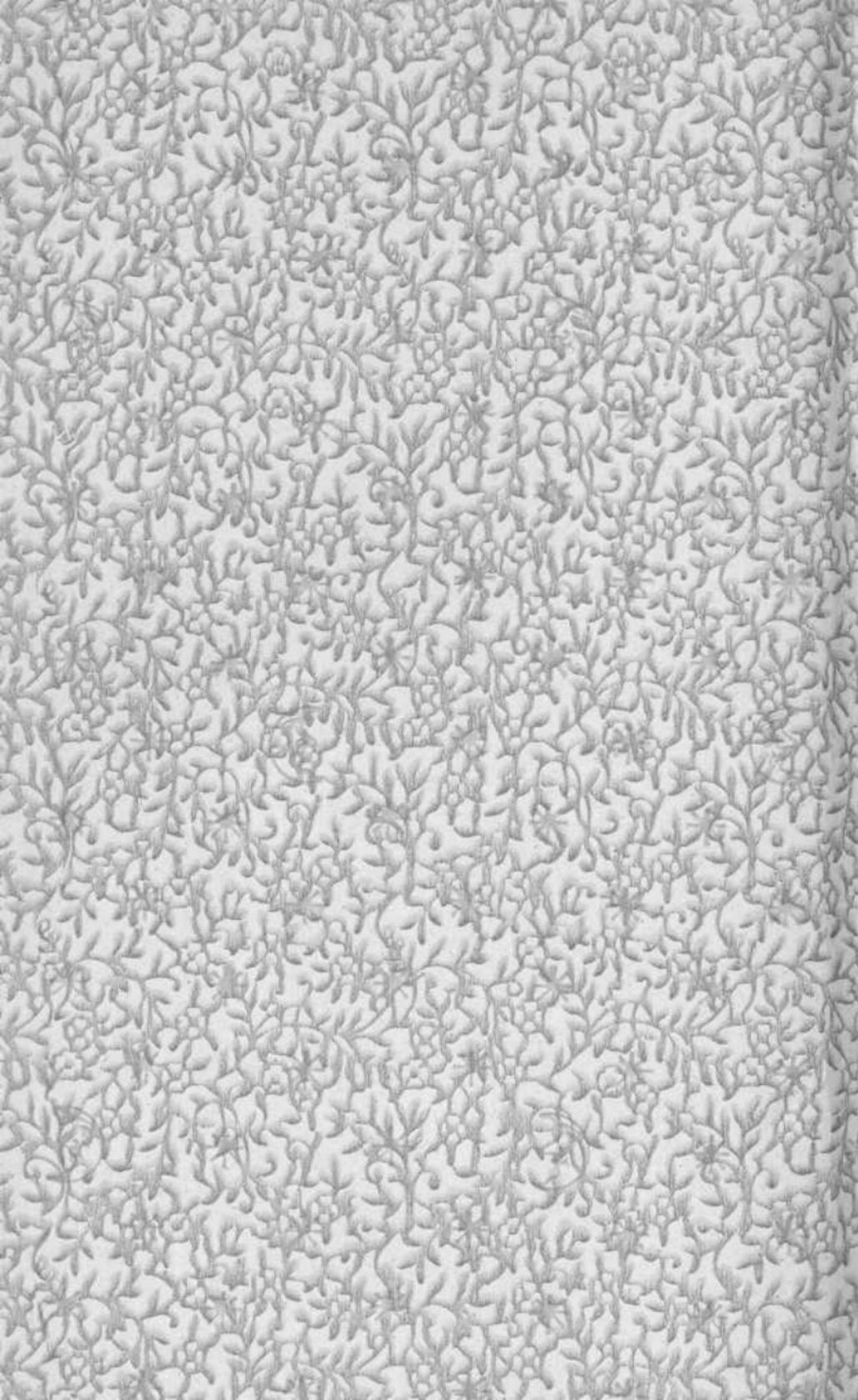












MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

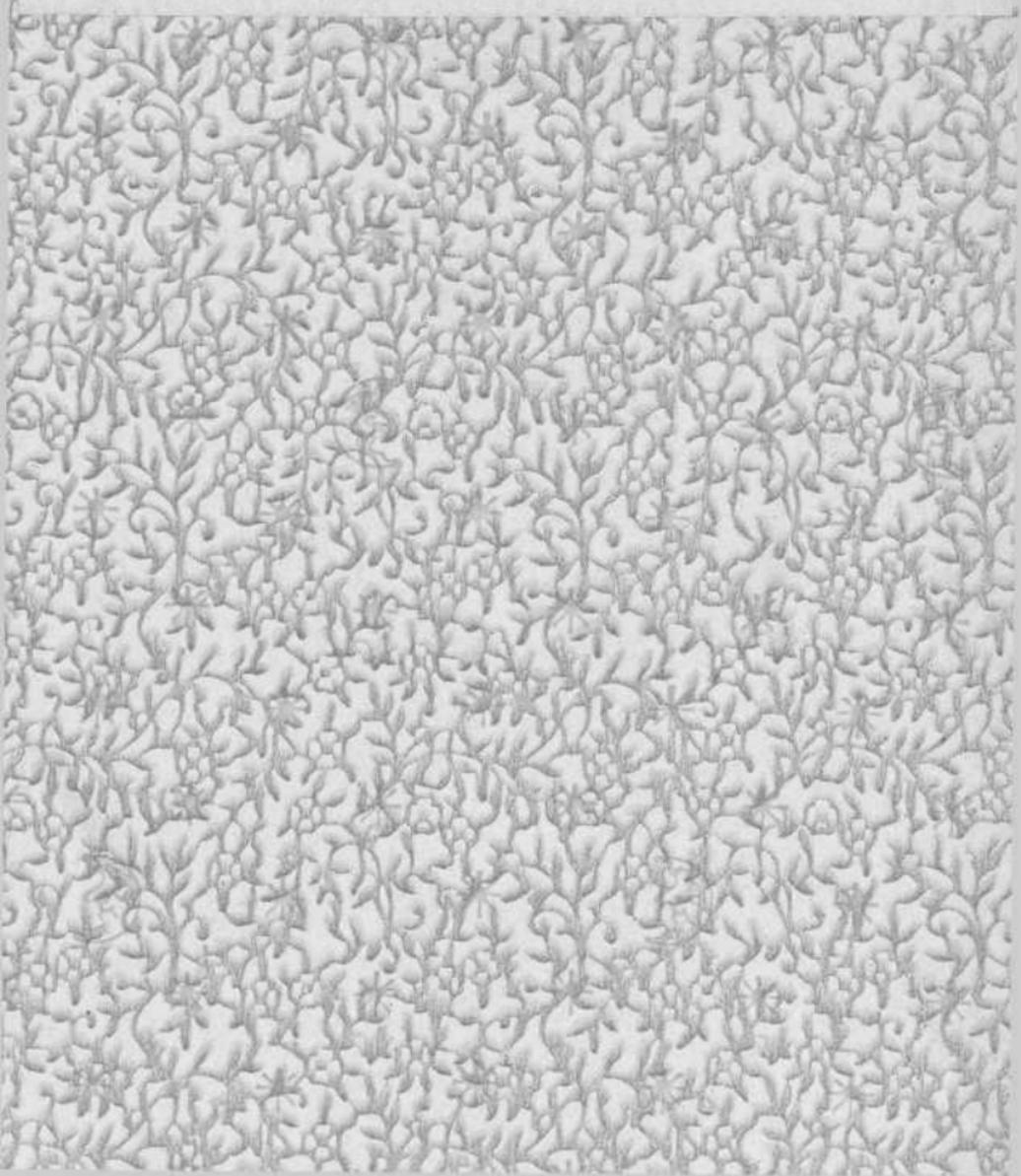
Pesetas.

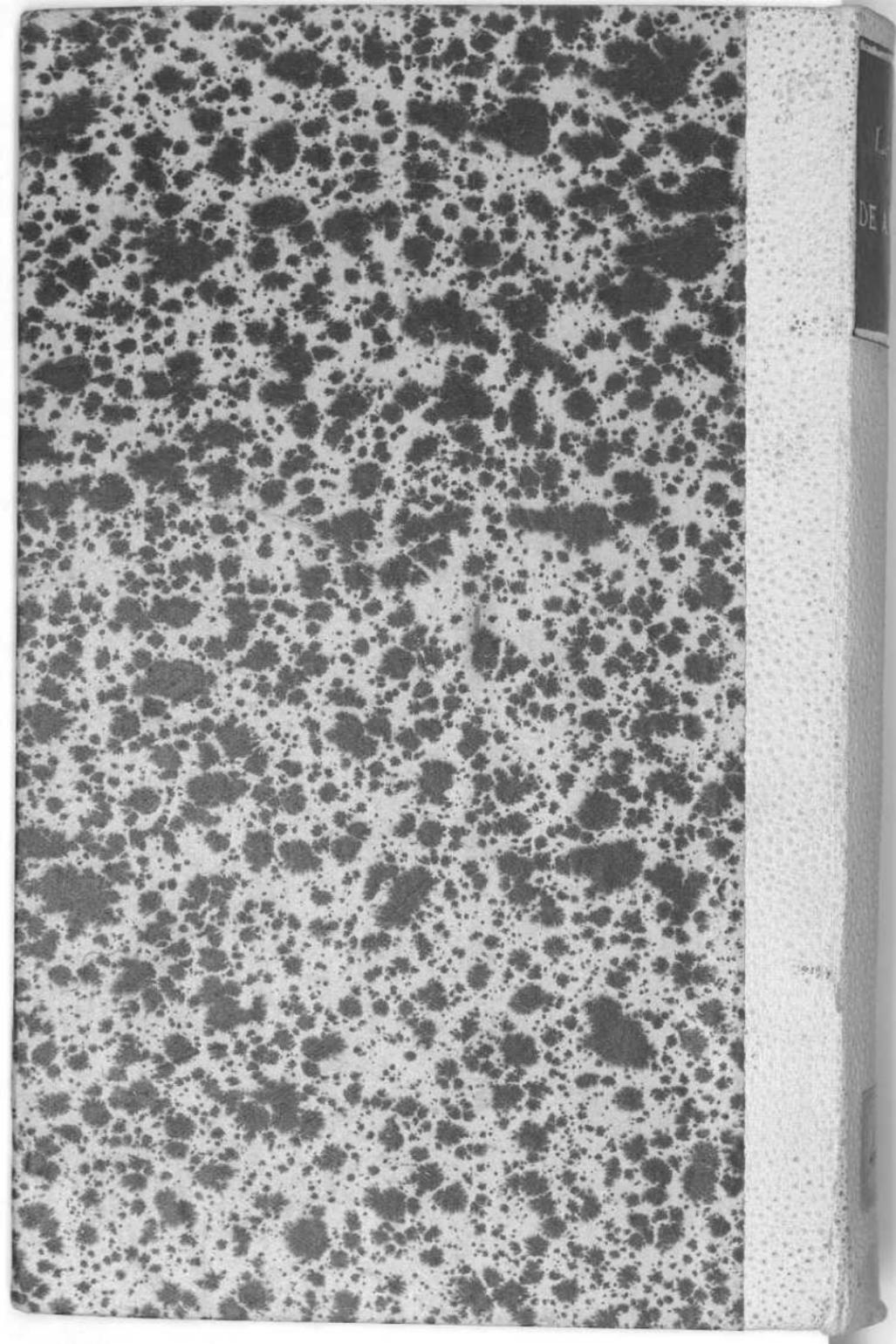
Número.. 4623 | Precio de la obra.....

Estante... 39 | Precio de adquisición.....

Tabla.... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos..





LA LUZ

DE ASTORGA

4623.